DOSSIER

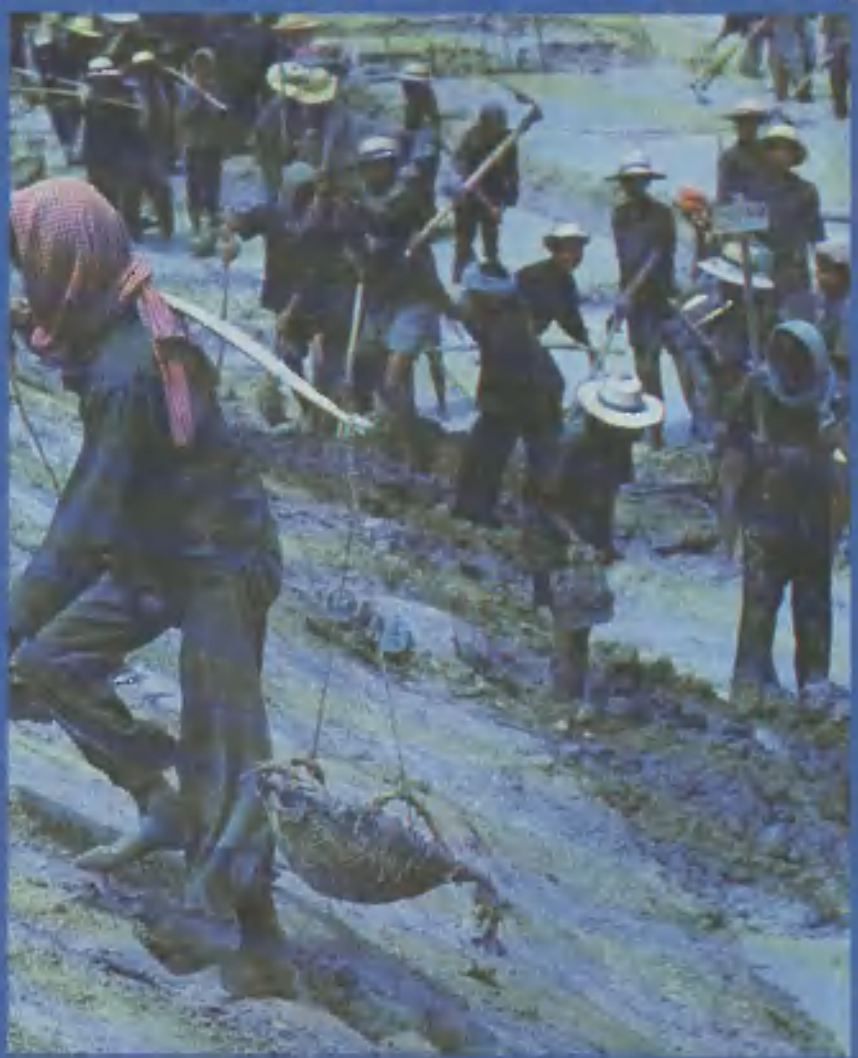
NAM

TESTIMONIOS

GRITOS DEL SILENCIO

7

LA GUERRA INTESTINA DE UNA NACION: LA TRAGICA HISTORIA DE LA MASACRE CAMBOYANA



PLANETA-AGOSTINI

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 7 - Gritos del silencio

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica. Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Noviembre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

GRITOS DEL SILENCIO

CHRISTOPHER HUDSON

F. SPOONER PICTURES

Realidad y ficción 2

Capítulo 1 5
La sonrisa khmer

Capítulo 2 21
El preludio de la tragedia

Capítulo 3 41
Año Cero

F. SPOONER PICTURES

REALIDAD

El reencuentro de Sydney Schanberg y Dith Pran después de una pesadilla de cuatro años propició una importante película y un libro de Christopher Hudson que tuvo mucho éxito. La historia que contaron era demasiado increíble para ser cierta. ¿Se había llevado la realidad al plano de la fantasía?

ARRIBA: *Sydney Schanberg y Dith Pran, juntos de nuevo en Nueva York, después de la fuga de Pran de los campos de prisioneros de los khmer rojos en Kampuchea. La suya es una de las historias de lealtad y amistad más conmovedoras de nuestra época.*

Inspirado por un artículo de la revista *Time* que hablaba del milagroso reencuentro del periodista Sydney Schanberg con su antiguo ayudante camboyano Dith Pran, el productor David Puttnam convenció a la compañía productora British Goldcrest de que financiara un proyecto basado en la experiencia de aquellos dos hombres. Resistiéndose a las presiones de que contratara a un actor importante para el papel de Schanberg, Puttnam lo adjudicó a Sam Waterston, decisión inteligente porque aseguraba que el personaje de Dith Pran no quedaría en segundo plano.

El papel de Pran lo desempeñó el doctor Haing S. Ngor, un actor no profesional que inicialmente había sido contratado como asesor cuando se iniciaron los preparativos de la película. Ngor había perdido a toda su familia en manos de los khmer rojos antes de huir a Tailandia en 1979 y tenía experiencia de primera mano de muchas escenas trágicas que debía representar en el rodaje de la película.

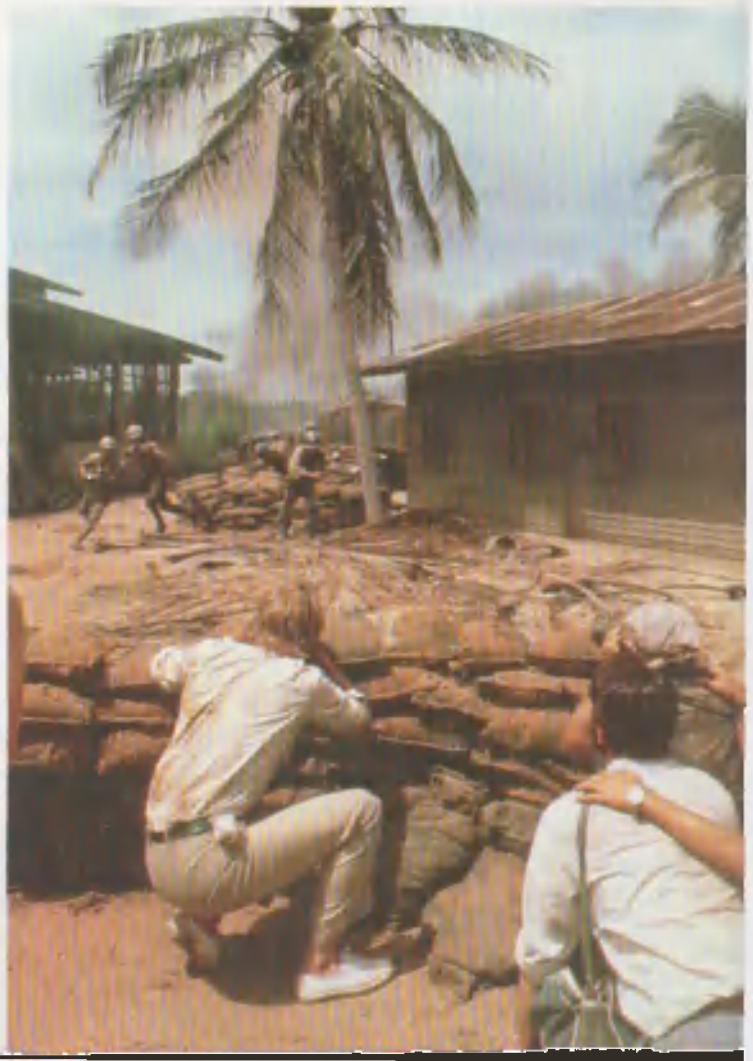
Tras largas horas de reunión entre los guionistas, asesores y actores de la película, junto con amplias consultas a los reales Dith Pran y Sydney Schanberg, los realizadores de la película estuvieron en posición de ponerse a trabajar en un guión que plasmaba fielmente la realidad de los campos de la muerte de Kampuchea. Desde las secuencias en que Pran y Schanberg tuvieron que contemplar las consecuencias del bombardeo estadounidense de Neak Luong (foto superior) a las de los desesperados intentos del Ejército camboyano para contener el ataque de los khmer rojos (foto inferior), se hacía evidente que la película había sido fruto de una investigación cuidadosa. La escena de pesadilla en el patio del hospital (foto del centro), donde Pran suplicó desesperadamente a los khmer rojos, tan ávidos de disparar, para salvar las vidas de Schanberg y de los fotógrafos Al Rockoff y Jon Swain, se rodó con una tensión tan evidente que el público tenía la seguridad de estar presenciando una historia auténtica

Los campos de la muerte costó 15 millones de dólares y constituyó el retrato de la agonía del pueblo de Camboya bajo Pol Pot y los khmer rojos, visto con una pasión desenfrenada. Cuando Sydney Schanberg recopiló sus recuerdos de este trágico capítulo del sufrimiento humano, empezó con estas palabras: "Ésta es una historia de guerra y de amistad, es la historia de la angustia de un país destruido y de la voluntad de supervivencia de un hombre." Interpretación cinematográfica de su historia y la de Pran, *Los campos de la muerte* se mantuvo fiel al ideal de Schanberg, presentando una visión conmovedora de la fuerza del espíritu humano ante los más crueles avatares.

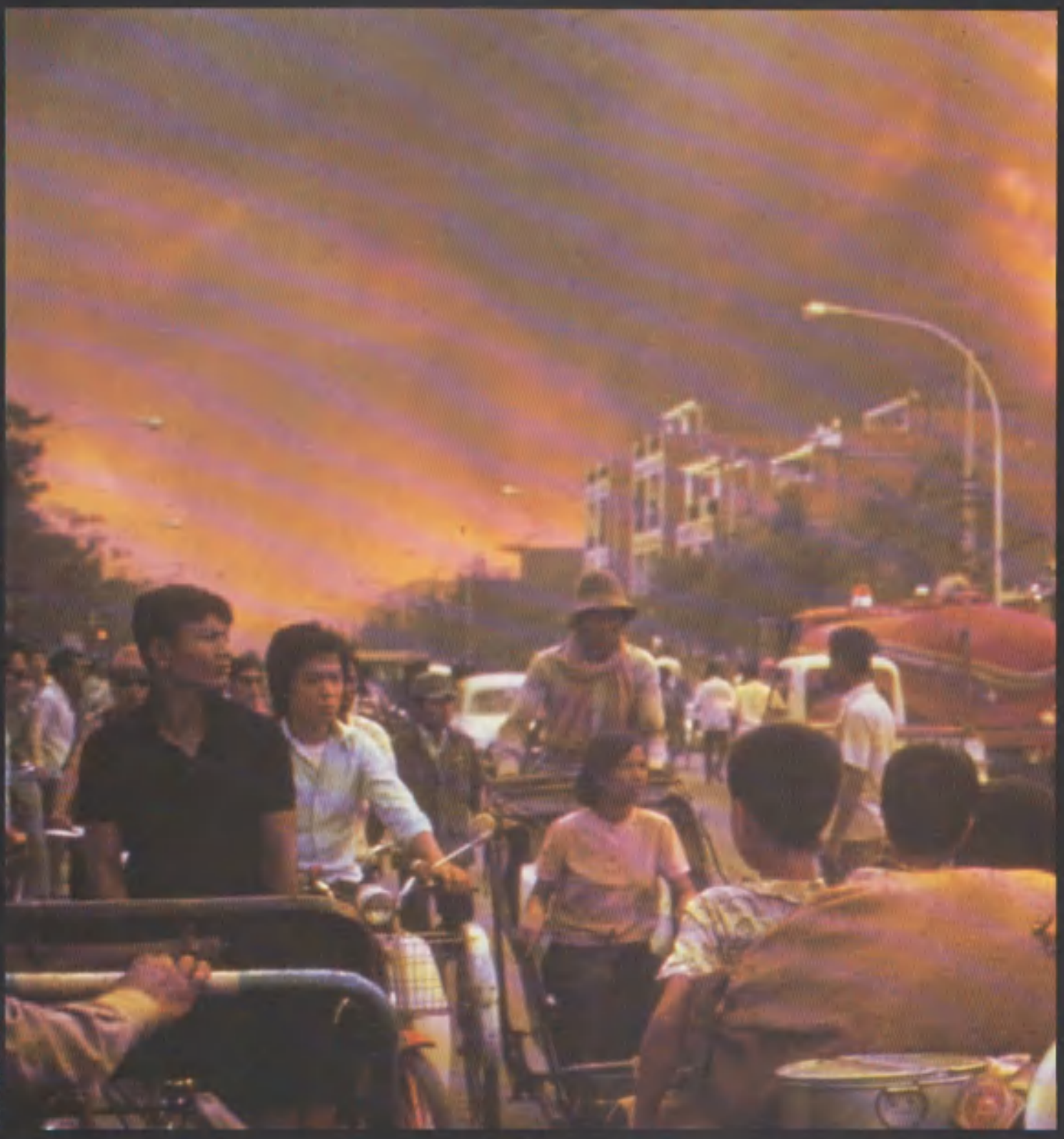
Y FICCION

Las motivaciones políticas sobre el ascenso de Pol Pot al poder quedan en un segundo plano tanto en la película como en el libro de Christopher Hudson. Tenía que ser así. *Gritos del silencio* no pretende ser un análisis histórico-político de la guerra y sus trágicas consecuencias, sino más bien un vívido relato de la angustia de los inocentes.

El Editor



THE KOBAL COLLECTION



F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Empieza el éxodo masivo y los habitantes de Phnom Penh marchan hacia el futuro negro y sangriento del Año Cero, bajo la mirada de los khmer rojos de rostro pétreo* (DERECHA).

F. BRONER PICTURES

Capítulo 1

LA SONRISA KHMER

CAPÍTULO 1 LA SONRISA KHMER

Una detonación repentina. Sydney Schanberg pestañeó, como los otros periodistas sentados a la mesa Una de las bombillas coloreadas colgada entre las palmeras había explotado. Un atento camarero se arrodilló para recoger un pedazo de vidrio rojo del suelo.

Era una noche cálida y fragante Las mesas dispuestas alrededor de la piscina del Hotel Phnom estaban repletas. En la mesa contigua, un diplomático de la embajada norteamericana bebía su quinto whisky doble mientras articulaba con dificultad unas palabras delante de dos camboyanos de alto nivel, que sonreían haciendo gestos afirmativos con la cabeza y dando sorbos a sus zumos de piña. Más allá, un banquero francés acababa de terminar de contar una historia que provocó carcajadas de las dos prostitutas de Madame Butterfly, vestidas como colegialas con sus blusas blancas y faldas estrechas de seda negra.

Schanberg volvió a alzar la mirada a la ventana del hotel. Las cortinas seguían echadas. Se esforzó en centrar otra vez la atención en su mesa, donde Barry Morgan se estaba limpiando las gotas de cerveza que le habían caído en la barba de tres días.

—Cuanto más cambia eso, más permanece todo igual. —Muchos años de periodista en Fleet Street no habían conseguido suavizar el deje sudafricano de Morgan.— Llevo viniendo aquí desde el verano del 69, o sea cuatro años, y cada vez la orquesta toca *Moon River*, la cerveza tiene gusto a pipí caliente y el *chef* del Café de París está disfrutando sus malditas *vacances*.

—Están en guerra —dijo Al Rockoff—. O eso me han dicho. —Schanberg hizo una mueca. Al, uno de los mejores fotógrafos del ramo, estaba allí sentado con sus gafas oscuras contemplando las luces parpadeantes como balas trazadoras al otro lado de la piscina del hotel.— Están en guerra —volvió a decir

—Al, eres tan calmado que casi eres normal —dijo Morgan—. Están en guerra. ¿Y qué hacemos todos nosotros? Perseguimos rumores que nadie nos confirma sobre batallas a las que no podemos ir. Esto es lo que hacemos. ¿Verdad, Des?

—¿Qué querrías? ¿Un coche de prensa de los khmer rojos? —El cuarto periodista de la mesa, Desmond France, era calvo y tenía la cabeza ovalada y unas facciones distinguidas de las que colgaba un bigote poco convincente. Estaba intentando atraer la atención del camarero y habló sin girarse.

—Como dijo Nixon sobre los bombardeos ilegales del 69, hay veces que para engañar al enemigo no puedes ponerte a la altura de tus amigos.

> "Hubo una disfunción del ordenador de la base... y resulta que, justo allí, había una radiobaliza automática, en medio de Neak Luong."

Schanberg no reaccionó a la provocación. Desmond France no le gustaba. Era un colega de Fleet Street como Morgan y hablaba el argot de los soldados norteamericanos con una afectada entonación inglesa. Era el tipo de periodista que gustaba a la embajada de EE.UU., de aquellos que no opinaban nada más que lo que les decían. Allí eran mayoría los periodistas que seguían la línea del Pentágono. Era terriblemente difícil conseguir saber la verdad sobre aquella guerra y todavía más difícil escribir y enfrentarse a la constante hostilidad oficial. Si él, Schanberg, no hubiera sido el jefe local del despacho del *New York Times*, ya habrían encontrado una razón para expulsarlo muchos meses antes. Encendió un cigarrillo y levantó la vista hacia la ventana encortinada

Se alejó, dándoles la espalda a los compañeros de mesa, y volvió a alzar la vista, discretamente, sólo para asegurarse. La cortina estaba descorrida. En la habitación, una luz tenue se encendía y se apagaba alternativamente Mientras se apresuraba a traspasar las puertas del jardín del Hotel Phnom, miró

ABAJO: *Incierto futuro también para los periodistas extranjeros, recluidos en los hoteles de Phnom Penh.*

REX FEATURES

el reloj. Ya era medianoche pasada. Probablemente no quedaba mucho tiempo.

Lo que le hizo detenerse en su camino fue la visión de un hombre alto, huesudo y de cara triste, vestido de esmoquin, de pie junto a la recepción del hotel. Era un diplomático de la embajada, James Lincoln.

—James...

—No puedo hablar contigo.

—Sí puedes.

Lincoln había dado media vuelta en el instante que vio acercarse al periodista. Schanberg lo alcanzó a la entrada del hotel y lo llevó hacia un rincón.

—Ya sabes lo que quiero preguntarte. Neak Luong.

—No tengo nada que decirte.

—Sí tienes. ¿El área entera cerrada por razones estratégicas? Y aquí, el Hospital Preah Keth Mealea, zona prohibida para los informadores?

—Muy bien. —Lincoln miró a su alrededor y bajó el tono de voz.— Lo que voy a decirte es *off the record*. Hubo una disfunción del ordenador de la base. Produjo una serie errónea de coordenadas... y resulta que, justo allí, había una radiobaliza automática, en medio de Neak Luong.

—¿Cuántos?

—Mañana se os informará. La estimación es de unos 55 militares y, probablemente, unos 35 civiles.

—¿Cuántos?

ARRIBA: *El fotógrafo Al Rockoff se mantiene ojo avizor mientras avanza cautelosamente por un campo de minas. Su valentía da una muestra del talante del cuerpo de prensa durante la caída de Camboya.*

—Muy bien. He oído hablar de 200. No me cites. Sólo dime una cosa. ¿Quién te ha informado de eso?

Pero Schanberg ya había bajado varios escalones del hotel antes de que Lincoln hubiera terminado de hablar. El Mercedes gris de Sarun estaba aparcado al otro lado de la calle. Dith Pran estaba sentado dentro, con la puerta abierta, e intentando por todos los medios no dejar entrever su ansiedad. En 12 horas, tal vez podrían partir

Era Pran quien le había informado, como de tantas otras cosas. Aquella mañana había estado en el aeropuerto de Pochentong y había oído el estruendo de los 3 700 caballos de los grandes helicópteros de transporte aterrizando uno tras otro en la zona militar, fuera de los límites del aeropuerto. Salió corriendo al balcón y vio la ambulancia que atravesaba la pista a toda velocidad y se perdía tras los hangares. Desde entonces, habían estado intentando traspasar la cortina de humo que había levantado la embajada, aún más densa que la que tendían habitualmente en las operaciones normales de la guerra de Camboya. Lincoln había sido el primero que había abierto la boca. Un bombardeo de un B-52, por error de ordenador. Neak Luong, cerrado a los visitantes. Ya le parecía ver la primera

página de su periódico. Cielos, la veía en tres columnas con una fotografía, si podían atar todos los cabos. Dio un golpe en el techo del coche.

—¿Y bien?

—Las carreteras aún están cortadas —le comunicó Pran desde el asiento delantero—. Los aviones no aceptan pasajeros, ni siquiera ciudadanos camboyanos. He intentado en los botes de patrulla, pero no quieren llevarnos.

—¿Por qué carajo me has llamado, pues? A no ser que los marcianos nos cedan amablemente un platillo volante.

Pran miró atrás. Intentaba mantener una apariencia tranquila, pero le brillaban los ojos. Schanberg conocía bien aquella expresión.

—Monsieur Oscar dice que nos llevará Por 150 dólares. Saldrá del malecón a la una de la madrugada.

Schanberg echó una mirada a su Rolex.

—Sarun, vamos hacia allí —dijo. Sarun, el chófer, dejó escapar una risita aguda y el coche se puso en marcha.

Sin previo aviso, Sarun giró a la izquierda por una calle estrecha y desigual. Los árboles le dejaban paso. Salieron a un claro de toscas cabañas de bambú donde la gente dormía en el suelo, sobre esteras. Al otro lado del claro estaba el río Mekong.

No se movía nada en el agua, excepto un par de yolas de pesca que se balanceaban suavemente en el muelle. Schanberg miró a su alrededor y, en aquel momento, apareció una mano marrón de la nada y le dio unos golpecitos en la punta de su zapato sueco. Vio el parpadeo de una luz y la barca de remos debajo del malecón de madera. Pran se ponía un dedo en los labios: los barcos camboyanos podían estar cerca. Bajó con precauciones a la barca, ayudó a bajar a Pran y luego esperaron con la barca atada a una larga cuerda balanceándose.

El ruido, cuando llegó, era como el de una caldera vieja desarmada y rompiéndose en añicos. Con choques, golpes y rugidos de las planchas de acero, la silueta negra y ancha de un buque de carga oscureció de pronto el cielo. Se dieron la mano, se pasaron los dólares, y Schanberg y Pran fueron izados a bordo.

★ ★ ★

La neblina de polvo que a Schanberg le había parecido una calina matinal y el olor seco y amargo a quemado que daba un sabor acre de boca, fueron las señales que habían llegado a Neak Luong.

Tenían polvo en la garganta. Pran deja la cámara y coge una libreta de notas y un lápiz del bolsillo de la camisa. Está allí para aquello. Primero periodista y, luego, un ser humano. En otro caso no le serviría de nada a Sydney. De nada.

Ha tomado muchas fotografías, algunas para Sydney y otras para él. El sol de mediodía ha ido fortaleciéndose a través de la neblina y él ha ido modificando cuidadosamente el dial de exposición al sol Ha presionado el botón del obturador delante de dos personas que llevaban una camilla cargada de carne negra que acababa en una mata de pelo; ante un cojín manchado de sangre aplastado bajo las ruinas de una casa, cuya puerta, todavía intacta, estaba decorada con caracteres chinos para la buena suerte; sobre una escalera circular de hierro que se elevaba en caracol hacia la nada en medio de un erial de cascotes; ante un niño pequeño al que estaban levantando con una palanca entre los escombros de su casa y la fruta empapada de sangre que se estaba comiendo cuando le aplastaron la cabeza; y ante el cráter inmenso causado por la bomba con un autobús hundido en él por el frente y con el lado abierto por la explosión.

Ahora Pran tenía la libreta de notas. Aquello era una noticia sensacional, una importante exclusiva. No es culpa suya si la gente que está por allí no lo entiende. "Devastación", escribe con buena letra. "Caen los cables de alta tensión. Muchos muertos, muchos heridos. Desde la plaza nacional no se ve nada más que ruinas."

Pran dejó caer la máquina cuando se detuvieron los jeeps. Salieron de ellos unos soldados con estruendo de botas y voces estridentes. Detrás del primer camión tenían dos prisioneros atados con los codos detrás, como pollos. Casi unos muchachos,

CAMERA PRESS

DERECHA: *Los cuerpos de una madre y sus dos hijos, víctimas de un "error táctico"*

contemplaban a Pran y Schanberg con ojos oscurecidos de terror.

Los soldados los empujaron para que saltasen del camión y cayeron sobre el suelo embarrado, desplomándose pesadamente con los ojos todavía clavados en los periodistas. Schanberg alzó la cámara y la volvió a bajar. Los soldados escupieron a los dos jóvenes y se mofaron de ellos, aguijoneados por dos jovencitas uniformadas del segundo jeep que escondían sus risas con las manos.

Pran tradujo. "Dicen que han matado a muchos habitantes... han ejecutado a los viejos con bayonetas . y a mujeres embarazadas... también han matado a dos hombres con ropas empapadas de gasolina... se la han metido en la garganta y han abierto fuego."

Una de las chicas estaba escuchando *Rocket Man* de Elton John en un transistor japonés. Los dos khmer rojos tirados en el barro parecían incapaces de cometer un crimen mayor que el de romperle el corazón a su madre. Un oficial camboyano se abrió camino entre el círculo de soldados y dio una orden. Con mofas y maldiciones renovadas, llevaron a los dos prisioneros delante de una nevera que se mantenía en pie e indemne sobre un colchón en las ruinas de una casa aplastada. Pran volvió a susurrarle a Schanberg, con la voz ronca:

—Dicen que cuando estén muertos los cortarán en trocitos y esperarán que se sequen hasta que se los puedan comer.

Se habían ido acercando muchos niños a contemplar el espectáculo. Los soldados examinaban perezosamente sus fusiles. Una niña pequeña con el distintivo de un Mercedes pasó por

debajo de sus piernas en busca de otros objetos brillantes en el barro. Cuando los cerrojos de los fusiles se prepararon, se formaron unas lágrimas en los ojos del prisionero más joven y le rodaron por las mejillas. Bajó la cabeza como avergonzado.

Era demasiado para que Schanberg lo resistiera. Arrastrándose hacia una posición más elevada, cogió la cámara y la enfocó a los ejecutores. El oficial camboyano, elegantemente vestido con pantalones caqui y una chaqueta de procedencia norteamericana, dio un aullido de rabia. Estaba preparado para poner en escena la ejecución delante de todo Neak Luong para advertir así del peligro que entrañaba asociarse con los khmer rojos. Pero la lente de la cámara de un periodista extranjero era otra cosa. Enfadado, ordenó al pelotón de ejecución que esperara y envió a un soldado a buscar a Pran y a Schanberg.

Los dos periodistas levantaron las manos. Schanberg hablaba por el extremo de los labios:

—No dejes de sonreír. Pregúntale en qué podemos ayudarle.

Pran se aclaró la garganta y habló con el oficial, en un tono un poco más agudo que el habitual. El oficial camboyano le dio una respuesta concisa e hizo una seña a los soldados para que bajaran sus M-16. Pran bajó las manos, sonriendo de alivio.

—Dice que estamos arrestados.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Lo siento, Sydney.

Antes de que Schanberg tuviese tiempo de protestar, ya los empujaban calle abajo. Oyeron tras ellos el ruido de los cerrojos de los fusiles y una ráfaga. Ninguno de los dos miró atrás.

Dos marines con los fusiles Uzi dispuestos por si los habitantes tenían algo que decirles.

El edificio debía de haber sido una escuela antes de que el Ejército lo incautase. Schanberg, mareado de cansancio, se levantó del colchón de la esquina y se mesó la erizada barba. Le dolían las piernas, la chaqueta de algodón que llevaba estaba sucia de excrementos de las gallinas que habían desalojado del colchón para hacerle sitio. La luz del amanecer que se filtraba por la muselina significaba que se había pasado toda la noche inconsciente. La noticia ya podría estar en aquellos momentos en los periódicos de Nueva York. Dio un puñetazo al colchón y profirió un juramento en voz alta.

El guardia, que había estado hasta entonces medio dormido encima de un montón de municiones, se despertó sobresaltado. El fusil le había caído al suelo y bajó a buscarlo presa del pánico mientras volaban gallinas en todas direcciones. Schanberg vio una figura delgada y disfrazada con las ropas verdes del Ejército estadounidense, varias tallas más grande de lo que le correspondía, que abrazaba el arma como si fuera lo único que tenía para protegerse. Schanberg se frotó los ojos y refunfuñó.

—Escúchame idiota. Soy un ciudadano estadounidense. Estoy de tu lado, ¿me entiendes? Estoy aquí para informar a la gente de las bombas, ¿vale? De los bombardeos. —Miró a Pran, que estaba sentado sobre los tobillos en la sombra.— Díselo, Pran. Tenemos que salir de aquí por cojones.

Pran movió la cabeza negativamente, pero tradujo de todos modos. La única respuesta del soldado fue mostrarles el fusil como si les mostrara una regadera. Schanberg se puso de pie y se precipitó a la ventana.

Se oían pasos fuera, en las escaleras. Ya era hora. Pero, cuando se abrió la puerta, no era el oficial que Schanberg había estado esperando. Entró un chiquillo con un casco desproporcionadamente grande, con dos cuencos de fideos. No debía de tener más de trece años, pero llevaba un par de granadas de mano colgadas del cinturón del Ejército; estaba dando chupadas a un cigarrillo y entrecerraba los ojos cuando le entraba humo.

Dejó los dos cuencos de fideos sobre la mesa y se sentó junto a ellos con los pies desnudos colgando a unos centímetros del suelo. Schanberg expresó algunos de sus sentimientos.

—¿Cuánto tiempo piensan tenernos aquí? Venga. Dile que exijo ver a un oficial. *Exijo* ver a un oficial.

El soldado se agarró al fusil. Schanberg se encogió de hombros y le dijo a Pran, frunciendo el entrecejo:

—Venga, come —le ordenó, señalándole la comida— ¡Come!, ¡come!

Pasó otra hora, tal vez dos. Estaban tendidos, medio dormidos, sumidos en una modorra provocada por el calor espeso y sofocante. Hasta las moscas parecían drogadas por el calor mientras zumbaban alrededor de los cuencos de comida. Pran tenía los ojos cerrados; Schanberg estaba también a punto de cerrarlos, pero mirando a través de los ojos entrecerrados el sol que se reflejaba en el cañón del fusil del guardia. Un repentino bramido en khmer lo despertó de golpe. Un anuncio por los altavoces. Pran empezó a traducir casi antes de despertarse.

"El gobierno camboyano expresa con Estados Unidos su simpatía hacia los ciudadanos de Neak Luong... El gobierno de Estados Unidos ofrecerá generosas compensaciones... Cuatrocientos dólares por cada muerte, veinte dólares por cada herido. . Se repartirán formularios..."

Aquel agravio se encargó de eliminar el sueño del cerebro de Schanberg. Garabateó unas cuantas letras en su libreta y escribió una nota para acordarse de investigar qué castigo se había impuesto a la tripulación del B-52. No oyó el ruido del helicóptero hasta que lo tuvo sobre la cabeza.

—Huey —dijo Pran, en la ventana.

Schanberg se apoyó en su hombro. El barrigudo helicóptero norteamericano estaba estacionándose cautelosamente en el terreno del mercado de pescado, junto a la pagoda.

—Han traído a todo un grupo —dijo Schanberg con voz ronca de incredulidad. Luego lo dijo gritando, furioso—: ¡Han traído a todo el cuerpo de guardia!

Por encima del hombro de Pran vio los brillantes uniformes que descendían hacia los escombros: dos marines con los fusiles Uzi dispuestos por si los habitantes tenían algo que decirles. Los siguieron un par de jefes militares camboyanos, incluyendo al general Hemaus; luego el general Slade, del *staff* militar estadounidense; Lincoln, al que Schanberg había visto por última vez en las escaleras del Hotel Phnom Penh; Barry Morgan, Desmond France, un par de mujeres periodistas de revistas norteamericanas, un periodista indio...

—¡Cielos, míralos! —dijo Schanberg sonriendo sin humor—. Los lameculos elegidos para lavar la ropa. —Se dio la vuelta y se dirigió al guardia, tan furioso que casi no podía verlo.— Me voy de aquí. *Ahora mismo.*

El guardia negó con la cabeza. Subió corriendo las escaleras otro soldado. Schanberg sacó su pasaporte y se lo mostró insistentemente con el dedo clavado en la fotografía.

—¿Qué pensáis hacer, volarme la cabeza? Tenemos aquí mismo a los marines y al general. Y esto es un pasaporte norteamericano. Y éste soy yo. Y me voy de aquí.

Cuando Schanberg y Pran llegaron al mercado de pescado, la escena, curiosamente, se había "americanizado". Había caras amables en todas partes. Se veía entrechocar de manos, palmeo de espaldas. La apatía y la desesperación habían desaparecido para dar paso a una energía febril que infundía esperanzas a la gente de que las cosas no estuvieran tan mal como estaban. Algunos marines incluso ayudaban a llevar camillas.

En una tarima elevada formada espontáneamente por las aplastadas ruinas de la casa de un pescador, un alto funcionario de la embajada norteamericana, flanqueado por un surtido número de oficiales del Ejército camboyano y monjes budistas, estaba llegando a la conclusión de su discurso: "En la guerra, uno aprende a sufrir. Pero creo que estaréis de acuerdo en que es especialmente descorazonador recibir la muerte y la destrucción de vuestros amigos. Todo lo que puedo deciros, desde el fondo de mi corazón..."

Los rotores de un segundo Huey que descendía apagó el resto de sus palabras, pero los ciudadanos y los periodistas reunidos aplaudieron con entusiasmo cuando vieron que dejaba el micrófono.

"Ahora mismo la Séptima Fuerza Aérea realiza ochenta salidas al día hacia Camboya... y, francamente, tenemos problemas de control aéreo."

Schanberg no estaba de humor para dejarse coger en aquella atmósfera de falso sentimentalismo. Al otro lado del Mekong se estaba llevando a cabo un encuentro a fuego, por accidente o quizá intencionadamente. Las armas de alto calibre mandaban vibraciones a través de la ancha corriente de agua que él notaba en su cara. En lo alto zumbaban los F-111; helicópteros artillados Huey lanzaban napalm calabaza que florecía por encima de las distantes palmeras de azúcar. Slade, de verde caquí, estaba explicando la batalla a un grupo de periodistas. Schanberg se dirigió hacia él arrastrando a Pran, que estaba garabateando furiosamente con las mejillas tensas en señal de concentración.

—Este Huey hará una segunda aproximación utilizando el denso humo como cobertura —estaba diciendo Slade. Era un hombre fornido y de piel rosada, con una estructura de jugador de rugby norteamericano y con unas manos terriblemente musculosas que podrían partir en dos un misal—. Esas ratas siguen viniendo, pero cada kilómetro que hacen les cuesta un buen número de vidas.

—¿No podrían intensificar los bombardeos? —preguntó Desmond France.

Slade suspiró.

—Ojalá pudiéramos, señor —dijo—. Ahora mismo la Séptima Fuerza Aérea realiza ochenta salidas al día hacia Camboya. Esto son veinte más que el máximo diario sobre Vietnam y, francamente, tenemos problemas de control aéreo. Hay tal cantidad de bombarderos en el aire que no podemos procesar los avisos de ataque aéreo con la suficiente rapidez. ¡Es como jugar al billar con ochenta luces parpadeando delante suyo, aunque no creo que sea éste un juego que usted practique asiduamente, señor France!

Esta ocurrencia provocó un estallido de risas. Schanberg intervino, respirando pesadamente.

—Billar ilícito, Slade, teniendo en cuenta que tanto el Congreso como el Senado votaron hace seis semanas que debían suspenderse los bombardeos.

TOPHAM

ARRIBA: *Un civil saca el cuerpo sin vida de su hija de entre los escombros de su casa. Otra víctima inocente más de una guerra brutal.*

Slade le echó una mirada.

—No me sermonee sobre la contravención de las normas, Schanberg.

Alguien golpeó suavemente a Schanberg en el hombro. Era Lincoln, que le miraba con sonrisa sardónica.

—¿Todavía de una pieza, Sydney?

—Vete a la mierda. —Schanberg se alejó de allí. Era vital volver a Phnom Penh antes de que la oficina de telégrafos cerrara por la noche.

★ ★ ★

Lo primero que llamó la atención de Sydney Schanberg fue la ofensiva de Año Nuevo, cuando vio el tablero de salidas de vuelos en el aeropuerto internacional de Don Muang de Bangkok. El vuelo a Phnom Penh se había retrasado una hora y el avión de Air France en el que tenía que volar había sido reemplazado por un Caravelle de Air Camboge.

Las azafatas camboyanas aseguraron no saber nada, pero sa-

ARRIBA: *La lucha contra las tinieblas. Soldados del Ejército camboyano en las afueras de Phnom Penh intentando desesperadamente aplazar lo inevitable.*

bían lo bastante como para llevarse los vasos de todo el mundo y comprobar atentamente los cinturones de seguridad antes de iniciar la aproximación. Al principio, desde la ventana, Schanberg sólo podía ver los verdosos arrozales que llevaba viendo desde que salieron de las montañas y valles oscuros y frondosos del oeste de Camboya. Pero luego vio la ciudad y las espirales de humo blanco. Y el avión inclinó el morro hacia abajo y se lanzó en picado con un terrible rugido de los motores, en un ángulo de cuarenta grados, hacia Pochentong.

Al principio, Schanberg pensó que les habían dado. Trató de imaginar los titulares de la prensa: *Redactor jefe del New York Times, 40 años, muerto en accidente aéreo.* En letras más pequeñas: *Compartió las últimas dos semanas de su vida con su esposa e hijas.* Cerró los ojos con fuerza; cuando los volvió a abrir, el Caravelle estaba en el suelo y avanzaba a sacudidas por una pista mal señalizada hacia el aeropuerto. Había soldados y personal del aeropuerto protegiendo el edificio de la terminal con sacos de arena. El personal de tierra que se aproximó hasta el avión llevaba chalecos antibala.

Schanberg había vuelto a una ciudad sitiada.

Al pasar por el mercado de Pochentong vio la magnitud del ataque aéreo. casas abrasadas, escaparates destrozados. Pero la vida había vuelto ya a la normalidad con la rapidez que no dejaba nunca de sorprenderle en Oriente, como si la piel se curara instantáneamente sobre una herida profunda. En lugar de bomberos y ambulancias, había unos cuantos vagabundos flemáticos recogiendo restos. Las paradas de frutas y hortalizas ya estaban de nuevo en actividad, vendiendo plátanos, melones, mangos, boniatos, col china y caña de azúcar.

Phnom Penh había dejado de ser una bella ciudad. Los edificios principales del gobierno tenían barricadas de sacos de arena y tablas que ocultaban parcialmente su arquitectura neocolonial francesa. En la plaza de Correos, las mesas de café habían sido reemplazadas por rollos de alambre espinado. El olor de jazmín y buganvilia había sido sofocado por la gasolina de los camiones del Ejército que partían hacia los campos de batalla.

Al llegar al Hotel Phnom. Schanberg pagó al taxista, lanzó una moneda a un vendedor de cerillas "ciego" que la cogió al vuelo y subió a su habitación.

La oscuridad era total. Abrió las ventanas lo suficiente para dejar que se filtrara un poco de luz. El montón de sábanas que había sobre la cama se movió y habló.

—Cierra las jodidas persianas, ¿quieres?

Era una voz que Schanberg reconoció al instante. Abrió las persianas de par en par. Las sábanas se movieron como en agonía y apareció un rostro con los ojos nublados y una máscara

de sufrimiento, intentando esconder una resaca que clamaba al cielo.

—Hola, Syd, lo siento. Creí que eras el mozo del hotel.

Schanberg no contestó. Cogió su bolsa y se metió en el cuarto de baño. Al Rockoff hizo un intento de sentarse y se dio con la mano en la frente vendada Con la otra buscaba a ciegas un analgésico, en la mesita junto a la cama Schanberg le gritó desde el cuarto de baño.

—¿Qué es toda esta mierda?

—Estaba revelando un carrete. Lo siento. Syd. Lo siento. Pero escúchame, Syd. Me encuentro muy mal Si quieres gritar, me voy y vuelvo más tarde.

—No quiero gritar —gritó Schanberg—. ¡Quiero estar de buen humor! Pero las cosas no van como debieran.

Salió del cuarto de baño y vació lo que había en la bolsa: una muda de ropa, una cámara Nikon, cartones de carretes y un ejemplar del *New York Times*.

—El avión se ha retrasado, el piloto que piensa que la mejor manera de evitar los cohetes es ir en vertical, ni un maldito coche en el aeropuerto .. y llego aquí con la única intención de trabajar y te encuentro en mi habitación.

—Feliz Año Nuevo —murmuró débilmente Rockoff.

Schanberg estaba marcando un número. Cuando dejó el auricular, Rockoff había conseguido mantener el otro ojo abierto.

—Me metí en la fiesta de Best —dijo—. Encontré a una chavala fantástica que repartía droga por cuenta de los khmer rojos. O quizá de los otros...

—Venga —dijo Schanberg—. Te invito a desayunar.

En la cafetería, Schanberg cerró los ojos. El aroma del café caliente lo trasladó a París, a finales de la década de los 50, con una beca de viaje de Harvard, recreándose en Europa como un niño en una tienda de dulces. Si abría los ojos despacito, todavía seguía en París la porcelana maciza de las tazas, el toldo amarillo festoneado sobre su cabeza, las plantas en sus macetas alineadas en la terraza, el ruido de periódicos, la pareja de oficiales del Ejército jugando al ajedrez en la mesa de al lado.

Estaban tendidos sobre cristales de hielo rojo brillante, sobre espumarajos de pescados aleteantes y pedazos de anguila, sobre cosas irreconocibles. Todo lo que no se movía, estaba muerto. Lo que se movía, estaba muriendo.

Rockoff había abordado el tema de los huevos

—Todo lo que como debe estar muerto, muerto al ciento por ciento Por eso no he podido nunca comerme una ostra. He leído en alguna parte que les ponen zumo de limón para atontarlas. Por lo que a mí respecta, una ostra inconsciente es tan horrible como si estuviera despierta del todo... ¡Syd! —Rockoff no había alzado la voz, pero Schanberg levantó los ojos.— Syd, allí hay un tío que acaba de tirar algo desde una moto.

La granada explotó antes de llegar al suelo. Fue seguida en rápida sucesión por dos más. Hubo un momento de silencio mortal, roto por el ruidito de la Nikon del fotógrafo. El toldo amarillo que había sobre la cabeza de Schanberg se iba tiñendo lentamente de rosa.

Schanberg bajó las escaleras de la cafetería tras Rockoff y corrió hacia aquel caos de fuera. La moto Honda había desaparecido. Los dos oficiales debían de haber llegado al camión de pescado al mismo tiempo que las granadas. Estaban tendidos sobre cristales de hielo rojo brillante, sobre espumarajos de pescados aleteantes y pedazos de anguila, sobre cosas irreconocibles. Todo lo que no se movía, estaba muerto. Lo que se movía, estaba muriendo.

Rockoff corría de un lado a otro tomando fotografías La cámara enfocaba a uno de los dos oficiales del Ejército que había estado debatiéndose con el pescado un minuto y luego se había quedado quieto. Justo al lado, el fuego había prendido en una tienda de reparación de bicicletas. Bajo el palio de espeso humo negro que desprendían los neumáticos se acurrucaba un niño hambriento a quien Schanberg había visto antes desde la terraza. Llevaba la chaqueta llena de sangre por una herida de metralla, pero intentaba mover sus piernas como patas de palo hacia su madre, que ya no le sostenía la mano. La metralla le había abierto la garganta y yacía con la vista perdida en la cara suplicante del niño. Schanberg se arrodilló y tomó una fotografía cuando se acercaban dos auxiliares sanitarios para llevarse al niño. La calle se había llenado de gente y de estruendo

★ ★ ★

—La ayuda es el opio —observó Schanberg. A la luz de la antigua lámpara de cobre, pudo ver a Jon Swain sentado en un suelo de teca unos metros más allá. Delante suyo, en la estera, había otras dos personas tendidas, menos familiares. Parecía cambiarles la cara cada vez que la lámpara proyectaba una sombra— Cuanto más tienes, más quieres —siguió, como si estuviera descubriendo una gran verdad— Cuanto más quieres, más necesitas. Hemos dado demasiadas pipas de opio a la gente de Camboya. El síndrome de abstinencia será terminal.

—¿Tú crees que es culpa de los norteamericanos? No estoy de acuerdo. —Era la voz de un camboyano culto que hablaba desde las sombras. La muchacha de pecho desnudo le había llamado excelencia. Schanberg deseó poder reconocer aquella cara — Yo luché en la primera guerra de Indochina contra los franceses. Ahora estoy luchando contra los comunistas apoyados por los chinos. La próxima vez podrían ser los vietnamitas. Es culpa del colonialismo. Los Estados Unidos no pretenden gobernar al pueblo khmer. Su objetivo es ayudarnos a batir el colonialismo para gobernarnos nosotros mismos

Calló cuando la muchacha entró en la estancia con una bandeja de pipas frescas de opio. Schanberg sintió una punzada de desazón. Todos los políticos camboyanos que había visto compartían esta creencia de que los corazones norteamericanos eran los que gobernaban las mentes norteamericanas. Miró cómo la muchacha se arrodillaba en el centro de la estancia. El sarong de seda verde le cubría sólo el vientre y los muslos El pelo, negro como el grafito líquido, le caía por la espalda, enmarcando unas pequeñas orejas y unas delicadas mejillas.

Calentó el opio al calor de una llama y lo insertó delicadamente en una pipa de platino. Con un gracioso movimiento, se la ofreció al camboyano al que denominaba "excelencia", que la rechazó con un gesto de la cabeza, y después a la otra figura reclinada en los cojines, un hombre viejo que le dio las gracias en perfecto khmer y luego pidió otro whisky en francés. Probablemente era un francés de la delegación de las Naciones Unidas en Phnom Penh, cuyo personal, a diferencia del de la embajada de EE.UU., no tenía la prohibición de frecuentar las salas de opio de Madame Chantal.

CAPÍTULO 1 LA SONRISA KHMER

Swain, con perfecto tacto inglés, había continuado la conversación

—Hay un obelisco en Londres, en el Mall, a la gloria de los marines británicos —les dijo— Y hay una placa que muestra a un marine clavando su bayoneta en la barriga de un chino. El chino parece sorprendido, con la coleta alzada como un signo de admiración. Debajo pone: "Campaña de Shangai, 1898."

Siguió hablando con solemnidad cuando la chica se arrodilló muy cerca de él y le sostuvo la pipa para que inhalara.

—Es algo totalmente morboso, ¿no creéis? Imaginaos ver esto en Pekín. Una placa con un chino clavándole la bayoneta a un inglés en pleno Regent Street. Un bombín que levita en señal de sorpresa. Y debajo. "Campaña de Londres, 1898." Dios sabe qué estábamos haciendo en China, para empezar.

El diplomático francés rió entre dientes.

—Proteger su negocio del opio, amigo mío.

—Aquello eran luchas a la bayoneta, cuerpo a cuerpo —intervino Schanberg—. Y para los chinos son agua pasada Pero ¿qué pasa con los khmer rojos? Cinco años de bombardeos ininterrumpidos. Toneladas de napalm. Decenas de miles de hombres hechos saltar por los aires o incinerados. Sin posibilidad de venganza: nada contra lo que puedan lanzar su furia, excepto su propia gente. ¿Creéis que van a olvidar y perdonar?

No hubo respuesta Swain estaba contemplando los ojos de la chica y susurró en khmer:

—Gracias.

La chica rió, respondió alguna cosa y volvió a reír, dejando entrever una lengua rosada entre los labios rojos.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Swain, riendo

—Deberías aprender khmer, amigo —murmuró su excelencia con cierta tristeza.

> "Los oficiales de artillería de Lon Nol tienen un estricto horario de trabajo. De las 6.30 a la 1, excepto sábados y domingos."

—Odio —dijo el delegado francés. Vació su vaso de whisky y lo dejó, dando un fuerte golpe, en la estera—. Respondo a su pregunta sobre los khmer rojos. Y cuando ganen, como harán sin duda, será la victoria de unos hombres en los cuales el odio habrá suprimido cualquier otro sentimiento

La muchacha se levantó sin hacer ruido y cogió el vaso Cuando salió con la bandeja, Swain se puso de pie y salió tras ella. La habitación quedó en silencio. El opio tejía redes en el cerebro de Schanberg. Se sintió transportado al fatalismo de aquel viejo país. El odio pasaría. El amor sería más fuerte que el odio. Cuando habló su excelencia, le escuchó con respeto.

—Tendremos que negociar —dijo la voz del camboyano culto—. Al final de la estación seca, cuando los khmer rojos estén agotados. Los invitaremos a entrar en el gobierno, dentro del marco constitucional. No habrá represalias.

Los ojos de Schanberg se llenaron de lágrimas. ¡Qué magnanimidad! Aquél era el modo de combatir las guerras. Sólo el mandarín de las Naciones Unidas parecía impasible.

—Creo que fue Byron —señaló— quien dijo que "Ahora el odio es con mucho el mayor placer. Los hombres aman con prisas, pero odian con tranquilidad".

★ ★ ★

El jeep corría a toda velocidad por la carretera Uno, esquivando los cráteres abiertos por los cohetes. Iba al volante Joe Marocco, un consejero militar norteamericano. Schanberg iba sentado a su lado. Detrás, Rockoff y Swain, agarrándose con fuerza a los asideros, con Pran comprimido incómodamente entre ellos.

Los restos de un buey muerto ocupaban parte de la carretera, y el jeep dio un viraje brusco y fue a dar en un charco que salpicó principalmente a los del asiento trasero.

—¡Eh! Tómatelo con calma —dijo Rockoff a gritos, protegiendo sus cámaras—. ¿Por qué tenemos tanta prisa, además?

—No creo que le pongan multa por exceso de velocidad —dijo Swain.

—No me preocupa la multa. Me importa un rábano. Lo que quiero es llegar de una pieza.

Habían cruzado el puente de las Naciones Unidas y habían pasado hacía unos minutos por el mercado de Chbar Ampou. La línea del frente estaba a menos de cinco minutos en coche delante suyo, tras la continua masa de refugiados.

—Antes del avance de la semana pasada, ¡todo esto era territorio de los khmer rojos! —gritó Marocco, con la vista fija delante suyo— ¡A lo mejor vuelven a cortar la carretera mañana!

Desde uno de los puestos militares protegidos con sacos de arena al lado de la carretera, un soldado les hizo detener la marcha. Marocco sacó su revólver Smith & Wesson y pasó por delante suyo antes de frenar. El soldado se acercó corriendo.

—¿Tienen cigarrillos? —preguntó, mostrando una hilera de dientes ennegrecidos.

Schanberg le dio un paquete de Bastos Sentadas sobre los sacos, había tres chicas en uniforme que sonreían burlonamente. Como máximo podían tener 15 años y llevaban ropa de varias tallas superiores. Sostenían con torpeza los M-16 nuevos, pero estaban claramente más interesadas en el lápiz de labios que usaban y en el ritmo que marcaba Paul MacCartney en *Band On the Run*, que se oía en el transistor que llevaban Rockoff tomó fotografías de sus caras con carmín y ellas se morían de risa, como si la guerra estuviera muy lejos. Schanberg también estaba empezando a sonreír Entonces vio a Pran, sentado muy quieto, con lágrimas en los ojos. Swain también lo había visto y había captado la lamentable tristeza de la escena.

Ahora podían ver el frente a través de las oleadas de humo negro que se elevaba hacia el despejado cielo. Una factoría estaba en llamas al límite de uno de los últimos enclaves de pueblos fuera de Phnom Penh, defendido todavía por las fuerzas armadas del gobierno central. Era un fábrica de Pepsi-Cola que estaba siendo atacada por los khmer rojos desde la mañana. Había desaparecido ya la mitad del techo.

Marocco detuvo el jeep junto a un camión volcado, cerca de las puertas de la factoría. En fila india, con Joe Marocco a la cabeza, dejaron atrás carros de bueyes, fogones e informes figuras agazapadas, y se apresuraron todos juntos hacia la línea del frente.

—Deberíamos llegar antes de que paren para comer —señaló Marocco.

—¿Antes de que paren para comer? —dijo Swain con voz incrédula.

DERECHA: *Empequeñecido por el uniforme y el equipo, un chiquillo se dispone a pasar de la escuela al campo de batalla A medida que los khmer rojos iban avanzando hacia Phnom Penh, se iban reclutando más niños para el servicio militar.*

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Unos 300 marines y 36 helicópteros participaron en la evacuación del personal norteamericano de la asediada Phnom Penh*

—Sí. Los oficiales de artillería de Lon Nol tienen un estricto horario de trabajo. De las 6.30 a la 1, excepto sabados y domingos, que son días de descanso Esto significa que el Ejército ataca las posiciones de los khmer rojos hacia el final de la mañana, y luego normalmente se retira con graves pérdidas al atardecer por falta de cobertura de artillería.

—¿Y por la noche?

—Sólo los comunistas combaten por la noche.

—¡Aquí —gritó Marocco. Rockoff, que se había parado para fotografiar a una niña con las riendas del carro en las manos y a sus padres refugiados cargando bultos tras ella, dio media vuelta y se acercó a Marocco. El ruido del fuego de las ametralladoras los guió hasta una pared baja de ladrillos, reforzada con sacos. Tendidos tras ella había 30 soldados agotados, ninguno de los cuales parecía mayor de 18 años.

Aquello era la línea del frente.

Se dirigieron hacia el nido de ametralladoras, Schanberg a la cabeza. El sargento al mando tenía unos veinte años, iba descalzo como los demás y llevaba un sombrilla verde como señal de autoridad. Alrededor de la cabeza llevaba un vendaje con manchas de sangre y, en los tejanos, una gran mancha de aceite y sangre. Saludó al grupo y fue a comprobar la ametralladora M-60 que disparaba inútilmente a las palmeras distantes.

El fuego de mortero de los khmer rojos había aumentado Caían proyectiles tanto detrás como delante de ellos. El consejero militar echó una mirada a su reloj con sorpresa: había algo que no cuadraba. La radio chirrió y se elevaron por los aires pedazos de tierra y del edificio en llamas, cayéndoles encima como una lluvia amarilla de ladrillos pulverizados. Rockoff volvió el rostro hacia Schanberg

—¡Salgamos de aquí!

La chiquilla no se había girado para ver lo que les había sucedido a sus padres. Con los ojos cerrados, tapándose las orejas con las manos, estaba chillando a grito pelado.

Cerca de Schanberg, una caja de Coca-Cola explotó, proyectando en torno una lluvia de cristales. "¿Por qué no seguís adelante?". gritaba la radio Al bajar la vista. vio un hilillo de sangre que empezaba a descender por la palma de la mano. Mientras a su alrededor la tierra se estremecía, Pran le cogió la mano y le succionó la sangre.

—Peligro de infección —dijo, y sacó su pañuelo para vendarle la herida.

Schanberg miró con asombro a su asistente. Estaban bajo el fuego de los proyectiles y Pran lo cuidaba como si fuera un enfermo del hospital. Con la mejor sonrisa que tenía, Schanberg retiró la mano delicadamente.

—Ya es suficiente —dijo.

Schanberg miró por encima del hombro y vio sombras que se movían cerca del desierto puesto de ametralladoras. Se detuvo y se tiró a otro emplazamiento de ametralladoras, entre dos paredes de cajas de Coca-Cola. Pran se dirigió a él gritando:

—¡Vamos, Sidney!

—¡Iros! —gritó Schanberg, agitando un brazo en dirección al jeep—. ¡Empezad a pasar! ¡Ya os alcanzaré!

Se quedó mirando la hilera distante de palmeras. Negras figuras, parecidas a insectos gigantes, surgían de entre los árboles y avanzaban hacia el verde arrozal.

—¡Khmer rojos! —susurró la voz de Pran, a su lado.

Los contemplaban juntos, fascinados y temerosos. Las figuras tenían la cara negra y el pelo oscuro y largo. Tal vez fueran mujeres. Un edificio estalló en llamas y el humo las ocultó a la vista. Cuando el humo se elevó, las figuras habían desaparecido. Sonó la bocina de un coche; no había tiempo que perder.

Mientras corrían, agachados, hubo otra explosión. El carro de bueyes que Rockoff había fotografiado estaba cubierto de sangre La niña había dejado caer las riendas de sus manos. Uno de los animales estaba muerto; el otro, con sangre brotándole del cuello, trataba de mantenerse de pie. La chiquilla no se había girado para ver lo que les había sucedido a sus padres. Con los ojos cerrados, tapándose las orejas con las manos, estaba chillando a grito pelado.

★ ★ ★

Schanberg, con una mueca, bajó la ventanilla del Mercedes y lanzó fuera la colilla del cigarrillo. Sarun lo estaba llevando a la embajada de Estados Unidos. Cuando llegó, encontró a James Lincoln en su oficina de la segunda planta. A sus espaldas, había un gran mapa de Camboya punteado de pequeñas agujas negras. En la pared opuesta, el presidente Ford sonreía en una fotografía flanqueada por dos ficus encima de un archivador.

Lincoln estaba vaciando los cajones. En el suelo había un montón enorme de recortes de periódico y fotografías que iba aumentando sin cesar. Encima de la mesa, junto a dos bolsas de basura de plástico, había un montón mucho más pequeño. Schanberg hizo una mueca cuando vio a Lincoln tirar la foto de Kissinger al montón de basura del suelo.

—No es el hombre más popular de la embajada en este momento —dijo el diplomático con cierta amargura.

—¿Por qué?

—Ha denegado la petición del embajador para una evacuación de Pochentong. Se le hizo observar que, al ritmo que avanzaban los comunistas desde el norte, era nuestra única posibilidad de salir en una aeronave de alas fijas. Kissinger no cedió. Esto quiere decir que los últimos de nosotros tendremos que salir en helicópteros del centro de Phnom Penh. No es precisamente un espectáculo para subir la moral del camboyano medio.

Schanberg se acercó a la mesa y echó una mirada al papel de encima del montón. Levantó la vista y vio que Lincoln le miraba.

—Lo siento, James. Siempre que veo un folio se me van los ojos automáticamente. .

—Se llama fuerza de la costumbre. Puedes leerlo si quieres.

—Ya lo he hecho.

Lincoln le devolvió la sonrisa. Ambos eran gatos viejos en aquel juego.

—Guardo esto por razones históricas —le explicó—. La primera noticia en la que vi que se mencionaba a los khmer rojos por su nombre. ¿Qué fecha lleva? ¿1969? Entonces eran 4.000. Seis años más tarde y tras una guerra, tenemos a 70.000 aullando a las puertas. Este país tenía muchos defectos y muchas cosas buenas, y lo triste es que nosotros sólo hemos profundizado los defectos.

Vació otra carpeta en el suelo sin mirar su contenido. Fuera, en el pasillo, Schanberg oyó una voz que decía:

—Hay pruebas de ello, Will. Colgaron a los niños de los árboles. A las mujeres las clavaron vivas en las paredes de sus casas. Ahorcaron a los hombres y quemaron...

Otra voz dijo algo en tomo suave. La primera voz subió de tono al pasar por delante del despacho de Lincoln:

—Puedes decirles que hemos hecho todo lo que hemos podido. La Casa Blanca bloquea todas las acciones que intentamos. Te lo advierto: cuando esos tíos escriban sobre eso en sus memorias, voy a escribir una nota a pie de página de cada una de ellas.

Lincoln y Schanberg se miraron en silencio mientras las voces se perdían en el pasillo iluminado por fluorescentes. El diplomático cogió las bolsas de plástico y le dio una a Schanberg. Las dos juntas reunían seis años de informes y documentos sobre un país que estaba dejando de existir.

Schanberg lo miró. Lincoln se sonrojó.

—Tú también lo sabes, Sydney —dijo con embarazo—. Podría haber un baño de sangre. Las cosas han ido demasiado lejos para que puedan terminar bien...

REX FEATURES

ARRIBA: *Los soldados del gobierno camboyano combatían aún en tenaces, aunque inútiles, operaciones de retaguardia.*

Schanberg movió afirmativamente la cabeza. De pronto, deseó estar lejos de aquel edificio, de aquella gente, fuera, al aire libre.

—Gracias, James —dijo.

Lincoln lo acompañó a la puerta principal. En su lúgubre cara se dibujaba la sombra de una sonrisa.

—Después de lo que han tenido que pasar los khmer rojos, no creo que aprecien mucho a los occidentales —le dijo—. Supongo que ya lo sabes.

—Supongo que sí —dijo Sydney Schanberg.

★ ★ ★

Delante de la embajada se había ido congregando una multitud. Todas las caras mirando al cielo, de donde caían lentamente hasta el suelo copos de ceniza gris: cinco años de informes y telegramas. No había pancartas ni gritos de protesta. La gente se hacía fotografías posando junto a la verja del edificio. Un viejo se arreglaba el bigote en el espejo retrovisor de una flamante motocicleta. Había una actitud más de curiosidad que de

temor. Existía la convicción de que los aviones norteamericanos debían estar enviando refuerzos. La población de Phnom Penh aplaudía y daba vivas. Sonriendo con ansiedad, la gente se iba acercando allí para presenciar algo que, de momento, no podía entender. Cuando terminó, todavía no lo creía.

La operación "Eagle Pull" había estado funcionando en secreto desde el principio de la ofensiva de la estación seca. El personal no imprescindible de la embajada había ido saliendo a hurtadillas del país, en vuelos regulares, de dos en dos o de tres en tres. Sólo notaron su ausencia algunos observadores agudos, como Schanberg, que vio que se había suprimido su nombre de las listas del torneo de tenis del Círculo Deportivo y echó en falta sus caras en el bar. Entretanto, el embajador y sus ayudantes desplegaban una gran actividad en la ciudad, inaugurando una fábrica de municiones aquí, una nueva clínica allí, como si intensificando su actividad pudieran disimular el largo adiós.

En la propia embajada empezaron a brotar enredaderas de alambres, alambres de púas, alambradas que gateaban formando amenazantes matorrales a lo largo del límite del perímetro y que subían hasta el techo de la embajada, donde se entremezclaban con las antenas de telecomunicaciones y los reflectores, hasta el punto de hacer imposible la distinción entre los sistemas de seguridad de los de inteligencia y los de defensa de los de ataque.

Ahora que la lenta salida se convertía en retirada, ya había pasado el tiempo del disimulo. La puerta principal de la embajada estaba cerrada a cal y canto. Tras la verja hacían guardia los marines con las M-16 preparadas. En el patio delantero ha-

REX FEATURES

bía un par de camiones que iban siendo cargados de gente y equipajes. Mientras Schanberg miraba a la multitud, percibió un fuerte ruido: cinco helicópteros Jolly Green Giant de los marines descendían del cálido cielo. Se dirigieron hacia la embajada y aterrizaron entre una nube de polvo en un campo de fútbol a menos de un kilómetro. Eran las nueve. Había empezado la evacuación.

Apareció de la nada un Sea Stallion y planeó ruidosamente sobre el humo de su quemador antes de posarse en el terreno de la embajada como un gordo pájaro de metal en un nido de alambres de púas. Saltaron de él algunos marines, equipados con sus armas y municiones, para ayudar a defender la misión diplomática de sus aliados. Schanberg cruzó el paseo hacia la puerta principal. No había ni rastro de Pran. La atmósfera empezaba a enrarecerse. Schanberg giró en torno. El antiguo Renault verde de Pran no podía pasarle por alto. Tenía que estar por allí. Se dirigió con urgencia a la puerta lateral. Estaba vigilada por marines en trajes de civil. Un sargento controlaba la identidad de los evacuados, a los que se daba una tarjeta marrón con su nombre y la orden de partida y se los enviaba hacia una de las filas formadas tras un camión.

Empujaron al gentío para dejar paso a las motos de la policía que escoltaban una limousine negra. Se abrió una puerta y subió un camboyano de media edad acompañado de su familia. Schanberg reconoció en aquel hombre a Saukham Khoy, el presidente en funciones de Camboya. Tras la estela del automóvil, el periodista se abalanzó y preguntó en voz alta:

—¿Ha llegado Dith Pran? ¿Con esposa y cuatro hijos?

> El sargento cerró la lista con un garabato y le hizo señal a Pran de que volviera hacia Camboya.

El sargento consultó su lista y negó con la cabeza.

—No, señor. —Le interceptó el camino a Schanberg y añadió—: Si entra dentro, señor, no puede volver a salir.

Schanberg miró el reloj. La voz neutra de Slade bramó por los altavoces: "¡A partir de las nueve y media no se aceptarán más evacuados!" El anuncio fue recibido con un apiñamiento en la puerta lateral. Los marines estaban de pie hombro con hombro, aunque en las caras de su alrededor todavía había más sorpresa que rabia. Corriendo, Schanberg volvió a la puerta principal. Al Rockoff estaba allí, tomando fotografías de un marine alto y negro rodeado de una manada de niños camboyanos fascinados. Tampoco él había visto a Pran.

Schanberg miró ansiosamente a un lado y otro de la calle y de nuevo a la embajada. A través de una filigrana de ceniza vio unas figuras pequeñas en el techo de la embajada. Estaban arriando la bandera de barras y estrellas. Un marine, desde el tejado, levantó su M-16 y disparó tres salvas al aire, como ante una tumba recién cavada.

Resonaron en el aire los aviones norteamericanos que escoltaban cuatro helicópteros más Sea Stallion hacia el campo de fútbol. Lincoln lanzó un grito a Schanberg desde el otro lado de la verja de la embajada

—¡Date prisa, Sydney! Tienes unos cinco minutos.

—¡Estoy esperando a Dith Pran!

Lincoln se encogió de hombros y se fue.

El grupo de evacuados se iba reduciendo. Casi todos los camiones ya habían partido. Con su hijo más pequeño en brazos, Pran se dirigía hacia la puerta lateral. Su esposa, Ser Moeun, le seguía con los otros tres niños. Llevaban sus enseres en dos bolsas de plástico y una maleta.

—Dith Pran y familia.

—¿Quién? —dijo el sargento de marines frunciendo el ceño. Un Sea Stallion que volvía al USS *Okinawa* había apagado las palabras de Pran.

—¡Dith Pran y familia!

Se oyó un silbido. El destacamento de marines se concentró en el patio de la embajada. El sargento cerró la lista con un garabato y le hizo señal a Pran de que volviera hacia Camboya. La puerta lateral se cerró.

En el patio, Desmond France estaba subiendo al último camión. Pran gritó su nombre con las manos a modo de bocina. France no le oyó. La gente empujaba. Ser Moeun sollozaba quedamente. Pran le gritó al sargento: "¡Tú me conoces!" Encima suyo, los motores zumbaban rumbo a la libertad. Los marines subieron al camión detrás de France y desaparecieron por la parte trasera de la embajada.

La multitud se dispersó. Había terminado el espectáculo. Pran vio que Rockoff bajaba apresuradamente por la calle

—¡Al, Al! ¡Ayúdanos!

Otro Sea Stallion en vuelo bajo. Pero Rockoff le oyó. Le vio. Y le reconoció. Y volvió atrás para ayudarle.

★ ★ ★

El campo de fútbol era una mancha ondulante de polvo y hélices. Las formas negras agazapadas se elevaban, una a una, en una estrecha espiral sobre la ciudad antes de dirigirse hacia el oeste, el golfo de Siam. Con el hijo pequeño de Pran en brazos, Schanberg se apresuraba hacia el polvo y el ruido. Pran le seguía con otro de sus hijos. Detrás iba Ser Moeun, con la cabeza gacha y un pañuelo en la nariz. Los dos chicos mayores arrastraban las bolsas y la maleta por la tierra requemada por el sol.

La neblina de polvo se elevó de pronto, justo en el momento que los khmer rojos renovaban su ataque de artillería desde la otra orilla del Mekong, tras haber detenido el fuego para permitir la salida de los norteamericanos. Fue un instante que quedó grabado para siempre en la memoria dé Schanberg.

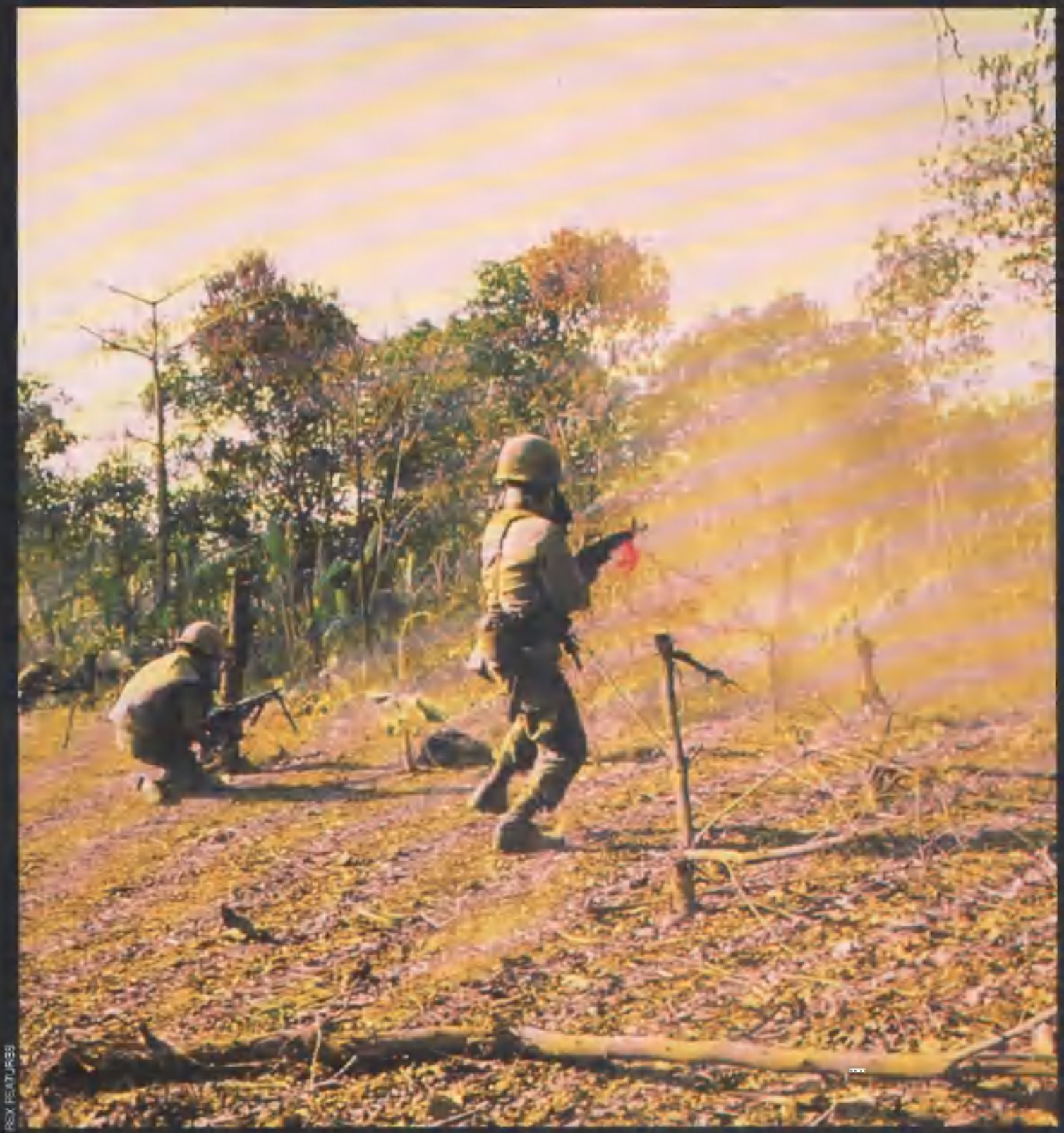
La puerta del helicóptero se cerró. Sólo quedaban dos Sea Stallion en el campo. Los marines cubrían a uno, apoyándose en él defensivamente, prestos a repeler un posible ataque. Pran y su familia se acercaron corriendo al otro. Schanberg había llegado primero y cargó a bordo a los niños. Desde arriba le tendieron unas manos para que subiera Ser Moeun, mientras las hélices giraban cada vez a mayor velocidad. Ya no quedaba tiempo. Pran ayudó a su mujer a subir; ella se inclinó hacia abajo, le dio un golpecito en el brazo y lloró.

Schanberg se quedó atrás. Lo que hiciera Pran en aquel momento era asunto suyo. No había tiempo de discutirlo. Pran era un periodista independiente: tenía que tomar la decisión él solo.

Pran echó una mirada a su esposa. Alguien empujó a Ser Moeun hacia dentro y le cerraron la puerta en la cara. Con un agudo rugido de los motores, el Sea Stallion despegó.

Los dos hombres se quedaron solos en medio del campo de fútbol. De pronto se había convertido en el lugar más desierto del mundo

IZQUIERDA: *Los soldados corren a ayudar a algunos niños heridos durante un ataque de los khmer rojos sobre Phnom Penh.*



REX FEATURES

Tras arrasar las últimas líneas defensivas (ARRIBA), *los despiadados hombres de Pol Pot marcharon sobre Phnom Penh* (DERECHA), *llevando con ellos la muerte y la miseria.*

Capítulo 2

EL PRELUDIO DE LA TRAGEDIA

CAPÍTULO 2 EL PRELUDIO DE LA TRAGEDIA

Estamos solos. Esto es lo que Schanberg hubiera deseado decir. Por mor a Pran, había asumido una expresión resolutiva, pero en la ciudad había un vacío que no podían llenar los dos millones y medio de refugiados El éxodo norteamericano había provocado la desolación. Se sentía como un escafandrista que se ha quedado sin oxígeno

El oxígeno fue lo primero que vio al entrar en la recepción del hotel: botes de oxígeno alineados junto a la pared empapelada con un dibujo de flores de lis. Un par de mujeres en uniforme de enfermeras estaban abriendo una caja con el símbolo de la Cruz Roja. En un rincón había varias cajas más amontonadas. El olor a hospital del formaldehído había reemplazado al familiar aroma del café. En el radiotransistor del recepcionista. sonaban los compases de una canción militar francesa de la Primera Guerra Mundial. *Sambre et Meuse*, que acentuaban el ambiente de estado de sitio.

Salió hacia la piscina.

Incluso allí, en aquel último reducto de la buena vida, se había filtrado la guerra. En algún lugar trinaba un pájaro Mynah y los jacarandas estaban llenos de flores azul purpúreo, pero el agua de la piscina se había puesto de un color avinagrado y en ella flotaban botellas y paquetes de cigarrillos. Por otra parte, los refugiados habían ido afluyendo desde la noche anterior Ahora estaban en el jardín, en grupos. a lo largo de la pared con sus ollas y colchones. Las cenizas de los fuegos provocaban una neblina de humo gris. Una figura larguirucha estaba tumbada en una hamaca de color verde descolorido, tras un ejemplar de correo aéreo del *Times* de Londres.

—¿Jon? —preguntó dubitativamente Schanberg.

—Si tenemos que salir corriendo —dijo Swain suavemente—, me han dicho que lo mejor es que vayamos a la embajada francesa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La embajada inglesa.

Se acercaron unos pasos silenciosos.

> Con un ruido como el de una hoja de metal rasgada, a toda velocidad, llegó procedente del norte un cazabombardero T-28.

—Los khmer rojos han tomado Samrong Teav —anunció Pran, mirando su libreta de notas con su atildada y enrevesada letra—. Es muy cerca del aeropuerto de Pochentong, a unos tres kilómetros. Se ha perdido el contacto de radio con Arey Khsat, una plaza fuerte del gobierno en el Mekong, también a tres kilómetros de aquí. Se cree que los khmer rojos la han arrasado. Se han producido también ataques comunistas a lo largo de Bassac, hasta cinco quilómetros de Phnom Pen.

—¿Qué dice la AFN (American Force's Network) Saigón sobre la evacuación americana?

—Long Boret ha hablado por radio —respondió Pran.

—¿Qué ha dicho?

—El primer ministro afirma que Saukham Khoy es un cobarde por haberse ido con los norteamericanos. Ahora gobierna un comité de ministros y generales que quieren tratar con los khmer rojos.

Schanberg tomaba apuntes veloces en los márgenes de su periódico.

—Pobres bastardos —dijo suavemente—. Ni siquiera cuentan con un gobierno presentable para negociar una rendición decente.

Sus palabras fueron ahogadas por un silbido ensordecedor. Schanberg, Swain y Pran se lanzaron al suelo mientras caían tazas y platos a su alrededor. Con un ruido como el de una hoja de metal rasgada, a toda velocidad, se acercaba procedente del norte un cazabombardero T-28. Pasó tan cerca sobre sus cabezas que Schanberg pudo llegar a distinguir el arsenal del armamento. Un momento después hubo dos explosiones a unos 200 metros de distancia.

★ ★ ★

Sonidos y luces ultravioleta. Un generador robado al Ejército de EE.UU. alimenta una radio que transmite *The Dark Side Of The Moon* y una máquina de billar Golden Bonanza, tal vez la última que funciona en la ciudad. Un desastrado bar ubicado en un sótano se convierte de pronto en el lugar de moda desde que empezó el bombardeo. Gordon McIntyre está en la larga barra cromada, engañando su cansancio con whisky escocés. El camarero pone una bebida de color purpúreo en un vaso para Schanberg, que se encuentra a su lado.

—¿Qué es esto?

—El último coctel del barman, amigo. Lo ha bautizado con el nombre de "Adiós Tío Sam".

Entre el humo del cigarrillo, Schanberg puede ver la sonrisa del barman mostrándole un montón de dientes de oro

—¿Qué contiene?

—Licores amargos, mayormente. No hace falta decirlo.

La canción de los Pink Floyd se interrumpe bruscamente. Alguien ha sintonizado con la AFN Saigón: " .. *operación perfecta. A las once horas, 276 personas, incluyendo 159 camboyanos y otros ciudadanos extranjeros, han sido aerotransportadas y puestas a salvo desde la ciudad sitiada. El secretario de Defensa, James R. Schlesinger, ha enviado inmediatamente un mensaje de felicitación al comandante del Pacífico Noel Gayler, en Honolulu, elogiando a sus fuerzas por el éxito de la operación. El almirante Gayler ha respondido: 'Ha sido una operación en línea con la tradición estadounidense. El país no abandona nunca a sus hombres.' Un observador ha comentado que los camboyanos presentes se comportaron hasta el final del modo que los recordarán la mayoría de norteamericanos: una gente sonriente y amable.*"

Vuelven los Pink Floyd con un gran lamento que termina en un estallido de risas. Adolescentes camboyanos con cara de niños hacen chocar y estallar los solenoides y las luces de colores de la Golden Bonanza. *En línea con la tradición estadounidense.*

★ ★ ★

¿Cuáles son los refugiados y cuáles los habitantes de la capital? Nadie puede decirlo.

Phnom Penh está dividido entre los que combaten y los que buscan protegerse del combate. Sin organizaciones eficaces de auxilio, ahora que se han ido los norteamericanos, hay desnutrición en todas partes. Los animales del Zoo de la colina de Phnom han sido utilizados como alimento, excepto dos venerados tigres que han desaparecido misteriosamente. Un adolescente pide limosna ante el edificio de Correos mientras su madre escudriña los montones de basura.

Schanberg y Pran adelantan a una extraña procesión de hombres, mujeres y niños camboyanos que marchan hombro con hombro cantando un himno norteamericano, *Meet Me At The River*. Abre la marcha un misionero baptista. Les ofrece co-

mida, refugio y la salvación eterna· una ocasión que no hay que perder

El pasaporte, dinero, cámara fotográfica, película, una muda de camisa y calzoncillos, jabón y cepillo de dientes. Schanberg lleva su equipo de supervivencia en una bolsa azul de Pan Am, Pran en una mochila. Sálvese quien pueda. La Universidad se está convirtiendo en una fortaleza con soldados y orugas preparándose para una defensa desesperada. Los estudiantes ponen barricadas en las escaleras que van a las aulas y a los laboratorios o se suben a los tejados para ver la lucha por todos lados. En el césped frente al edificio, dos estudiantes de primer año se acarician, con risitas y muestras de cariño. a la sombra de las armas. El chico le pide a Pran que les haga una fotografía con las manos cogidas. Escribe en un papel su nombre y dirección. "Mándanos la foto cuando acabe la guerra", dice. riendo.

★ ★ ★

Los alambres de espino siguen creciendo junto con las hierbas. Schanberg empuja la verja: está abierta. Gira el pomo de una puerta lateral y entra en la embajada del mismo modo que ha salido el embajador. Lo contemplan unos rostros tras unas cajas de embalaje. Se abre un rendija en las puertas y se vuelve a cerrar suavemente. Los refugiados ya han llegado también allí. Están tendidos sobre las mesas y en los sofás o sentados en el suelo bajo los grandes candelabros En pequeños charcos del suelo se ven los restos de los paquetes de pescado y bistecs asados que habían cogido de la cocina y guardado hasta que se descongelasen. Schanberg sube las escaleras, atraviesa los alfombrados pasillos y empuja las puertas. Arriba todo permanece tranquilo El despacho del embajador está exactamente como él lo ha dejado, incluso con el olor del insecticida que el secretario había tirado aquella mañana. En la pared, una señal de pintura desleída marca el espacio en el que había estado colgada el águila norteamericana.

ABAJO: *Soldados camboyanos transportan a un camarada herido, mientras la batalla llega a su punto culminante. Pero la guerra está terminando y no existen posibilidades de esconderse de los khmer rojos*

CAPÍTULO 2 EL PRELUDIO DE LA TRAGEDIA

Sobre la carpeta brillante de piel de la mesa hay una nota fotocopiada que debía de haber llegado justo cuando el embajador se iba. Schanberg la examina. Dirigida al presidente Ford, es del príncipe Sirik Matak, uno de los líderes del golpe que derribó a Sihanuk y primer ministro durante casi toda la presidencia de Lon Nol:

"Excelencia y amigo. Le agradezco sinceramente su carta y su ofrecimiento de transportarme a la libertad. No puedo, sin embargo, dejar mi país de manera tan cobarde. En cuanto a usted y su gran país, no habría creído jamás que llegarían a abandonar a un pueblo que ha elegido la libertad. Nos han negado su protección y nosotros no podemos hacer nada al respecto. Ustedes se van, y les deseo, a usted y a su país, que encuentren la felicidad bajo el cielo. Pero quiero señalar que si debo morir sobre el terreno y en el país que yo amo, lo acepto porque todo nacido tiene que morir un día. Sólo he cometido el error de creer en ustedes, los norteamericanos. Acepte por favor, excelencia y querido amigo, mis sentimientos más sinceros y amistosos. Sirik Matak"

Al final, el príncipe había escrito a mano: *"Ésta es una carta abierta al presidente Ford y al pueblo norteamericano."*

Schanberg la dobla cuidadosamente y se la mete en el bolsillo. Las ventanas del edificio del embajador están abiertas; cierra los postigos para evitar la entrada de posibles fragmentos de metralla. Luego sale de la habitación oscurecida y desciende las escaleras, cuidando de no pisar a ningún refugiado.

★ ★ ★

Ahora que el Hotel Phnom ha sido declarado oficialmente zona neutral y la Cruz Roja se ha adueñado del restaurante para utilizarlo como centro de evacuación de heridos, las mesas han sido trasladadas de la sala del comedor al borde de la piscina.

Entretanto, los refugiados habían conquistado más terreno. Ahora estaban congregados, en grupos pequeños, justo al otro lado de la piscina. Algunos dormían en sus esteras improvisadas, otros estaban sentados totalmente quietos, con sus bultos y cacerolas, y miraban desde un lado de la cuerda verde de plástico que los separaba de los occidentales, que cenaban con una cierta formalidad al otro lado de la piscina. Allí estaba McIntyre, despachando un pollo al curry frío. Schanberg se le unió y pidió un plato de spaghetti.

—Una típica demostración de *apartheid*, ¿no te parece? —dijo McIntyre señalando con el tenedor a los refugiados. Schanberg afirmó con la cabeza, demasiado cansado para opinar. Barry Morgan pasó por su lado, con las manos en los bolsillos, la cara y el traje de safari tiznados de hollín, procedente obviamente de hacer uno de sus artículos exclusivos como testigo del tipo "Yo-salvé-a-un-huérfano-de-los-khmer-rojos" para su mierda de periódico. Schanberg notó un acceso de irritación. A pesar de su antipatía, no se podía negar que Morgan era buen periodista, uno de los mejores. Un lástima que tuviera que alardear de los hechos.

Morgan se detuvo en su mesa. Tenía expresión sobria.

—Los comunistas están efectuando una gran ofensiva por el puente de Monivong —les dijo— Han incendiado la mayoría de las casas de los alrededores. Subid al tejado y veréis lo que quiero decir.

Schanberg esperó que se fuera Mogan y luego se excusó. En la sala de recepción del hotel encontró a Pran, que traía las últimas fotografías. Fueron juntos arriba y atravesaron la desierta planta superior hacia el estrecho pasillo que había sobre el techo triangular, no afectado hasta el momento por los bombardeos.

El espectáculo que tenían delante era grandioso y terrible, como un fresco del infierno de época victoriana. Estaban envueltos en un círculo de llamas que se extendía por toda la periferia de Phnom Penh. El fuego de la batalla los rodeaba y daba al cielo nocturno un color naranja. Podían oler el humo y oír el implacable martilleo de los morteros y ametralladoras y ver las estelas luminosas de los cohetes trazadores.

Allí abajo, en la oscuridad, luchaban camboyanos contra camboyanos en un frenesí desesperado. Los khmer rojos estaban ganando porque sus líderes sabían por qué luchaban, y era lo mismo para todos. El Ejército de la República, abandonado por su aliado, abandonado por su líder, abandonado incluso por algunos de sus altos oficiales, seguía luchando como un gallo decapitado porque no había otra elección. Ninguno de los hombres que Schanberg había visto luchaba por amor a la República o por un odio acerbado a la amenaza comunista. Luchaban por ellos mismos y por lo que quedaba de sus familias, y porque no tenían ningún otro lugar al que ir. Luchaban por temor y porque les habían dicho que luchasen.

> Por el centro de la ancha calle se acercaban seis hombres vestidos de negro y con pañuelos de cuadros rojos.

Los dos periodistas miraban al sur, hacia el río Bassac, donde las llamas eran más altas. Los puntos luminosos sobre el agua eran los reflectores de los cañoneros navales, que buscaban supervivientes entre los cuerpos arrastrados por la corriente. Los cañones centelleaban como lámparas de morse señalando desastre.

Pran se asió a la baranda con las dos manos.

—Ha terminado —dijo con voz calmada—. Ha terminado. La guerra ha terminado.

—Sí —dijo Schanberg cruzando los brazos— Ahora sólo quedan las matanzas.

★ ★ ★

Schanberg se quedó largo rato bajo la ducha. El agua le golpeaba los hombros y suavizaba los nudos de tensión que tenía en ellos. Le chorreaba por la barba y descendía por un cuerpo emblanquecido que hacía semanas que no veía el sol. Limpió un ángulo del espejo empañado y se miró en él.

Se estaba afeitando cuando llamaron a la puerta. Entró Pran con una camisa blanca muy limpia.

—Vienen hacia aquí, Sidney

—Muy bien. —Si Pran podía mantener la calma, él también. Terminó de afeitarse — ¿Por dónde?

—Por Monivong. Hace veinte minutos han tomado el puente Chrouy Changvar

Esquivando la oleada de gente, Schanberg y Pran encontraron un espacio arriba de las escaleras del hotel y miraron hacia el Boulevard Monivong. Parecía que nevase. Cientos de banderas blancas hechas de camisas y sábanas ondeaban en los tejados, postes de luz y escaparates. De las barandillas del hotel colgaban tiras de ropa blanca. Jeeps y vehículos blindados llenos de soldados gubernamentales subían lentamente por el paseo con trozos de ropa blanca colgados de las antenas de radio y ramos de flores amarillas sobre los faros. Cientos de soldados

gubernamentales se arremolinaban en la calzada. Delante mismo del hotel, un soldado se despojaba a toda prisa de su uniforme, mientras su esposa esperaba ansiosamente a su lado con un montón de ropa de civil recién planchada.

Pran dio un codazo a Schanberg y señaló con el dedo. Por el centro de la ancha calle se acercaban seis hombres vestidos de negro y con pañuelos de cuadros rojos. Tras ellos iba un carro de combate con el arma de la torreta oscilando lentamente de un lado a otro. A la cabeza de una procesión de camiones, jeeps y vehículos blindados, avanzaba un grupo de khmer rojos. La gente les abría paso insegura, presa de encontradas emociones de temor y curiosidad. Algunos más audaces corrieron hacia ellos. Los khmer rojos les devolvieron el abrazo y empezaron a saludar a la gente.

Todo iba a ir bien.

La multitud estalló en un gran grito de alegría y alivio. Vivas y gritos de ¡*Paz*! ahogaron el tableteo distante de armas de pequeño calibre. La gente salía de las casas con niños en los brazos o se asomaba al balcón o a las ventanas ondeando serpentinas blancas y gritando: "*¡Cheyo Yotheas!, ¡Cheyo Yotheas!*" ("¡Viva las tropas de liberación!"). Schanberg buscó la mano de Pran y se la oprimió. Había lágrimas en sus ojos. Acaso, después de todo, lo ocurrido había sido para bien.

Haciendo señas a Pran de que lo siguiera, fue a mezclarse entre la multitud. Tenía mucho interés en entrevistar a aquellos insurgentes victoriosos. Los khmer rojos no habían actuado como los vietcong, que cortejaban a la prensa occidental. Veinte periodistas extranjeros habían cometido el error de internarse en territorio de los khmer rojos y nunca regresaron. Ahora, aquel ejército desconocido estaba ante él, sonriendo y saludando, ayudando a su ex enemigos a subir a los camiones y atándoles su pañuelo de cuadros rojos en el cuello. De golpe, la multitud perdió el miedo: los soldados gubernamentales sacaron los cargadores de sus fusiles y los lanzaron al aire.

Las cadenas de los carros de combate trituraban las flores lanzadas por todo el paseo. Un monje budista llevaba un pañuelo de cuadros rojos en el cuello; riendo y llorando, lo subieron a bordo de un camión lleno de soldados. Pasaban varios jeeps cargados de estudiantes, tocando la bocina y tirando serpentinas blancas. Un hombre con pijama negro recién planchado y una gorra de general iba en lo alto de un vehículo blindado de trasporte de tropas. La multitud lo aclamó como líder, dando vivas y saludándole con pañuelos blancos.

La gente que rodeaba a Schanberg se volvió loca de alegría. Tal vez sólo él y Pran vieron el brazo oscuro que salía por la ventanilla y tiraba del oficial. Compartieron un momento de confusión. Era demasiado bonito para ser verdad. Algo iba mal... Aquellos hombres con vaporosos pañuelos de cuadros rojos y pijamas negros parecían haber salido del armario para aquella ocasión.

Pran se acercó corriendo a uno de los camiones de khmer rojos para intentar descubrir qué estaba ocurriendo. Schanberg se abrió paso a empujones hacia el centro de la calle y gritó y saludó con los brazos, como los demás. Al Rockoff, que había estado tomando fotos desde lo alto de un jeep lleno de khmer rojos, se acercó a él. Llevaba la ropa muy sucia. Se estaba lamiendo un arañazo que tenía en la muñeca.

—¿Qué pasa, Al?

—No lo sé. No me gusta el aspecto de todo eso.

—Escúchalos.

ABAJO: *Los khmer rojos desfilan triunfantes por el Boulevard Monivong. Sus promesas de paz y libertad enmascaran una fría y despiadada brutalidad.*

ARRIBA: *Jóvenes guerrilleros de los khmer rojos, mostrando un temible arsenal de muerte, son acogidos entusiásticamente por sonrientes estudiantes, muchos de los cuales no volverán a ver más a sus padres.*

—Sí. Ya lo sé Pero hay algo en esta gente que no me parece del todo real.

Pran volvió corriendo, casi sin respiración, excitado.

—¡Sidney! Darán una conferencia de prensa al mediodía.

—He ido a dar una vuelta por Keng Kang esta mañana a primera hora —siguió Rockoff— ¡Ha faltado poco para que me hicieran saltar por los aires!

Los pétalos de flores que caían de una ventana se posaban en los hombros de Schanberg como si fueran confetti. El cansancio le obstruía la mente. Tenía que haber algun modo de saberlo. Miró a su alrededor. Se les acercaba un soldado inclinado sobre una bicicleta con un AK-47 en la cesta delantera. Llevaba un mono verde sobre el pijama negro de los khmer rojos. Schanberg le hizo una señal a Pran y éste inclinó la cabeza en señal de saludo. El soldado se detuvo sin sonreír El gorro Mao que llevaba tenía un trozo quemado. Del cuello le colgaban unos prismáticos.

Pran tradujo sus respuestas Tenía 25 años. Había permanecido en la escuela durante diez años, y llevaba cinco en el "movimiento". Respondía con monosílabos, sin expresión, como si leyera la pantalla de su cerebro.

—Pregúntale su nombre y rango en el movimiento —le dijo Schanberg.

El khmer rojo negó con la cabeza ante estas dos preguntas.

—Pregúntale si los khmer rojos se vengarán y matarán a mucha gente.

Los ojos del soldado, negros agujeros de vacío, miraban fijamente la costosa máquina fotográfica de Rockoff.

—Dice que todos los que hayan caído en la corrupción serán desde luego castigados.

Antes de que Pran hubiera acabado de traducir la respuesta, el soldado ya se había ido.

Jon Swain se les acercó sin aliento No disponía de más película.

—Se habla de aclamar al conquistador —dijo jadeando—. Esto es increíble

Rockoff movió la cabeza. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ató en el corte de la muñeca.

—Los khmer rojos tenían a un pobre viejo francés en Keng Kang —dijo—. Le gritaban: "¿Eres norteamericano? ¿Eres norteamericano?" Eso que vemos no es la verdad. Lo que estamos viendo ahora es un ejercicio de relaciones públicas.

> "Entramos en Phnom Penh como conquistadores. No hemos venido a hablar de paz con los traidores."

—Vamos a buscar el coche —dijo Schanberg a Pran—. Voy al hospital. Quiero comprobar algo.

Con los demás, volvió hacia el hotel y se dirigió a la entrada lateral, sin dejar de oír el repiqueteo de ametralladoras a unos metros de distancia. En las cercanías del bulevar, la gente estaba en tensión. En las calles reinaba una premonición que parecía secar el oxígeno del aire. Schanberg se dio cuenta de que estaba respirando más deprisa.

Sarun había cogido "prestado" un Renault de un funcionario que había salido de la ciudad una semana antes. Silenciosa por una vez, puso la radio. Algo les había ocurrido a las voces sofocantes de los locutores gubernamentales. Una voz nueva en el aire, áspera y estridente, leyó un mensaje grabado.

—"Estamos dispuestos a acogeros en nuestro movimiento —tradujo Pran—. Entramos en Phnom Penh como conquistadores. No hemos venido a hablar de paz con los traidores. Todos los criminales políticos que no han abandonado el país serán juzgados y colgados por sus crímenes. Sin embargo, Angka necesita administradores en este período de transición. Pedimos a los funcionarios gubernamentales de alto rango, civiles y militares, que se presenten inmediatamente en el Ministerio de Información con una bandera blanca. ¡Viva la Revolución!"

Sarun silenció aquella voz estridente El coche quedó en silencio. Pran se mordía los labios muy nervioso.

—¿Qué es Angka? —preguntó Schanberg.

—Angka es la Organización —respondió Pran—. Ahora manda Angka

★ ★ ★

El Preah Keth Mealea, el hospital civil más grande y moderno de Phnom Penh, estaba ubicado en un conjunto deprimente de edificios color crema a orillas del Mekong. Los khmer rojos no lo habían bombardeado, aunque en las pasadas 48 horas había estado al alcance de sus cañones. Lo primero que pensó Schan-

berg al entrar fue que habría sido más piadoso por su parte haberlo hecho.

Si todos los sufrimientos de la guerra de cinco años pudieran ser concentrados en un solo lugar, ése era el lugar. El Preah Keth Mealea tenía 600 camas. En aquellos momentos había más de 2.000 heridos y moribundos. camboyanos y chinos, que abarrotaban el hospital. Yacían en camas o camillas, o en el suelo sobre esteras hediondas. Los había sentados en las escaleras, en los pasillos. Los enfermeros fregaban los charcos de sangre y esparcían desinfectante alrededor de los cadáveres.

Las paredes del área principal de recepción estaban acupadas por gente en camillas. dejadas en el interior por los equipos de ambulancia que trabajaban sin respiro Hileras de heridos, muchos con impresionantes heridas de metralla y quemaduras, yacían mirando pacientemente a los periodistas que pasaban por su lado con los zapatos pegajosos de sangre. Los familiares de algunos estaban detrás suyo agachados, secándoles la frente y apartándoles las moscas de las heridas abiertas. Un médico chino que llevaba dos días y dos noches de servicio se movía mecánicamente, recorriendo la fila y atendiendo los casos que tenían alguna posibilidad de sobrevivir —lo mismo que Schanberg había visto hacer al médico de la Cruz Roja en el bungalow del hotel— y abandonando al resto a la muerte. Una enfermera de la Cruz Roja le seguía con un libreta, marcando a los que tenían esperanzas y poniendo una cruz junto al resto.

Aquellas palabras los dejaron boquiabiertos. No sólo no estaba intentando escapar, sino que suplicaba que no le separasen de ellos. En efecto, estaba arriesgando su vida para intentar salvar la de ellos.

Habían salido ya del patio frontal del hospital y estaban cruzando un pequeño puente sobre un canal del río cuando el carro de combate se dirigió hacia ellos. Serun apretó el freno y giró hacia otro lado. El carro los alcanzó un poco más abajo. Salió un soldado de la torreta con un pañuelo rojo de cuadros, haciéndoles señales y gritando en khmer Sarun se detuvo con las manos temblando al volante.

Antes de darles tiempo a salir del automóvil, los khmer rojos ya los habían rodeado Schanberg vio primero las armas. granadas, fusiles, pistolas, que colgaban de los pijamas negros como si fueran las frutas de un árbol. Luego miró las caras. Muchachos del campo, pensó, casi unos niños, pero con los rostros torcidos de furia, gritándoles.

Las puertas se abrieron. Arrastraron fuera a los periodistas y los apoyaron contra el coche Un oficial de unos treinta años mostraba una automática del 38 y gritaba en khmer desaforadamente. Swain y Rockoff tenían los brazos en alto. Schanberg también Pero los gritos no cejaban. A Swain le clavaron un fusil en el estómago y gimió de dolor. El oficial se acercó a Schanberg y le puso su 38 en la sien, con fuerza suficiente para hacerle una herida. Quitó el seguro. Schanberg notó que las piernas le fallaban. Pero la bala no salió. En lugar de ello, el oficial, con los ojos encendidos de odio, le arrancó la cámara y la estrelló contra el suelo. La cámara de Rockoff, las libretas de notas de Swain y una máquina de escribir que tenían en el coche fueron arrebatadas y destrozadas del mismo modo.

Pran tenía una expresión de temor que Schanberg no le había visto nunca en todas las dificultades que habían pasado juntos. Por encima del techo del coche, articulaba unas palabras para Schanberg

—Haz lo que digan, Sydney. ¡Todo lo que digan!

La calle se empezaba a llenar de gente. Tenían aspecto de refugiados, pero Schanberg no tuvo tiempo de preguntarse quiénes eran o qué estaban haciendo allí. Con un AK-47 encañonado en las costillas, lo llevaron hacia un vehículo acorazado portapersonal (APC) capturado, aparcado fuera del hospital. La puerta trasera se abrió: el oscuro sepulcro del interior estaba vacío. Con los fusiles los metieron en el APC, incluyendo a Sarun. Sólo Pran parecía negarse a subir. Le hacía súplicas al oficial de los khmer rojos. Schanberg podía notar el áspero temor que escondía su voz. El oficial estaba gritando. Pran seguía insistiendo. Sobre el techo del vehículo se proyectaba la sombra de las manos alzadas de Pran; su vida parecía pender de un hilo.

Dentro del APC, estaban sudando. Rockoff susurró:

—¿Por qué no entra, por amor de Dios?

Schanberg movió la cabeza con incredulidad. En cualquier momento le pegarían un tiro a Pran Entonces habló Sarun en voz baja:

—Está intentando subir. Le dicen que se vaya, que sólo quieren a gente importante...

Aquellas palabras los dejaron boquiabiertos. No sólo no estaba intentando escapar, sino que suplicaba que no le separasen de ellos. En efecto, estaba arriesgando su vida para intentar salvar la de ellos.

La discusión terminó abruptamente. Temblando, Pran subió al APC. La puerta trasera se cerró de golpe y el oficial y dos de sus soldados robot subieron al frente. Con una sacudida, el vehículo encajó una marcha y empezó a moverse.

Era imposible saber dónde los llevaban. Por el aumento del volumen de las ovaciones en el exterior, Schanberg supuso que habían vuelto al Boulevard Monivong. Probablemente. los khmer rojos situados encima del APC saludaban y sonreían a la multitud mientras pasaban por el Hotel Phnom. Barry Morgan y los demás responderían al saludo, sin saber... Se sintió poseído de lástima por sí mismo y miró a Pran, sentado delante suyo, para animarse. Pero Pran no tenía ánimos que ofrecer. Le pidió un cigarrillo y Schanberg sacó un paquete de Pall Mall. Más rápido que una centella, Pran lo cogió y lo dejó caer en un vertedero de agua aceitosa.

—*Français!* —susurró— *J'ai dit que vous êtes français!*

El APC hacía un estruendo como de volquete sobre adoquines y se detuvo con una sacudida. La puerta de atrás se abrió, empezaron los gritos y los fusiles los obligaron a salir al sol. Habían llegado al final del camino.

★ ★ ★

Hombres poseídos por diablos. Hombres con el interior totalmente vacío en el que no queda ninguna emoción, nigún calor humano. ningún sentimiento. Esos khmer rojos eran robots. Hombres-máquina. Muertos andantes.

Pero cuando bajan la trampilla y ve la orilla arenosa que desciende al río Tonle Sap, Pran sabe que los muertos vivientes son los occidentales. Aquel margen de río, aquellos almacenes abandonados... es un lugar de ejecución. Los khmer rojos van a disparar a Sydney y a los demás en la nuca y tirarán sus cuerpos al río para mezclarlos con los demás cadáveres que bajan rodando lentamente por la corriente hacia el Mekong

CAPÍTULO 2 EL PRELUDIO DE LA TRAGEDIA

Nueve o diez soldados con el pañuelo de los khmer rojos al cuello y sucios pijamas negros están sentados a la sombra charlando o se pasean entre una mesa y los seis prisioneros camboyanos apoyados en un mequeño malecón de madera con las manos atadas a la espalda. Pran reconoció a uno de ellos: un general de brigada de la 7.ª División que dirigió la defensa del aeropuerto de Pochentong. Como los otros, está absorto rezando a Buda. Los tres occidentales, con las manos en la cabeza, esperan ser conducidos junto a los otros prisioneros, igual que Sarun y los dos oficiales del APC.

Pran mira a su alrededor con desesperación. Hay un hombre sentado a una mesa en la sombra, un hombre pequeño de labios fláccidos y pequeños ojos de cerdo bajo una frente salida. Tiene las manos callosas y la ropa desaliñada como los demás, pero ha estado dando órdenes. Mientras Pran suplica a Buda que le dé fuerza y coraje, Ojos de Cerdo interroga al conductor del APC.

—¿Quienes son?

—Espías. Los sorprendimos.

El oficial que los había arrestado señala el montón de cámaras, máquina de escribir y cuadernos de notas que habían traído como pruebas.

—Entonces Angka los ajusticiará. Llevadlos ..

—¡Por favor! —dice Pran dando un paso adelante. El corazón le late con fuerza—. ¿Podría informar de esto a su máxima autoridad? Sus superiores me dijeron que nos permitían circular. Hablé con ellos Tengo que volver a verlos esta tarde. Es esencial que informe a su máxima autoridad.

Ojos de Cerdo gira sus ojos marrón claro y estudia al intruso. Pran tiembla, esperando que empiecen los gritos de rabia Pero, por lo que parece, Ojos de Cerdo es de ánimo tranquilo. Despide simplemente al oficial del APC con un movimiento de mano y lanza una orden a sus hombres. Con sus fusiles llevan a los periodistas al malecón. Ojos de Cerdo se levanta y va tras ellos, tamborileando con los dedos sobre su pistola enfundada.

Pran se queda solo. Puede irse de allí y seguir viviendo. O puede seguir al oficial y continuar con sus ruegos Sabe cómo tratan los khmer rojos a los que se interponen en su camino. Asesinan con indiferencia. Nhiek Sann, su amigo del Ministerio, tenía razón cuando le dijo que los rebeldes se volverían más brutales de lo que se podía creer. Él tiene que pensar en Ser Moeun y los niños. No puede tirar su vida por la borda.

Con pasos vacilantes, Dith Pran se acerca a Ojos de Cerdo. Dirige su plegaria a la nuca del oficial.

—Estos hombres son periodistas internacionales. Son franceses. Tienen todos permiso de las autoridades. ¡Por favor! ¡Informe a sus superiores!

ABAJO: *Los habitantes de Phnom Penh rinden las armas a los vencedores comunistas.*

F. SPOONER PICTURES

Ojos de Cerdo desenfunda su pistola y se gira. Pran, a un paso de la muerte, fuerza una sonrisa.

—Estos hombres no son norteamericanos. Son todos franceses. Estos hombres son periodistas, no espías. Están aquí para informar al mundo de vuestra victoria. Todo el mundo está muy contento con vuestra victoria.

El fusil AK parece surgido de la nada. La boca del arma se clava en su estómago y lo deja sin aliento. Ojos de Cerdo contempla cómo el soldado a sus órdenes empuja a Pran contra la pared del almacén y luego se aleja hacia donde están los occidentales, rodeados por numerosos fusiles. Parece querer interrogar a Rockoff y lo mira duramente a los ojos. Rockoff le devuelve la mirada, con la cara bañada en sudor. Pran reza para que no abra la boca y lo eche todo a perder.

—Me estáis mintiendo —dice Ojos de Cerdo.

—Por favor. Estos hombres no apoyan a Lon Nol. Apoyan a Angka. Por eso están aquí..., para ver la victoria de Angka. Ellos informarán al mundo.

—Son espías. Todos sois espías. ¡Seréis ejecutados!

Se gira y grita una orden. Mientras, Pran contempla, horrorizado a dos soldados que se acercan a un general de brigada camboyano. Uno le agarra los cabellos y le baja de golpe la cabeza, el otro le dispara en la nuca. Van pasando por la fila de prisioneros camboyanos disparando a cada uno. Los cuerpos caen derribados y sobre el malecón de madera chorrea la sangre. En el silencio, una bandada de pájaros selváticos se eleva hacia el cielo como transportando las plegarias de los muertos. Schanberg, el siguiente de la fila, esconde la cara entre las rodillas.

> Con una sensación helada de temor, Pran apoya la cabeza en la pared del almacén y reza.

Una motocicleta con sidecar avanza dando tumbos por el camino. Ojos de Cerdo va a su encuentro. Pran le sigue, todavía con los brazos en alto. El recién llegado también parece un oficial. Ojos de Cerdo está explicando el asunto. Los dos hombres le miran con una mezcla de sospecha y desprecio.

—Ya sé que odiáis a los imperialistas —explica Pran, intentando evitar que le tiemble la voz—. Si nosotros fuéramos imperialistas, no nos hubiéramos quedado aquí en Phnom Penh. Somos periodistas. Somos escritores. Queremos informar al mundo de la verdad sobre vuestra victoria.

Debe suplicar y seguir suplicando.

—¡Son periodistas franceses! Los franceses ahora apoyan a Angka. Esos hombres dirán a todo el mundo que apoyen a Angka. Daría muy buena impresión que los dejasen ir.

Con las manos bajadas, Pran las utiliza para dar énfasis a sus argumentos. Sigue hablando durante veinte minutos. Los oficiales no están aún convencidos. Entonces Pran tiene suerte. El hombre de la moto es del noroeste, se le nota por el acento. Pran dice que él es de Siem Reap, el mismo pueblo que el del hombre. Intercambian algunos nombres de personas que los dos conocían en los años sesenta. Si Pran está diciendo la verdad sobre esto, tal vez diga también la verdad sobre los occidentales. El oficial de Siem Reap acelera la moto: preguntará a las autoridades. Se aleja hacia el centro de la ciudad, dejando un reguero de polvo tras él.

Ojos de Cerdo está frunciendo el cejo. Los recuerdos del pasado no tienen sitio en Angka. Envía a Pran bajo guardia a la pared del almacén, en espera del regreso del oficial.

Pasa otra hora. Los soldados van fumando y hablando. Han arrebatado a los cadáveres los relojes y cadenas de oro y han pisoteado las imágenes de Buda; luego, como no sabían qué otra cosa hacer con los cuerpos, los han arrastrado hasta el Tonle Sap y los han tirado al agua, a juntarse con toda la demás basura flotante.

Más gritos y el ruido de una moto. El oficial de Siem Reap está ya de regreso. Con una sensación helada de temor, Pran apoya la cabeza en la pared del almacén y reza. Es el momento de la verdad para todos. Al abrir los ojos, ve que Sydney lo está mirando. Tiene una expresión en la cara que Pran no había visto nunca antes: una expresión de terror desnudo. Se da cuenta de que los periodistas no saben ni qué les ha dicho a los oficiales antes de que la moto partiera.

—¡Traedlo aquí!

La orden ha sido dada en khmer. Pran avanza a trompicones hacia los oficiales, empujado por el fusil de fabricación rusa de su guardia. El hombre de Siem Reap le pregunta con voz áspera:

—Dices que estos hombres son periodistas franceses. ¿Para qué periódicos trabajan?

ABAJO: *Mira dentro de mis ojos... y desespérate. El rostro del futuro de Camboya: desolador y triste.*

REX FEATURES

ARRIBA: *Muchos periodistas occidentales no sobrevivieron al encuentro con los khmer rojos. Aquellos que lo hicieron, sólo consiguieron acumular propaganda del nuevo régimen.*

—*Le Monde*. El alto para *L'Humanité*. El fotógrafo trabaja para una agencia de noticias, *Agence France-Presse*.

—¿Qué misiones tienen?

—Están aquí para informar de la caída del régimen capitalista y pro-americano de Lon Nol y de la llegada de los victoriosos khmer rojos a Phnom Penh.

—¿Qué estaban haciendo en el hospital?

Durante unos diez o quince minutos más le van lanzando preguntas. Pran responde con confianza creciente. Sí... ¿cómo lo decía Sydney? Si ya hubieran puesto al descubierto su coartada, no le harían ninguna pregunta de éstas; ya estarían todos muertos. Y el ambiente está empezando a cambiar. Ojos de Cerdo está aburrido. El hombre de la moto se ha vuelto a poner los guantes.

Pran lo ha conseguido. ¡Lo ha conseguido! Los occidentales serán liberados. Había logrado salvar la vida de Sydney, Sarun y los demás. Y la suya propia. Mientras Ojos de Cerdo le dice algo al oficial de la moto, Pran encuentra un momento para girarse discretamente y sonreír, mordiéndose el labio. La expresión de Sydney lo decía todo.

Habían llegado más prisioneros, que ocuparon el lugar de los periodistas frente al malecón de madera. Estaban destinados a morir en la oscuridad. La espera había sido verdaderamente larga. Sarun había estado dándose ánimos todo el rato; ahora se le veía adormecido y balanceándose sobre sus gruesos muslos. Por lo que podía ver, Pran debía de estar negociando la devolución de sus pertenencias, esparcidas donde las había dejado el conductor del APC. Pran debía de estar muy cansado. Llevaba horas suplicando por sus vidas con una elocuencia y habilidad que parecían increíbles, además de con enormes agallas.

Uno de los oficiales khmer lanzó una orden. Eran libres. Querían agradecérselo y abrazarlo. ., pero podía ser fatal hacerlo. Schanberg lo comprendió y advirtió con un gesto a Rockoff, que estaba tarareando por lo bajo.

—*S'il vous plaît, enlevez vos bagages* —dijo Pran.

Rockoff cogió sus cámaras fotográficas y las meció sin palabras como si fueran niños. También Swain recuperó su cámara y la bolsa. Faltaban sus preciadas libretas de notas, pero no tenía intención de quejarse. La bolsa de Schanberg se había abierto y su contenido estaba esparcido por el suelo. Le dieron, sin mostrar ningún interés, el billetero de cinturón repleto de dólares y sus libretas de notas, que, quién sabe cómo, habían sobrevivido. Un par de calzoncillos llamaron la atención del guardia. Se los probó por encima del cuerpo, riendo, y se los metió en el bolsillo. Lo siguiente era el pasaporte de Schanberg, su pasaporte estadounidense, que yacía en el suelo como un arma mortal. El guardia lo cogió.

Schanberg se lo quedó mirando, paralizado. No se movió ni habló nadie más. El guardia le echó una mirada al pasaporte, a menos de un metro de los oficiales que hablaban detrás suyo. Demasiado ignorante para comprender, le divirtió sobremanera la fotografía de Schanberg. Mantuvo el pasaporte en alto, comparando la foto con el ser real. Finalmente se lo alcanzó. Schanberg lo cogió en el momento que se giraba uno de los oficiales. Habló en khmer y dijo una frase cuyo significado Schanberg pudo captar:

—Dejadlos marchar.

Sin el Renault, el camino de regreso al centro de la ciudad fue largo. Iban andando contra una corriente humana, un éxodo masivo que ninguno de ellos había visto o imaginado jamás. Los refugiados estaban siendo evacuados; ésta fue su primera impresión. Cientos de camboyanos ocupaban la carretera, hombres y mujeres con sombreros de paja acarreando bultos y maletas o niños llorando en sus brazos.

> Los mutilados que podían andar, eran obligados a hacerlo. Los muy enfermos o moribundos eran transportados en sus camas del hospital.

Pran reconoció a un vecino. Le llamó desde el otro lado del río de gente. El hombre no se giró; levantó el brazo izquierdo en señal de saludo o despedida y siguió su camino. Pran tiró a Schanberg de la manga.

—Se van. Todo el mundo se va.

Los khmer rojos permanecían quietos en el límite de aquella lúgubre procesión. La hacían avanzar con amenazas y con las culatas de sus fusiles, disparando ocasionalmente al aire. Oyeron varias veces los altavoces de las camionetas en la distancia; una vez, vieron una en una calle lateral, escoltada por figuras en pijamas negros, lanzando su mensaje. Schanberg no había pensado nunca lo horrible que podía llegar a sonar una lengua.

Pran tradujo:

—Dicen que los norteamericanos van a bombardear Phnom Penh. Todo el mundo debe evacuar la ciudad antes de que ataquen los norteamericanos. Podrán volver en unos días, cuando Angka haya restablecido el orden. No esperéis a vuestros familiares ni cerréis las casas. Angka se encargará de todo. Marchaos a diez o quince kilómetros y volved de aquí a unos días, cuando la situación esté controlada. Ahora debéis partir.

La gente salía en masa hacia los caminos de la vía principal,

hacia el norte y hacia el sur. Los periodistas, que se dirigían al centro de la ciudad, no podían avanzar a causa de lo compacta que era la avalancha. Dieron la vuelta y cruzaron una pasarela que llevaba a unos cuantos metros más arriba. La visión que se extendía hasta el punto que llegaban sus ojos era tan desgarradora que los hizo enmudecer.

Los khmer rojos no perdonaron a nadie. Toda una población se arrastraba a sus pies en una masa tan compacta que sólo podía avanzar a trompicones y a rachas. Hombres con trajes occidentales avanzaban al lado de monjes budistas en túnica con sus sombrillas negras. Lo peor es que los khmer rojos habían vaciado los hospitales. Los mutilados que podían andar, eran obligados a hacerlo. Los muy enfermos o moribundos eran transportados en sus camas del hospital. Se veían tiras de vendajes deshechos y pisoteados en el polvo. Schanberg vio a un hombre con el pie colgándole de un hilo de piel, cojeando con la ayuda de un palo y arrastrando el pie detrás suyo.

Alrededor de un Buick amarillo se había juntado un grupo de soldados como insectos negros que disparaban al coche porque no podían ponerlo en marcha.

Mientras contemplaban la escena, otro oficial de los khmer rojos —que, como los demás, no llevaba ninguna insignia que indicase su rango— se acercó a los periodistas. Les sugirió educadamente en khmer que debían acudir al Ministerio de Información para que los registraran como periodistas extranjeros. Con la misma educación, Pran le dio las gracias.

—Creo que es precisamente donde hemos estado antes —murmuró Schanberg. Sonriendo, los cuatro hombres siguieron adelante.

Habían dejado el Hotel Phnom Penh siendo un hormiguero de refugiados. Ahora estaba siniestramente tranquilo. La señal que lo declaraba zona internacional había sido arrancada. Fuera de la puerta principal había unos soldados sentados en un camión del Ejército, con lanzagranadas apuntando al edificio. Una figura solitaria se detuvo tranquilamente en los escalones, cuidado bigote plateado y un porte distinguido. Schanberg lo reconoció al instante como el hombre que había encontrado en la sala de opio de Madame Chantal: era el delegado de la FAO, Henri Savarin.

—¿Qué está pasando? —preguntó Schanberg, cuando recuperó el aliento.

—Me han dado media hora para desalojar el hotel —replicó Savarin, con las manos cogidas detrás de la espalda.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace veinticinco minutos.

Echaron una mirada a los lanzagranadas y entraron corriendo en la sala de recepción. Estaba vacía. Subieron arriba y atravesaron apresuradamente los pasillos. Estaban vacíos. Swain, además de las libretas de notas, había perdido su llave del hotel; mientras él y Pran intentaban abrir a patadas la puerta de su

ABAJO: *Toda la población de Phnom Penh —viejos y jóvenes, sanos y enfermos— emprende una marcha forzada hacia el olvido y la desesperación.*

habitación, Schanberg irrumpió en la suya seguido de Rockoff.

—¡Yo cogeré la ropa! —gritó Schanberg—. ¡Tú coge la comida! ¡Está en la alacena!

A toda prisa vació los cajones en bolsas de plástico reservadas para emergencias como aquélla. Pran entró sofocado

—¡Sydney! Tenemos que salir, Sydney. ¡Ha pasado media hora!

La Cruz Roja había abandonado algunos vehículos en el patio del hotel después de retirar las llaves. Los periodistas tiraron todo lo que habían recogido en una camioneta Toyota, la pusieron en punto muerto y la empujaron hacia el Boulevard Monivong.

La embajada francesa era el único lugar al que podían ir.

Tal vez debido a la camioneta de la Cruz Roja que empujaban, nadie molestó a los periodistas. Había oscurecido ya cuando llegaron a la embajada, tras recorrer un kilómetro. Las puertas estaban cerradas y atrancadas ante el temor de un asalto. Fuera era un caos. Las altas rejas de hierro eran asediadas por camboyanos y extranjeros· primero pasaban a los niños, tiraban sus pertenencias tras ellos y luego escalaban ellos mismos. Todas las naciones unidas en el esfuerzo de salvarse: un alemán occidental estaba en hombros de un sueco. Schanberg fue el último que saltó la verja para volver a la civilización. Justo al levantarse, se encontró con dos gendarmes, acompañados de perros pastores alemanes, gritando ásperamente:

—*Par ici! Par ici!*

Los iban segregando. Occidentales y japoneses eran conducidos al edificio principal de la embajada. Los asiáticos, incluyendo a Pran, debían quedarse a la intemperie. Agotado, al fin de sus fuerzas. Schanberg no podía comprenderlo. Pran iba con su grupo. Era uno de ellos.

—¡Él va conmigo! —gritó, llamando la atención de los gendarmes y señalando a Pran—. ¡Este hombre va conmigo!

Pran vacilaba con una turbación evidente. Con él estaban Sarun y otro de los conductores. Schanberg vio que no se lo estaba facilitando en absoluto. El gendarme empujó rudamente al norteamericano hacia la fila de privilegiados. Al mirar atrás, vio que Pran alzaba el brazo en señal de despedida y desaparecía entre la multitud.

★ ★ ★

Había cuerpos por todas partes. Yacían tendidos en las magníficas alfombras de Yunnan del siglo XIX y tumbados en los sofás y sillas estilo Luis XVI. Dos funcionarios de las Naciones Unidas estaban tendidos bajo el gran piano, mientras un tercero ocupaba la parte de arriba con un saco de dormir.

A Schanberg le pareció la isla tropical de *El Señor de las moscas*. Pugnando por la comida, los colchones y los sitios privilegiados para dormir, le parecía que estaban volviendo a la infancia, peleándose como niños avaros y competitivos.

Debía encontrar a Pran y hablar con él Tenían muchas cosas que decirse: no habían tenido oportunidad de hacerlo en el camino de vuelta del sitio de la ejecución Salió a la noche húmeda y se puso a buscarlo.

Al fin lo encontró. durmiendo en una esterilla bajo un tamarindo. Schanberg estaba agachado en la hierba y miraba a su ayudante. El sueño le había borrado las líneas de preocupación del rostro· las facciones de Pran se habían suavizado y en ellas resaltaba la afabilidad juvenil que caracterizaba los rostros de la mayoría de los camboyanos, al menos para los ojos de los occidentales. Mientra lo miraba, Schanberg pensó en lo que había dicho Pran en el camino de regreso con su pausada voz:

"Tú no hablas khmer y yo no puedo dejarte ir y que te maten sin que nadie les diga algo e intente convencerlos. Aunque me maten, primero tengo que intentar decirles algo. Porque tú y yo somos amigos. Estaba muy asustado porque, al principio, pensé que nos iban a matar, pero mi corazón me decía que debía intentarlo. Yo te entiendo y conozco bien tu corazón. Tu harías lo mismo por mí."

Sarun levantó la cabeza lentamente Schanberg intentó sonreírle, pero la ansiedad era demasiado fuerte.

—¿Todo va bien? —susurró.

Las redondas mejillas de Sarun se veían contraídas y hundidas en la semioscuridad. Miró a Schanberg y movió la cabeza.

—Muy mal. —Volvió a mover la cabeza.— A dormir ahora, Sydney.

Con la camisa como almohada, Sarun apoyó la cabeza contra el árbol y cerró los ojos. Pran se movió, pero no se despertó.

"¡Ahora mandamos nosotros, esta tierra nos pertenece! Si expulsa a los traidores, discutiremos el problema de los extranjeros."

No tenía ni idea de cuánto había durado la noche. Hubo un momento en que soñó que el colmado de sus padres era asaltado y él no podía hacer nada para evitarlo. Se despertó sobresaltado al oír el sonido de las sirenas. mientras los insurgentes saqueaban la ciudad. Luego. en la madrugada, un hombrachón de barba rojiza entró ruidosamente en el salón Durante un minuto, Schanberg estuvo escuchando los gemidos de protesta provenientes del suelo y luego se oyó retumbar una voz con acento australiano.

—¡Muy bien, malditos dormilones! ¿Dónde tengo que dormir yo?

Una linterna iluminó al intruso. Schanberg sonrió Era Oscar, el capitán del buque de carga que les había llevado, a él y a Pran, a Neak Luong. Se estaba quitando una enorme mochila de la espalda y se disponía a dejarla caer sobre cualquier pobre diablo que hubiera a sus pies. Más gritos de protesta, la luz se apagó y Oscar se instaló a pasar la noche en la estera china del embajador.

★ ★ ★

El desayuno había terminado y Oscar ya había organizado un destacamento para lavar los platos, uno para las camas y otro para la limpieza cuando llegaron los khmer rojos. Lo primero que notaron los periodistas es que el murmullo de voces y el entrechocar de cacerolas en el recinto cesó de pronto y se hizo un silencio sepulcral. Cuando Schanberg y Pran salieron corriendo del pabellón del embajador, vieron las puertas abiertas y un oficial insurgente entrando con seis de sus hombres. Pran se quedó invóvil.

—Han venido a buscarnos —dijo con una voz ronca.

Schanberg negó con la cabeza.

—Es imposible. Aquí estamos en territorio francés y hay una convención internacional. Mientras estés dentro, estás a salvo.

Hablaba con más convicción de la que sentía Pran lo notó y regresó. Schanberg fue hacia el consulado, donde el vicecónsul, Jean Dyrac, estaba esperando al oficial de los khmer rojos en lo alto de las escaleras.

—Éste es general —dijo Henri Savarin.

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Las calles desiertas de Phnom Penh: un monumento silencioso a un mundo ya desaparecido.*

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Schanberg.

—Cuatro bolígrafos en el bolsillo del pecho. Cuantos más bolígrafos llevan, más alto es su rango. O, como mínimo, mayor es su autoridad dentro de Angka.

Estaban suficientemente cerca para oír el intercambio de palabras, en francés, entre Jean Dyrac y el general: el primer contacto diplomático que hacían en su vida los khmer rojos. Dyrac había defendido claramente su derecho a ofrecer asilo político porque el general le había alzado la voz.

—¡En una guerra revolucionaria no existen tales privilegios! Ahora mandamos nosotros, esta tierra nos pertenece! Si expulsa a los traidores, discutiremos el problema de los extranjeros. Si no lo hace, entraremos a buscarlos y no respondo de las consecuencias.

Dyrac levantó las manos en señal de desolación. Parecía dispuesto a seguir discutiendo. Schanberg notó que Savarin se ponía tenso a su lado. Entonces, un hombre con una simple camisa blanca y pantalones de algodón salió del consulado y habló en voz baja con Dyrac. Schanberg sólo pudo oír una frase de lo que dijo el príncipe Sirik Matak:

— ... lo estaba esperando

En pocos minutos terminó todo. Los gendarmes escoltaron hasta fuera del consulado a los tres hombres que quedaban del antiguo régimen y a quienes los khmer rojos querían por el momento: Luong Nal, ministro de Sanidad, Hong Buon Hor, presidente de la Asamblea Nacional, y el propio Sirik Matak, junto con sus esposas e hijos. Mientras veía andar al viejo príncipe con la espalda tiesa hacia una segura ejecución, Schanberg recordó la carta que había encontrado en la mesa del embajador: *Sólo he cometido el error de creer en ustedes, los norteamericanos*. Ahora había cometido el segundo al pedir refugio a los franceses.

En la puerta, Sirik Matak se giró y le dio la mano a Jean Dyrac. A un gendarme que le deseó buena suerte, le contestó:

—No tengo miedo. Estoy dispuesto a responder de mis actos.

Los khmer rojos habían traído un camión de la basura; le llevaron a la parte de atrás, seguido de Luong Nal. Fue la última vez que se le vio.

★ ★ ★

Pran baja la mirada de lo alto y ve que Schanberg y Monsieur Savarin se acercan a él a través del prado. El humo de leña del recinto le hace entrecerrar los ojos Su jefe deja a Savarin y se aproxima a él por el césped a paso ligero. Pran empieza a levantarse de la silla, pero Sydney le hace gesto de que no se mueva y se sienta a su lado. Tiene una expresión grave en el rostro

—No parece que esté tan mal —empieza—. Dyrac ha tenido dos encuentros con las autoridades khmer rojas —por lo visto se llaman a sí mismos *Comité de la Ville*— y asegura haber hecho progresos significativos. No, no hay ninguna necesidad de tomar notas. Dyrac dice que los khmer rojos con los que ha tenido contacto son muy inteligentes, gente seria y dedicada, y que es buena señal que se hayan tomado la molestia de ir a hablar con él.

—Sí, es una buena señal.

Pran intenta mostrar un poco de entusiasmo para complacer al norteamericano. Pero Sydney lo conoce bien.

—¿No estás seguro de nada de eso, verdad? —dice.

En su voz se adivina mucha ternura. Pran tiene un nudo en la garganta. Mueve la cabeza, sin hablar. Se siente turbado y casi humillado de ser el objeto de tran gran esfuerzo de simpatía por parte del hombre a quien más admira en el mundo. Estuvieron unos minutos en silencio, alejados del resto del mundo

CAPÍTULO 2 EL PRELUDIO DE LA TRAGEDIA

Pasó otro día, el segundo día entero en la embajada francesa. En el gran piano, Barry Morgan, con un cigarrillo en los labios, tocaba *Para Elisa* una y otra vez hasta que una delegación internacional le convenció de que lo alternara con *Limelight* y *Summertime*.

—¡Un momento! —gritó McIntyre pidiendo silencio. Se oía la BBC, aunque la señal era muy débil, con malas noticias de Vietnam. Los comunistas habían avanzado y estaban bombardeando el aeropuerto de Bien Hoa. El secretario de estado Kissinger había atacado a la Unión Soviética en un discurso pronunciado ante los directores de los principales periódicos norteamericanos. Circulaban rumores no confirmados de que Hanoi pretendía proseguir la ofensiva hasta conseguir una victoria militar total. La señal desapareció. McIntyre manipuló el dial a toda prisa y reapareció la voz aguda: "... y que la situación en la embajada francesa es extremadamente precaria. Noticias sin confirmar han comunicado que los representantes de las Naciones Unidas confinados en la embajada están iniciando negociaciones con el gobierno insurgente. El representante de la UNICEF en Bangkok ha declarado que debe hacerse algo en cuestión de horas si se quiere evitar una tragedia. .".

Pran apareció tan discretamente como siempre. Para alivio de Schanberg, lo vio sonriendo y muy excitado; parecía haberle vuelto toda la energía. Feliz, puso un brazo en las espaldas de Pran:

—¿Qué noticias tenemos?

—He conseguido hablar con un oficial de los khmer rojos. Era muy correcto Me ha dicho que la ciudad está vacía, se ha ido todo el mundo. Están registrando todas las casas y queman las que no pueden registrar. Tiran granadas y cohetes B40 donde les parece que puede haber tiradores emboscados

—Sí.

—El oficial me ha dicho que los khmer rojos no son comunistas. Son —dijo consultando su libreta— "Tropas de Liberación .. Nacionalistas". Pero ahora todo el mundo es hermano-camarada. No habrá más ciudades y pueblos que exploten a los cultivadores de arroz. Todo es mundo tiene que ser arrocero. Es todo lo que me ha dicho.

—Está bien. Muy bien Bueno, tengo noticias para ti. Dyrac está iniciando conversaciones para una evacuación aérea. Hablo en serio. Cruza los dedos porque quizá, de aquí a dos días, estemos todos en Tailandia. ¿Qué te parece?

Se sonrieron como si fueran colegiales.

—Me parece... *Champagne?* —dijo Pran tímidamente.

★ ★ ★

El pegajoso calor se fue haciendo cada vez más bochornoso. En aquellas últimas horas antes de que las aguas del monzón se precipitaran sobre la tierra, todo sudaba: las paredes, los suelos, los árboles, los muebles . sobre todo la piel humana. Una vez vaciada Phnom Penh, los insurgentes no creyeron necesario utilizar la ciudad para nada más. Cortaron la electricidad y cerraron el suministro de agua. El recinto de la embajada, con 500 personas en el interior sin saneamiento adecuado, empezó a tomar el aspecto de un establo Cualquier infección podía esparcirse como una plaga.

Un funcionario del consulado francés, un hombre de mejillas rosadas y con una gran papada, apareció en el umbral.

—*Il y a quelqu'un qui parle français?*

Había varios que lo hablaban, pero nadie quería decirlo. Schanberg le hizo un gesto con la cabeza a Pran. Finalmente, Jon Swain se levantó.

—*Si vous voulez, Monsieur*

Swain regresó solo. Tenía una expresión tensa en el rostro Se acercó al lugar donde estaba sentado Schanberg.

—Tienen unas hojas de intrucciones de la Cruz Roja y quieren que las traduzca. Les he dicho que me ayudarías tú.

—Pran lee el francés mejor que yo.

Pran se levantó, dispuesto a ofrecer sus servicios. Swain se echó el cabello hacia atrás.

—En realidad, creo que sería más fácil si lo hiciera contigo —dijo torpemente.

Pran se sentó. Schanberg, murmurando, siguió a Swain hacia el vestíbulo.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó cuando Swain cerraba la puerta tras ellos—. Pobre chico, ya está bastante intranquilo.

Swain miró a su alrededor. El opulento vestíbulo, como la mayor parte de habitaciones de la sede del embajador, estaba ahora ocupado por un gentío heterogéneo de asiáticos y europeos. Se acercó más a Schanberg.

—Los camboyanos tiene que salir de la embajada, Sydney.

Schanberg lo miró.

—Los khmer rojos han denegado la petición de una evacuación aérea. Le han dicho a Dyrac que ya no consideran este lugar como una embajada. Dicen que es un centro de reagrupación internacional para todos los extranjeros. Los camboyanos tienen que irse ahora mismo. Los franceses están pidiendo el pasaporte a todo el mundo, para controlar. No existe ninguna posibilidad de camuflarse.

—Oh, Dios mío, no.

Schanberg cerró los ojos. Le daba vueltas la cabeza.

Tenía que haber un modo. Dios, por favor, tenía que haber un modo.

Pran dudó. Schanberg lo miró, incapaz de hablar... Si se quedaba, Pran estaría solo.

Schanberg regresó al salón, intentando pensar qué debía decir. Pran no estaba allí. Salió corriendo hacia el exterior del recinto. Era un desbarajuste. Los gendarmes iban de campamento en campamento dando la noticia. En todos los rostros se veía la desesperación y la rabia.

Encontró a Pran con Sarun, ayudándole a cargar sus pocas pertenencias en una camioneta Toyota. Cuando vieron a Schanberg se detuvieron un instante, casi con expectación. Pran estaba bastante tranquilo. Le cogió la mano a Schanberg, sonriendo.

—Intentaré ir a Tailandia, Sydney. Tal vez en dos o tres semanas, quizá un poco más. Si llegas tú primero, déjame un mensaje en la Reuter.

Schanberg respiraba con dificultad.

—Dame una hora. Sólo una hora, ¿de acuerdo? Necesito tiempo para pensar.

Pran miró a su alrededor Sarun había terminado de cargar sus cosas en la Toyota. Saldría un momento después para intentar anticiparse a los demás. El chófer apareció detrás de Pran y le saludó del modo tradicional

—Adiós, señor Saahnba —dijo con lágrimas en las mejillas.

—No hay tiempo, Sydney —dijo Pran—. Me tengo que ir.

—¡Syd! —Rockoff corría hacia ellos. Sin aliento, pudo articular las palabras a duras penas.— Syd, Swain ha tenido una idea.

Pran dudó. Schanberg lo miró, incapaz de hablar. Sarun y la camioneta estaban ya casi en la puerta. Si se quedaba, Pran estaría solo. Miró a su alrededor y volvió a mirar a Schanberg con los ojos ahítos de temor y desesperación, en busca del consejo del norteamericano. El brillo de la esperanza había minado sus defensas.

—Vamos a ver —dijo Schanberg.

En la residencia del embajador, el vicecónsul Jean Dyrac estaba de pie sobre una mesa transmitiendo las instrucciones de los khmer rojos a una multitud clamorosa de camboyanos, chinos, vietnamitas y occidentales. Tenía el brazo alzado pidiendo silencio.

—Hay una sola excepción. Las esposas e hijos camboyanos de ciudadanos extranjeros están exentos. Cualquier francés puede quedarse aquí, igual que su esposa e hijos camboyanos, siempre y cuando tengan pasaportes franceses. Cualquier mujer francesa puede quedarse aquí, pero su esposo e hijos camboyanos tendrán que irse. A este último grupo les dan veinticuatro horas para partir. Debo deciros que los khmer rojos han insistido en registrar la embajada. ¡No estoy en situación de fuerza para negociar! Después de arduas negociaciones, he conseguido un plazo de dos días más. Insisten en saber la identidad y nacionalidad de todos los extranjeros. Por tanto, os pido que entreguéis vuestros pasaportes o papeles a cada jefe de grupo. Vuestra presencia aquí debe quedar registrada antes de mañana al mediodía. Lo siento mucho. Mis ayudantes responderán a todas vuestras preguntas.

Dyrac bajó de la mesa y se fue a toda prisa con el rostro contraído. Swain hizo señas a Schanberg para que se acercara a la entrada del vestíbulo. Tenía dos pasaportes británicos en la mano, atados con una cinta consular azul.

—Quizá podamos arreglar un pasaporte para ti —dijo, mirando fijamente a Pran.

—¿Cómo? —preguntó Schanberg

—Mira —Swain desató la cinta—. El primero está caducado, pero el visado todavía es válido. Quitamos el Jon, quitamos el Swain y queda lo del medio. Ancketill Brewer.

Pran estaba temblando. Schanberg sabía cómo debía sentirse, como un hombre colgado de un lado del último helicóptero que parte, después de despegar. Podía soltarse, ahora mismo, y correr el riesgo para sobrevivir; podía seguir colgado, y quién sabe si acabaría cayendo. Claramente, el nombre le preocupó desde el principio; intentó pronunciarlo.

ABAJO: *Comienza la evacuación de 600 ciudadanos extranjeros de la embajada francesa en Phnom Penh, donde habían estado recluidos durante más de dos semanas.*

ARRIBA: *Jóvenes khmer rojos exhiben su bandera, símbolo de una nueva era para Kampuchea.*

—¿Hanketill Blewer?

Swain afirmó con la cabeza

—Es un poco complicado. Tendrás que practicar .

Pran vaciló.

—No tengo ninguna foto —les dijo casi llorando— No me devolvieron los papeles.

Rockoff se dirigió al consulado. Schanberg entró en el área reservada a los camboyanos con un fajo de dólares en la mano. Con la misma insistencia que se lo habían pedido a él, ahora era él quien pedía... una cámara Polaroid. Los rostros que se giraban hacia Schanberg eran inexpresivos: ya nadie necesitaba dólares. Volvió corriendo atrás y vio a Oscar, apoyado en una pala, junto a una fosa sanitaria que estaba cavando.

—Oscar, necesito tu ayuda. Tengo que conseguir una Polaroid, inmediatamente.

Oscar alzó la mirada.

—Prueba con MacIntyre —dijo.

De vuelta a la sala de recepción. Subió las escaleras de dos en dos. Primero un pasillo, luego otro, mirando en los despachos convertidos en dormitorios provisionales. Debía haber enviado a Pran con su familia en los helicópteros Ya era la segunda vez que lo empujaba a jugarse la vida.

Encontró lo que buscaba en el segundo piso.

—Gordon. Perdona Necesito una Polaroid. ¿Tienes alguna?

—Sí, pero no tengo carrete.

Cuando McIntyre levantó los ojos, Schanberg ya había desaparecido.

★ ★ ★

—Mi nombre es Hank-at-ill Blewer.

Pran estaba sentado en la cocina, con la cabeza entre las manos Su evidente desesperación estaba empezando a afectar a los demás: Oscar, sentado a la mesa y fabricando cola con arroz hervido; Swain, a su lado, con una cuchilla de afeitar intentando con mucho cuidado quitar la fotografía del pasaporte viejo; Schanberg, hirviendo agua para eliminar los restos.

El agua ya hervía. Schanberg sostenía el pasaporte cuidadosamente envuelto, mientras el inglés separaba la parte escrita. Ambos sabían que sin fotografía, lo que estaban haciendo era totalmente inútil. Pero conseguirían la foto. *¡La conseguirían!*

Rockoff entró. Su expresión era pesimista. Empezo a hablar, pero se interrumpió. Todos se giraron hacia él, sobre todo Pran, con una expresión tan implorante que, a media frase, cambió las palabras que iba a decir.

—Bien, ya está —dijo encogiéndose de hombros—. Hemos tenido suerte

—¡Oh, Al! —Los ojos de Pran se iluminaron como los de un niño.— Gracias, Al.

El fotógrafo le devolvió una débil sonrisa. Tenía ansiedad en los ojos.

—Syd, ¿puedo hablar contigo un momento?

Rockoff llevó a Schanberg al pasillo que iba de la cocina al cuarto de baño y a los lavabos.

—Todo lo que necesito es un revelador —dijo Rockoff en voz baja. Andaba de un lado a otro muy excitado—. Algún tipo de sulfuro poderoso. Si consigo esto, puedo improvisar todo lo demás.

—¿Y el fijador? —preguntó Schanberg.

—Al carajo el fijador. Vinagre. Jugo de limón. Hasta puedes mearte encima. Lo que necesito es un revelador. Algo para que cuaje la emulsión. —Se dio un golpe en la mano en señal de frustración.

—¿Amoníaco iría bien? Se puede sacar de una nevera, ¿no? ¿Y la batería de un coche?

Rockoff seguía moviendo la cabeza.

—Me estás liando, Syd. Tengo que pensar. Necesitamos muchas cosas. Aquel tío sueco, Sundsvall, tiene un soplete. Necesitamos una bandeja para revelar la foto..., encontrar un cuarto oscuro...

El cuarto oscuro fue la parte menos agradable En el calor y el hedor de uno de los lavabos del personal, el redactor jefe del *New York Times* estaba arrodillado junto a la taza del váter, envolviendo la linterna que les había prestado Sundsvall con un papel de celofán coloreado. Rockoff volvió con las manos vacías de su búsqueda de sulfuro.

—¿Qué vas a utilizar? —le preguntó Schanberg

—Ojalá lo supiera. —Rockoff inspeccionó los lavabos en busca de un posible cuarto oscuro. Se echó atrás ante el hedor, intentando eliminarlo moviendo la mano en el aire.— ¡Dios mío!

—Necesitamos un cubo de desinfectante —señaló Schanberg. Al cabo de un instante se tambaleó ante el abrazo repentino de Rockoff.

—¡Syd! ¡Una idea genial! ¡Antiséptico! ¡Está lleno de fenol! ¡Si pudiéramos conseguir un poco de sosa cáustica, podríamos obtener una imagen!

El antiséptico no les tomó mucho tiempo; la sosa cáustica, un poco más Cuando Rockoff volvió a la cocina y se puso a amasar la mezcla en un cuenco grande, ya se les había echado encima la noche. Pran había salido fuera. Swain estaba buscando como loco un carrete. Schanberg, que se había pasado el día de pie, se sentó a la mesa a mirar al fotógrafo.

Swain entró corriendo en la cocina.

—¡Dos carretes, blanco y negro! —anunció triunfante pasándoselos a Rockoff.

El fotógrafo los miró y movió la cabeza.

—Ilford. Lo siento, Jon. Tienen que ser Kodak. La emulsión Kodak contiene una sustancia que se llama hidroquinona. Es un revelador y antioxidante. Es el único tipo de carrete que lo tiene y es lo que necesitamos.

De pronto todo quedó oscuro. Rockoff cogió el cuenco y lo guardó en un armario.

—Esta noche es demasiado tarde —dijo al ver la expresión de Schanberg— Le haremos la foto por la mañana, aún tenemos varias horas. Ahora lo único que necesito es el carrete adecuado.

Pran se arrodilló. Escarbó una mezcla de tierra y ceniza y se frotó las manos con ella como si se las lavara Dejaba caer la tierra entre los dedos. Schanberg lo miraba.

—¿Vienen las lluvias? —le preguntó.

—No es por eso. Ayer hablé con un hombre que venía del campo. Me dijo que los khmer rojos de su pueblo les hicieron mostrar a todos las palmas de las manos. Así. La gente con piel áspera, bien. Los que tienen las manos suaves son *sambor bep*, gente de buena vida. Ejecutados.

Ha llovido casi toda la noche. Sobre el tejado del edificio de la embajada, yace la noche en láminas plateadas de agua que no reflejan nada, ni siquiera a Pran de pie en una de ellas mientras le sacan la foto. Por vigésima vez fuerza una sonrisa. Al Rockoff, con la Nikon apoyada en una silla, acciona el obturador de la lente Rolleiflex.

—¡Perfecto! —grita Al—. ¡Sigue sonriendo, Pran, amigo! ¡Te voy a inmortalizar en blanco y negro!

No deja de mover las manos, ajustando continuamente la velocidad y la exposición. Intentando hacerlo bien.

—¡Levanta la cabeza! —grita Rockoff.

Pran levanta la cabeza. No puede esbozar una sonrisa. Como un conejo sorprendido por las luces, mira fijamente a la cámara. El obturador se cierra. Sin previo aviso, cae una cortina de agua que le salpica en la cara y en las manos. Oye que Al Rockoff le dice a Sydney: "He tenido que utilizar el Ilford." Debe de querer decir *algo*, porque Sydney se gira y Pran no puede ver la expresión de su cara.

★ ★ ★

Schanberg miró la hora.

—Vendrán a buscar los pasaportes de aquí a media hora.

—Lo sé.

Swain vuelve corriendo a los lavabos, Schanberg a sus talones. Habían cubierto uno de los cubículos de los lavabos con una cortina negra que no dejaba pasar la luz. Cuando Swain entró, Schanberg pudo ver un instante a Rockoff inclinado sobre un cuenco apoyado en el lavabo Le dio la linterna envuelta en celofán verde a Swain. La cortina escondió lo que pasó después.

> Esperaba oír un grito de alegría de Rockoff, una carrera detrás suyo..., pero sólo la lluvia golpeaba el suelo.

—¡Ahora! —Silencio.— No va bien. Dejémoslo. Tenemos que intentar otra cosa.

Rockoff salió del cubículo sudando a chorros. Schanberg recordó algo que acababa de ver.

—El generador del consulado —dijo—. Funcionan algunas luces.

Volvieron a atravesar el recinto, Rockoff con el cuenco de la mezcla, Schanberg con la cortina. La puerta principal estaba abierta Encontraron un lavabo con luz eléctrica. Schanberg puso la cortina negra. Rockoff rompió dos termómetros en un tazón y recogió el mercurio. Swain deshizo un Tampax y sacó el algodón

—Apaga la luz —dijo Rockoff. Cogió el negativo del cuenco y lo frotó con el mercurio Dejándolo en un trozo de periódico, le hizo un gesto a Swain. El inglés encendió la luz verde.

—Otra vez. —Silencio Schanberg aplicó el oído. Rockoff profirió un juramento furioso. Se encendió la luz eléctrica y salió del cubículo moviendo la cabeza.— Debería funcionar, Syd, pero no funciona. No sé si el antiséptico contiene algo más, algo que lo destroza todo... Voy a intentarlo otra vez, Syd. Dame un par de minutos más.

Schanberg regresó, muy lentamente, a la sala de recepción. Esperaba oír un grito de alegría de Rockoff, una carrera detrás suyo..., pero sólo la lluvia golpeaba el suelo. Según su reloj eran las 11.55. En la sala de recepción, ya había llegado el funcionario francés de mejillas rosadas.

La voz de Oscar sonó detrás suyo.

—Muy bien, señores. Dispónganse a escuchar. Se ha confirmado que se dan veinticuatro horas más a las personas con familia. Como habrán imaginado, los camiones que hay fuera son para nuestra evacuación... Lo siento mucho, pero... iremos a Tailandia y la fecha se nos comunicará en breve. Entretanto, si tienen los papeles preparados, los recogeré y se los daré a este amable caballero francés ..

—¡Syd!

Rockoff estaba de pie en el umbral. Iluminaba su rostro una sonrisa ancha. Schanberg atravesó corriendo la sala

—Échanos una mano con el coche —dijo misteriosamente el fotógrafo. Levantó dos dedos, haciendo lo que podría ser la señal de victoria—. ¡Dos minutos, Oscar! —gritó.

Empujaron el coche, un Volkswagen abandonado, hasta el garaje del embajador. Swain estaba sentado en el asiento del conductor. Rockoff se agachó delante del coche, con una caja de zapatos levantada al nivel de los faros. Schanberg, a su lado, sostenía una sombrilla negra para concentrar más la luz.

—¡Otra vez! —gritó Rockoff—. Cuando te diga ya, dame diez segundos. ¡Ya!

Los faros se encendieron y se apagaron. Rockoff examinó el resultado en la oscuridad. La cara de Pran apareció en la caja de zapatos. Los tres periodistas dieron un salto de alegría.

Oscar estaba todavía recogiendo los pasaportes cuando Schanberg le dio a Pran el suyo, a nombre de Ancketill Brewer.

—¡Bienvenido a Nueva York! —dijo. No hubo respuesta. La prueba había sido tan dura, que Pran se veía incapaz de mostrar su gratitud. Junto con los otros tres, le dio a Oscar el pasaporte con la foto Ilford y luego fue a sentarse en el suelo con los hombros temblando. Schanberg se sentó a su lado, estremecido por la emoción.

Ahora lo único que les quedaba por hacer era esperar.

★ ★ ★

Schanberg los miró. Con el alma en vilo, vio que el oficial se metía la mano en un bolsillo y sacaba un pasaporte. Vio que Swain alargaba el brazo y lo cogía, y que el francés se encogía de hombros y levantaba el brazo con un gesto de disculpa.

Schanberg se acercó. Swain le dio el pasaporte sin decir ni una palabra. A primera vista, era perfecto. La cinta azul, el nombre en la cubierta. Lo abrió, y allí estaba. Todo terminado. La foto de Pran se había velado. Mientras Schanberg la miraba, a la luz del sol, la diluida imagen se fue haciendo más débil, más fantasmagórica, hasta que sólo se vio la sombra de los ojos y del cabello; luego hasta eso desapareció. Pran ya no estaba allí

El funcionario del consulado estaba hablando con él, pero Schanberg no le escuchaba. Con el pasaporte en la mano, atra-

REX FEATURES

reso corriendo el recinto y subió las escaleras del consulado. Encontró a Jean Dyrac en el despacho de visados, mirando por la ventana la ciudad muerta y con una taza de café de papel en la mano. Sobre la mesa había un monton de pasaportes y documentos de viaje, representando cada uno de ellos una vida rendida a los khmer rojos.

—Necesito su ayuda —dijo Schanberg

Dyrac se giró y le dirigió una sonrisa cansada, quizá de reconocimiento, quizá porque había oído lo mismo un millón de veces en los últimos tres días. Schanberg le mostró el pasaporte y defendió su causa.

—El noventa y nueve por ciento de ellos no ha visto nunca un pasaporte —le dijo— El otro día un soldado khmer rojo tuvo mi pasaporte en las manos y no sabía qué era. Son campesinos, gente de la montaña..

Dyrac levantó la mano para interrumpirlo.

—El oficial con el que yo hablé estudió en la Sorbonne. Sabe francés, inglés y ruso. Si le doy este pasaporte, Ancketill Brewer será ejecutado inmediatamente. Podría ponernos en peligro a todos No puedo permitir que ocurra esto. Lo siento, señor Schanberg. Su amigo tiene que irse.

Schanberg movió la cabeza Tenía que haber una manera.

—¿Y los pasaportes franceses?

—Los he terminado todos. *Voilà tout!*

Con un gesto desesperado del brazo, Dyrac tiró el montón de pasaportes al suelo Schanberg echó una última mirada a la foto, como si la cara de Dith Pran hubiera podido reaparecer de la nada, y tiró el pasaporte junto con los demás. *Voilà tout.* Todos sus esfuerzos, todas sus esperanzas... papel mojado. "Lo siento, señor Schanberg. Su amigo tiene que irse." Un fantasma para reunirse con los otros fantasmas fuera de la verja.

Vio a Swain, pero no se dirigió a él. Bajó al vestíbulo. Pran estaba de pie, arriba de las escaleras, con una cantimplora de agua colgada del cuello. En su cara se veía una expresión intensa, concentrada. Bajó las escaleras a la carrera. Probablemente ya lo sabía, Swain se lo debía de haber dicho Al pie de las escaleras, con una mano en la barandilla, le dijo unas palabras a Schanberg:

—¡Me llamo Ancketill Brewer!

Schanberg bajó la mirada al ver la expresión de triunfo que había en el rostro de Pran. Le costó un gran esfuerzo volver a levantarla. Puso la mano sobre el brazo de Pran. Las palabras no le salían, sólo lágrimas. A través de ellas, movió la cabeza.

★ ★ ★

Amanecer Una mano se le posó sobre el hombro. Schanberg se sentó automáticamente: tenía que hacer algo. Cogió el vaso de té que le ofrecía Pran, como lo había cogido miles de veces antes en Phnom Penh, Battambang. Kompong Chang, y se lo bebió agradecido. Luego se acordó Y se puso a llorar.

—Has hecho todo lo que has podido por mí. Me has enseñado. Me has ayudado. Eres mi amigo —dijo Pran.

—Lo hemos intentado todo... —Schanberg no pudo seguir. Puso el brazo alrededor del camboyano y lo abrazó. Las mejillas de Pran estaban húmedas

—Dile a mi mujer que la quiero, Syd. Y cuídala por mí Ella no sabe hablar inglés. No quiero que la gente la trate mal.

Schanberg asintió. Lo abrazó con fuerza y asintió de nuevo.

Bajaron las escaleras. Unos cuantos camboyanos estaban empaquetando sus cosas: había corrido el rumor de que los khmer rojos iban a entrar a registrar la embajada. En la sórdida luz matutina, la sala de recepción tenía un aire de cuartel. Gordon McIntyre había captado en su radio una débil señal de la BBC y estaba escuchando noticias siniestras de Vietnam del Sur. Xuan Loc había sido evacuada. Bien Hoa, al norte de Saigón, estaba a punto de caer. El presidente Thieu había dimitido. No decía nada de Camboya. Camboya era ya ayer.

Schanberg ayudó a Pran a empaquetar unas cuantas pertenencias esenciales. Pran dijo algo sobre que los periodistas tenían que saber empaquetar sus cosas, y Schanberg asintió con la cabeza Encontró unos cigarrillos y se los dio a Pran, junto con 2.600 dólares. Quizá podrían servirle para sobornar a alguien.

Swain llegó con un poco de cerdo asado, envuelto en una de las servilletas bordadas de la embajada, y una lata de melocotones junto con un viejo abridor.

—Gracias, Monsieur Swain.

Pran revolvió su bolsa y sacó media botella de whisky. Swain la rechazó con una sonrisa. Schanberg pudo notar lo que le afectaba también todo aquello. Rockoff se había alejado. Tendido bajo el piano, todo lo que se veía de él era un par de zapatillas de tenis. Barry Morgan los miraba con aire condescendiente.

Schanberg se giró. Pran ya estaba de pie. Se puso la bolsa al hombro con valiente indeferencia, pero le brotaban lágrimas de los ojos.

Llegó un funcionario consular francés con un bloc de notas para controlar a los camboyanos que eran expulsados de la embajada. Le preguntó a Pran su nombre y lo tachó de la lista, igual que había hecho la enfermera de la Cruz Roja que vio Schanberg en el hospital Preah Keth Mealea con los que prácticamente estaban desahuciados. Pran se miró las manos. Del otro lado del recinto llegó el ruido metálico y discordante de las voces por un altavoz.

Se acercaron a las ventanas Varios gendarmes y funcionarios del consulado estaban discutiendo bajo sombrillas alrededor de una camioneta Toyota Uno de los funcionarios se alejó, dirigiéndose decididamente al pabellón del embajador. Schanberg se giró. Pran ya estaba de pie. Se puso la bolsa al hombro con valiente indiferencia, pero le brotaban lágrimas de los ojos.

Nadie era capaz de mirarlo, excepto Barry Morgan. El hombre de Fleet Street apagó su cigarrillo y dijo en voz alta.

—No entiendo qué esperaba. No debería haberse quedado, evidentemente. Debía haberse ido con los norteamericanos.

Temblando de temor y rabia, Pran se giró para responderle.

—Te estás comportando como un racista —dijo con la voz quebrada por la emoción—. ¡Como si no pudiera elegir! Me he quedado porque. . —Miró a Schanberg sin dejar de hablar — Me he quedado porque conozco su corazón Lo quiero como a un hermano. Y haría *cualquier cosa* por él.

Esperó una respuesta del inglés, pero no la hubo.

—Me voy —murmuró, como avergonzado, y se dirigió rápidamente a la puerta. Se oyó el ruido metálico de la verja al cerrarse

IZQUIERDA: *Una familia de Phnom Penh, visitada por la justicia magnánima de los khmer rojos.*

Kampuchea posee los arrozales más fértiles de Asia, pero, aunque los trabajaban duramente millones de personas (ARRIBA), *parecía quedar muy poca comida para la población* (DERECHA)

F. SPOONER PICTURES

Capítulo 3

AÑO CERO

Negro Amarillo.

Negro sobre amarillo. Sombras negras bajo el violento sol del mediodía. Ropas negras, manos amarillas manchadas de tierra: una multitud de color negro que se arrastra a paso lento como escarabajos de estercolero.

El lugar es Dam Dek, al este de Siem Reap, en lo que ahora se llama y se llamará siempre Kampuchea Democrática. La época es principios de año. El Año Cero de la revolución khmer.

El campo de trabajo de Dam Dek forma una cicatriz blanca en la jungla verde Es como una mina a cielo abierto sin tractores, excavadoras ni maquinaria. Hombres y mujeres, inclinados bajo unos sombreros cónicos de paja, perforan la tierra con azadas y rastrillos. La ponen con palas en unas cestas enrejadas, una a cada lado de unas yuntas de madera, y las llevan tambaleándose hasta arriba de un terraplén de cinco metros donde vacían las cestas. Los supervisores de Angka con porras de bambú patrullan por las interminables filas de trabajadores. Cuando alguno de ellos cae bajo el peso y no consigue levantarse, se lo llevan a rastras y nadie lo vuelve a ver más. En una sociedad de esclavos, la enfermedad es ineficacia y la ineficacia se castiga con la muerte.

ABAJO: *Una sesión de adoctrinamiento dirigida por Angka, "la Organización". La más pequeña transgresión era un delito punible con la muerte.*

En aquel desierto de cielo, tierra y jungla, el único color hecho por el hombre es el rojo-sangre. En la cima del terraplén de tierra, la bandera rojo-sangre de Kampuchea Democrática está clavada, estática, en aquel calor sin brisa. Más abajo, en un ángulo a la sombra, hierve una olla de comida sobre un fuego de troncos. Un guardia khmer rojo, que se distingue de los esclavos por su pañuelo de cuadros rojos, sirve una cucharada de gachas de arroz en las latas de un destacamento de trabajadores. El cuarto hombre de la fila inclina la cabeza dócilmente y se retira hacia la sombra

"Dinos la verdad sobre quién eres", decían con caras amables y sonrientes. "Nadie será castigado."

Ha cambiado menos que muchos de ellos. Tiene la cara delgada, ha perdido treinta kilos, sus piernas están cubiertas de heridas moradas, tiene el pelo enmarañado y lleno de tierra... pero como la mayoría de gente que conocía ha muerto, Dith Pran tiene razones para considerarse afortunado.

Como cada día, intenta tragarse las gachas lentamente Como cada día, el hambre y la sed lo vencen y acaba tragando rápidamente. Pran lleva transportando tierra en aquel campo de tra-

ARRIBA: *Mientras la población moría de hambre, los miembros dirigentes del partido engordaban y llevaban una vida más placentera.*

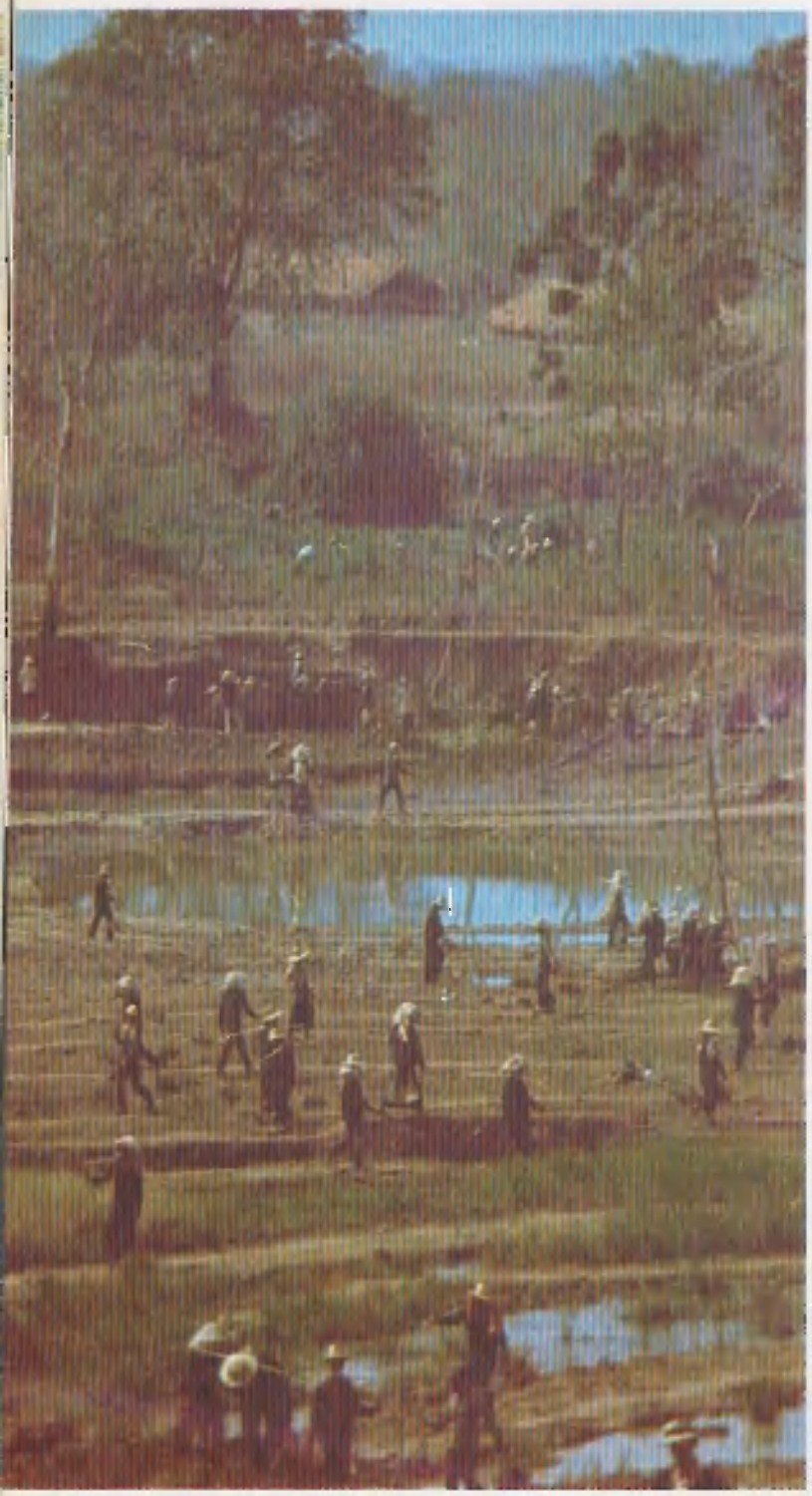
bajo desde antes del amanecer y tendrá que seguir trabajando hasta las nueve de la noche, con sólo un descanso de noventa minutos. Aquellas gachas representan un tercio de su ración de 150 gramos diarios. Sus heridas, como su delgadez, son consecuencia de la desnutrición. No le queda energía, ni siquiera para alejar de sus piernas a las moscas.

Pero está vivo. Los ha engañado. Aquellos últimos días en la embajada francesa, hacía nueve meses, se había asido a la esperanza de no tener que vivir una mentira. El viaje hacia el norte le había hecho reconocer lo contrario. La marcha le había llevado a través de una ciudad saqueada. La universidad estaba en llamas. Los libros de la biblioteca de la catedral ardían en el jardín del recinto. A unos seis kilómetros de camino vio cinco cadáveres tirados en la cuneta con las manos atadas a la espalda. Los guardias khmer dijeron que eran oficiales, traidores al Ejército .. Reconoció a uno de ellos: era civil. Más adelante, el grupo se encontró con varios cuerpos más en uniforme militar en la carretera; los khmer rojos les habían pasado los camiones por encima y los habían dejado planos como una torta. Sabía que se dirigía a una ratonera.

El cuarto día decidió su plan. Se deshizo de las ropas de estilo occidental y de los dólares que le había dado Sydney. Se puso pantalones cortos, sandalias y una camisa sucia, y se cortó el pelo. Ya no era periodista e intérprete: era un taxista analfabeto de un distrito de clase trabajadora de Phnom Penh, un hombre de familia pobre que había perdido a su familia en el éxodo; un hombre del pueblo que hablaba poco y, cuando lo hacía, era con un lenguaje obsequioso y rudo, que sonreía a menudo y de un modo particularmente desconcertado cuando la conversación era sobre política..., un hombre a quien le encantaba que le llamasen tonto.

Treinta kilómetros más adelante encontró el primer control de los khmer rojos. "Dinos la verdad sobre quién eres", decían con caras amables y sonrientes. "Nadie será castigado." Se creyeron su vacilante historial y le dieron un carnet de identidad. Hubo millares que dijeron la verdad —funcionarios, profesores, abogados, militares— y nadie los volvió a ver. El taxista, sonriendo, afirmando con la cabeza, hablando sólo cuando se dirigían a él, viajó otro mes más hasta llegar a Dam Dek. Se quedó allí porque más adelante era peor, o eso le habían dicho. Ahora estaba empezando a dudarlo.

Se oye una orden en khmer. Pran se levanta. Por la parte alta del terraplén se acercan dos mandatarios en chirriantes bicicletas chinas. Se detienen bajo la bandera e inspeccionan el destacamento de trabajo. La mujer, regordeta y de hombros cuadrados con su uniforme negro, saca una naranja y se pone a



F. BROCHER PICTURES

ARRIBA: *Un campo de trabajos forzados de la nueva Camboya. Los millones de personas que sufrieron y murieron en estas comunidades rurales demostraban la mentira del calificativo de "Kampuchea Democrática".*

pelarla. El hombre, una figura hinchada con una cara como un buñuelo de curry y dos bolígrafos en el bolsillo superior para dar a conocer su rango, se arma de entusiasmo mecánico para pronunciar un discurso que ha pronunciado ya varias veces.

—Angka está orgulloso de vosotros —les dice—. Los belicistas imperialistas intentaron aniquilarnos destruyendo nuestras cosechas, pero vosotros les habéis escupido a la cara Nada puede vencer a la revolución. Ahora, la cosecha ya casi nos cae encima y la temporada de ataque debe empezar ya. Angka informará de los nuevos horarios. Tenemos que sacrificarnos hoy para que mañana tengamos abundancia ¡Angka ha hablado!

Su discurso termina con aplausos. Aquel que no aplaude es enemigo de la revolución. La mujer regordeta es la primera que aplaude, con la naranja en la boca. Pran ve que tiene una lagartija junto al pie derecho. Disimuladamente, le pone el sombrero encima. Terminado el discurso, la mujer escupe la piel de la naranja terraplén abajo y se aleja pedaleando. Pran pisa el sombrero y la lagartija con fuerza. Sus compañeros esclavos se pelean por la piel de naranja

Durante todo el día, hasta bien entrada la noche, Pran lleva tierra y barro hacia el terraplén. No tiene muy claro el objetivo de aquel trabajo porque los khmer rojos, que habían prescindido de los ingenieros, no tenían ni idea de cómo contruir diques adecuados y canales de riego. Pero pensar aquello era peligroso... Hacer preguntas, aunque fuera en silencio, era prueba de haber sido educado. En cualquier caso, estaba demasiado agotado para preocuparse.

"¡Levantaos! ¡Presentaos a la reunión a la entrada del pueblo! ¡Ha llegado el momento de participar en el trabajo de la revolución!..."

Bajo la atenta mirada de los guardias, su destacamento de trabajo regresa al pueblo de Dam Dek: poco más que un poblado de barracas de paja en el claro de la jungla Pran deja allí sus yuntas y se dirige hacia su barraca, construida sobre pilotes al otro lado del pueblo.

Está demasiado cansado para comer. Pero debe comer. Examina su orgullo y alegría: unos metros cuadrados de huerto en el que planta tomates, tabaco y una hilera de calabazas. El tomate, en el que lleva puesto el ojo desde hace tres días. está ya a punto. Se arrodilla y lo coge y se arrastra hasta los cuatro escalones.

La esterilla del suelo está llena de polvo blanco. Cogiéndose a uno de los palos de bambú que soportan la barraca, Pran aterriza en el suelo. No tiene muebles. sólo dos platos de aluminio y una olla, y hojas de tabaco colgando del techo en proceso de secado. Deja el tomate en el suelo y se queda un rato mirándolo. Luego coge la bolsa de cáñamo que lleva en la cintura y vacía su contenido en la olla: cuatro caracoles vivos y la lagartija, ya seca y comprimida.

El cansancio le hacer actuar con relajo, como un grifo roto. Con el borde de un plato de aluminio corta el tomate por la mitad. Un mitad la deja en el plato, la otra se la mete en la boca. Mastica despacio. Luego se acurruca sobre la estera y se tapa los ojos con las manos. Aún no ha tragado la última semilla de tomate cuando se queda profundamente dormido.

Inmediatamente, o así se lo parece, lo arranca del sueño un chirriante clamor de voces por el sistema de altavoces. Por un momento se queda tumbado. escuchando las estridentes órdenes "¡Levantaos! ¡Presentaos a la reunión a la entrada del pueblo! ¡Ha llegado el momento de participar en el trabajo de la revolución!" El sueño le abate: quiere cerrar los ojos. Pero sería un suicidio. La revolución no duerme nunca. Mareado de cansancio, sin saber si es de día o de noche, Pran se levanta y tantea en la oscuridad buscando sus sandalias Ho Chi Minh.

Tres veces a la semana se celebran asambleas de adoctrinamiento en el mercado cubierto del pueblo. Los hombres de Dam Dek se sientan a un lado, las mujeres al otros. Los niños se sientan en frente con las piernas cruzadas. Más allá de los niños, bajo la luz eléctrica de un generador instalado especialmente, se sientan seis impecables dirigentes de los khmer rojos. Pran reconoce a dos de ellos del día de antes, o el anterior...: la mujer regordeta, de aspecto masculino, y el cabezón con facciones de buñuelo. El altavoz está encima de su cabeza, arengándolo, y lo mantiene en estado consciente. La mujer está hablando por el micrófono.

—¡Mirad adelante! ¡Siempre mirad adelante! ¡Nunca miréis atrás! ¡La nueva Kampuchea exige vuestra lealtad! ¡Debéis poneros objetivos más altos, niveles más altos de productividad! Nuestros enemigos imperialistas destruyeron la tierra. Vosotros tenéis que hacerla fértil otra vez. Ayudad a Angka y Angka os alimentará..."

"Sólo Angka os dará comida. Buda no os dará comida. Vuestros sacrificios debéis dedicarlos a Angka. Tenéis que trabajar duramente para llegar a ser buenos revolucionarios."

¿Adónde iba todo el arroz? Pran sólo puede hacer conjeturas. Incluso con la mala cosecha del último mes y un probable bloqueo de las importaciones de arroz, 150 gramos al día no es suficiente para vivir. En los ocho meses que lleva en Dam Dek, cuarenta personas han muerto de hambre, principalmente viejos y niños, lo que significa el diez por ciento de la población. Si este dato se está repitiendo en todo Camboya, deben de haber muerto 700 000 personas desde la victoria de los khmer rojos..., muchos más camboyanos de los que habían muerto en todo el curso de la guerra... ¡Y, a pesar de todo, había excedentes! Él los había visto. Había realizado un transporte a uno de los almacenes comunales de depósito y había visto arroz suficiente para alimentar a toda la provincia de Siem Reap durante un mes. O sea, que el destino de todo aquel arroz extra es un misterio. . Se le empiezan a cerrar los ojos. Un misterio. . Y otra vez le despierta de golpe el altavoz, antes de que el dirigente de la plataforma se haya dado cuenta de su falta. "... Sólo Angka os dará comida. Buda no os dará comida. Vuestros sacrificios debéis dedicarlos a Angka. Tenéis que trabajar duramente para llegar a ser buenos revolucionarios. Si os ponéis en medio del camino, si miráis por encima del hombro, la rueda de la revolución os arrollará. Para construir una nueva sociedad, tenemos bastante con un millón de personas. Un millón de personas puras y duras. Por tanto, Angka os dice: ¡Fortaleceos! ¡Si caéis, levantaos y poneos a trabajar de nuevo!"

Fuera está completamente oscuro. No hay indicios del amanecer. La mujer dirigente deja el micrófono y la reemplaza un adolescente, con dos bolígrafos en el bolsillo que determinan su alto rango, que les exhorta en el mismo tono chillón y monótono. Los niños le miran desde el suelo boquiabiertos. Pran siente un escalofrío. ¿Serán ellos las personas "puras y duras" a las que se refería la dirigente? Aquellos niños de cinco a nueve años eran hojas de papel en blanco donde los khmer rojos escribían sus terribles instrucciones: considerar a Angka como su madre y su padre; desdeñar todas las emociones humanas que no estuvieran dedicadas a Angka; aprender a espiar a los enemigos de Angka, incluso si eran sus padres, con la prometida recompensa de permitirles asistir a su ejecución.

ARRIBA: *Con la mayoría de trabajadores especializados asesinados, los niños fueron sus sutitutos en la industria ligera.*

Pran contempla a los chavales sentados con las piernas cruzadas delante suyo. ¡Qué afortunado es de no tener a sus hijos consigo! Ha presenciado el adoctrinamiento que reciben cada día de un dirigente de los khmer rojos: la "clase de educación" de una hora, de 11 a 12, donde aprenden a odiar a sus enemigos y a cantar canciones revolucionarias, mientras el dirigente se pasea lentamente entre ellos preguntándoles cosas sobre sus padres. "¿Os dan algo extra para comer? ¿Qué opinan de la revolución?" Y los niños son felices. Si pudieran, irían a clase voluntariamente. Les supone una hora de descanso de lo que hacen durante el resto del día, es decir, recoger veinte o treinta kilos de estiércol de buey y búfalo para mezclarlo con heces humanas y convertirlo en abono.

Todo el mundo aplaude. Pran también aplaude, temeroso de haberse sumado al aplauso demasiado tarde y que alguien haya notado su falta de atención. Gira la cabeza y sonríe tontamente a los de la fila de detrás suyo. Por todas partes hay espías.

Al otro lado de los arrozales, sobre los bananos, se ve el pálido resplandor de un amanecer rojo-sangre tras el horizonte.

★ ★ ★

ARRIBA: *La cosecha más abundante en Kampuchea bajo los khmer rojos era la de huesos humanos. Se estima que fueron exterminadas unos dos millones y medio de personas.*

La estación seca. Casi no hay comida. En Dam Dek, la ración ha descendido a una cucharada de arroz por día. Para sobrevivir, Pran coge lagartijas, escorpiones, caracoles; arranca y mastica la corteza de los árboles jóvenes Una buena comida es piel de pescado y una picada de hojas de banano. Se ha enterado de que su padre y sus hermanos de Siem Reap han muerto; dos de sus hermanos, ejecutados por haber pertenecido al Ejército de Lon Nol. Una muerte rápida puede ser preferible a lo que ve a su alrededor. La gente se derrumba y muere trabajando, atados a los arados en los arrozales o hundidos hasta la rodilla en el fango de un canal de riego. Sobre ellos, en lo alto de largos palos de bambú, ondean las banderas rojo-sangre de Kampuchea Democrática. Su sacrificio no será en vano, les recuerdan las banderas. Aunque mueran cinco millones de camboyanos por la revolución, quedarán todavía un millón de personas, puras y duras, para inaugurar la nueva nación khmer en la que habrán muerto todos los enemigos de la democracia y se habrán eliminado todas las contradicciones internas.

La élite sobreviviente formará el joven ejército de los khmer rojos, los niños que no tienen recuerdos del pasado, que han sido formados para no tener conciencia ni compasión y para no amar ni ser leal a nadie más que a Angka. Incluso las palabras que usan tienen un tono poco familiar para Pran. Las personas son *opahor* o "instrumentos" que cumplen las órdenes de Angka. La nación khmer es una máquina, entendiendo por tal un motor fabricado por el hombre y organizado hasta el último eslabón. Pero la gran máquina se ha quedado sin aceite. Los "instrumentos" empiezan a caer...

El taxista Pran está en la jungla, cortando ramas con un hacha. La madera está seca: cuando el hacha la golpea, se parte con un ruido de huesos. A Pran le cuesta mucho esfuerzo levantar el hacha por encima de la cabeza. No puede controlar la caída y muchas veces no da siquiera con la madera y hunde la hoja en la tierra. Un niño de nueve o diez años lo contempla sin expresión. Pran le sonríe tontamente y sigue trabajando sin atreverse a dirigirle la palabra Sus propios hijos podían haberse vuelto así.

> Al conductor lo arrastran detrás de un APC ennegrecido. Pran no ve nada ni oye nada, pero el jovencito se aleja corriendo sonriente.

Después de reunir un montón de troncos, los lleva al carro que hay al borde del claro. El niño lo mira Pran intenta imaginárselos en América, a Ser Moeun y los niños.

Suena un gong en la distancia. Inclinándose dificultosamente, Pran coge el último montón de leña. Para su sorpresa, el carro todavía está parado en el camino, con los bueyes moviendo la cabeza sin parar y agitando las orejas. El conductor está dormido. Contemplado por el niño, Pran descarga los troncos y le da un golpe al conductor en la pierna. El hombre se despierta asustado. Es tan viejo que podría ser su padre, y le lanza una mirada de gratitud patética. Mueve el palo y el carro arranca, con Pran detrás. El niño ha desaparecido.

El sendero se ha convertido en camino. Pran y el conductor del carro de bueyes pasan por delante de un convoy de vehículos militares quemados. Pran ve delante suyo al niño de nueve años. Las piernas le fallan. Hay dos guardias en el camino. El niño los señala. Uno de los guardias se acerca y les ordena que se detengan y se lleven al viejo. Obedientemente, Pran coge las riendas y sigue adelante con el carro. Al conductor lo arrastran detrás de un APC ennegrecido. Pran no ve nada ni oye nada, pero el jovencito se aleja corriendo sonriente.

Cuando llega a Dam Dek ya es muy tarde. Con cansancio, Pran se dirige a lo que llama su casa. La visión que le sale al encuentro es suficiente para hacerle aullar de rabia. Los khmer rojos están destrozando su huerto Cuando llega, ve a un niño arrancando las calabazas y ve con sus propios ojos cómo destruye su preciada tomatera para tirarla en una carreta

—¿Por qué...? —empieza a decir Pran, silenciado de golpe

DERECHA: *Un espectáculo normal en el "Año Cero": cuerpos masacrados abandonados en el lugar donde cayeron, víctimas de una barbarie espeluznante.*

ARRIBA. *Los periodistas occidentales no pudieron volver a entrar en Camboya hasta 1978. Fueron recibidos por escenas no presenciadas desde los campos de exterminio nazis.*

por la expresión del niño No discutas nunca. Nunca digas la verdad La rabia casi le había hecho olvidar las dos reglas vitales que hasta el momento le habían protegido. Cambia su expresión por una de educado estupor.

—¡Ya no será necesario que cada individuo se mantenga a sí mismo! —declara el chico, imitando el sonido de las instrucciones de su dirigente—. ¡Angka lo proporcionará todo!

Por la noche, en el lugar de reunión, hay más sillas vacías: una de ellas es la del conductor del carro. Pran se adelanta una fila. Es mejor no sentarse detrás, que puede ser sospechoso, ni delante, donde los dirigentes pueden controlar cualquier parpadeo Llega tarde, pero se le acepta la excusa.

REX FEATURES

Pran baja la cabeza y la vuelve a levantar. La plataforma es una mancha de blanco y negro. Buñuelo de Curry está poniendo ejemplos de tendencias individualistas; dice un nombre. En la fila del otro lado de Pran se levanta una muchacha. Es la maestra.

—Ved, camaradas. Esta mujer quería quedarse a su hijo cuando Angka fue a buscarlo. ¡Le parecía que podía cuidar de él mejor que Angka! ¡Se puso por encima de Angka! ¡Es sólo un ejemplo de dónde pueden llevar las tendencias individualistas!

Le recuerda a alguien: le recuerda a la chica de la motocicleta que se les acercó en las ruinas de Neak Luong, con el pelo atado con un pañuelo. Pero... probablemente la habrá visto en alguna parte desde entonces

Buñuelo de Curry ha terminado. Ella se sienta, apoyándose en la silla de delante Pran está demasiado cansado para pensar dónde la ha visto antes.

★ ★ ★

Pasa otra época de cosecha y otra estación seca. Estamos al principio del segundo año de la revolución y la pesadilla se ha estrechado. Pran ha cortado leña, ha pescado, arado y ha transportado tierra para construir los diques embarrados a tiempo, antes de la temporada de lluvias monzónicas. Se come vivos los bichos que encuentra en los arrozales. Pone trampas a las ratas, las coge con su bolsa de cáñamo y se las lleva a casa para pelarlas y cocinarlas, insertas en una caña de bambú sobre el fuego. Tiene la cara ahuecada de hambre. Los dientes le suenan como una calavera Para recorrer cualquier distancia necesita apoyarse en un bastón.

Las ejecuciones en masa han empezado. Pran ve cada día hombres y mujeres con las manos atadas a la espalda, que se alejan llevados por guardias khmer rojos armados. Los sacan del pueblo en camión y los llevan más allá de la colina donde están construyendo la nueva casa de reuniones, hacia la jungla del oeste. Según los rumores que se han filtrado, golpean a las víctimas hasta que mueren con hachas y palos, martillos y barras de hierro. para ahorrar municiones. En los bosques del oeste había grandes cráteres provocados por las bombas norteamericanas. Ahora los han llenado hasta arriba de cadáveres, y los khmer rojos se ponen a ambos lados de unas fosas recién hechas, apalean a la fila de hombres, mujeres y niños y los tiran uno a uno a las fosas, a menudo sin preocuparse de echarles tierra por encima. Así, cuando se van, quedan brazos y piernas sobresaliendo del suelo.

Hoy, con una lluvia intensa, le han mandado con el carro a buscar leña para los dirigentes. Mientras lleva a los animales por el sendero, junto al terraplén, figuras con los pantalones enrollados plantan arroz en el barro. Él se agacha con dolorosa lentitud a recoger palos y ramas del barro para tirarlos detrás del carro.

Pran da palmaditas a los bueyes y les habla suavemente. Si se asustan y emprenden el galope. está demasiado débil para frenarlos. pero a veces los guardias disparan al aire para divertirse y luego castigan al conductor que ha perdido el control. ¿Pero qué importa morir de un modo u otro? Están todos esperando la muerte. Camboya se ha convertido en un inmenso campo de la muerte.

Los animales enderezan las orejas ante un sonido poco familiar Un guardia levanta el fusil. En el arrozal, un joven está cometiendo una locura: está cantando una canción. De pie allí en medio, con los hombros erectos y los brazos a los lados, canta desafiando a los espías, los guardias y las banderas rojas que ondean en lo alto: una canción francesa que Pran recordaba de las escuelas de la vieja Camboya.

A gritos, los guardias entran en el arrozal. La valiente voz joven es silenciada por la culata de un AK-47. Con la boca golpeada y sangrando. los guardias lo llevan hacia los árboles con las manos atadas a la espalda.

—¡Bienvenida seas, muerte! ¡Estoy preparado! —grita.

CAPÍTULO 3 AÑO CERO

Con el pretexto de coger leña, Pran los sigue a distancia. Siente la necesidad de juzgar por sí mismo las historias que ha oído.

Cuando Pran los alcanza, han llegado a un lugar que deben de haber utilizado muchas veces con anterioridad. En el suelo hay una sartén y los restos de un fuego que uno de los guardias khmer rojos está intentando avivar. Han atado al estudiante a un árbol, le han arrancado la camisa y le han vendado los ojos. Pran se esconde tras un rododendro cuidando de no mover las ramas. Lo que ve después lo volverá a ver en sueños durante las próximas noches.

Uno de los guardias coge un cuchillo afilado y le hace un tajo en el estómago. El estudiante chilla por el terrible dolor, un chillido desnudo, histérico, mientras le brota la sangre y aparece un intestino blanco que le cae sobre los muslos. El guardia que le ha hecho el corte ríe y dice algo —Pran oye la palabra "canción—. Mete la mano por debajo de los intestinos del estudiante hasta que localiza el hígado, y procede luego a cortarlo con un cuchillo. El hombre todavía grita, unos aullidos estremecedores que no parecen provenir ya de él. No disminuyeron sus ansias de morir hasta que ya estaba cocido el hígado.

Después de masticar y tragarse el hígado, para que les diera fuerzas, los jóvenes soldados se llevaron su cuerpo más adentro del bosque para enterrarlo. Pran vuelve al carro y devuelve lo poco que tiene en el estómago antes de seguir adelante. Los cencerros que llevan los bueyes alrededor del cuello hacen un ruido vacío, como las campanas que tocan a muertos. Siente en la espalda el peso de los siglos que se necesitarán para expiar atrocidades como aquélla.

★ ★ ★

Época de cosecha. Pran trabaja en los arrozales, llenando las cestas de arroz verde y llevándolas al carro de bueyes. Dos años y medio de ayuno lo han reducido a un esqueleto andante. Sabe que las tropas de Kampuchea Democrática están concentradas cerca de la frontera de Vietnam. Ya sabe dónde va su preciado arroz: hacia el norte, para los chinos, a cambio de armas.

Una orden del guardia khmer desde el terraplén. Obediente, Pran llena un cubo de agua del arrozal y lo lleva al refugio del guardia para verterla en la olla. Al encender el fuego, ve debajo de la leña una cuchilla de afeitar. La esconde y regresa al arrozal con la cabeza inclinada humildemente: la comida no es para él.

Cerca de medianoche está lloviendo y se oye retumbar un trueno. Es un buen augurio. Pran se apoya en su bastón y sale cojeando a la puerta. Andando sigilosamente con sus sandalias de goma, se dirige al corral de los bueyes cerca del río.

En el pequeño corral hay media docena de bueyes durmiendo de pie. Se mete entre ellos. Con una mano acaricia amablemente al animal y, con la otra, le hace un pequeño corte en el cuello. Pone la boca en el corte y chupa con fuerza; luego tira la cabeza hacia atrás y se traga la sangre mezclada con agua de lluvia.

Vuelve a chupar y luego va al buey de al lado para repetir la operación. Esta vez no funciona. El animal mueve la cabeza y la cuchilla le hace un corte profundo. En pocos segundos, el pánico se apodera de los bueyes del corral.

Pran corre. Alguien da gritos. Una luz ilumina el sendero. Intenta escalar la valla del corral; las piernas no le responden y cae. La luz lo localiza y aparece una cara delante suyo: la cara del soldado a quien había visto cortar el estómago de un hombre con un cuchillo. Le agarran varias manos por el cabello y los brazos. Mientras lo arrastran por el barro, sus gritos suenan como un lamento.

—¡No he hecho nada malo! ¡No he hecho nada malo!

Lo llevan medio a rastras a la casa del guardia. Allí hay varios dirigentes, incluyendo a la mujer regordeta, que está cortando un plátano en un cuenco de arroz. Con la boca llena, da una orden. Pran es lanzado al suelo fuera de la casa. Poco después le rodean varios khmer rojos con barrotes, hachas y guadañas de mango largo que se usan para cortar bambú. Cae de cuatro patas. le han pegado en el estómago con el mango de un hacha y se ha quedado sin aliento. Un golpe en la nuca con un palo lo echa de bruces al barro.

—¡Has robado a la colectividad! ¡Eres un enemigo!

Pran alza los ojos, amoratados y sanguinolentos. Tiene a dos dirigentes delante. Ha llegado el momento: Pran lo recibe con resignación.

Le dan patadas y golpes mientras está en el suelo. La mujer regordeta le da un golpe con tal violencia, que escupe un puñado de arroz sobre su cabeza.

—¡Traidor! ¡Traidor!

Espera ver en cualquier momento una guadaña que le arranque la cabeza de cuajo. Pero todavía no se han cansado. Le atan las manos a la espalda y lo llevan, medio inconsciente, al bosque de detrás del pueblo. Lo tiran contra un árbol. Es el fin. Oye el sonido de su voz que viene de muy lejos, un espíritu clamando desde el país de los muertos.

—¡No hice nada malo!

Un haz de luz. Una figura caída contra el alambre que lo ata al árbol. En el suelo, una hoja de palmera de bordes afilados, de aquellas que usan para hacer un corte profundo en las gargantas.

—Matémosle —dice la mujer. Entonces interviene otro dirigente.

—Lo decidiremos por la mañana.

La lluvia cae sin pausa y limpia la sangre del cuerpo amoratado e hinchado de Pran. Se ha pasado la noche rogándole a Buda. Le ha pedido en nombre de su madre que le tratara bien y le concediera suerte. Al alba todavía está rezando.

Se acercan unos pasos. Los pájaros pían con más fuerza. Pran alza los ojos. amoratados y sanguinolentos. Tiene a dos dirigentes delante. Ha llegado el momento: Pran lo recibe con resignación. Vería a Ser Moeun y a los niños en el otro mundo, y no parecía quedar mucho tiempo. .

—Desátalo —dice el joven dirigente—. La comuna escuchará su autocrítica.

Se agacha y mira fijamente a Pran, casi como si lo hubiera visto antes alguna vez, quizá años antes, quizá cuando era un niño con un casco muy grande en Neak Luong y unos extranjeros le dieron el distintivo brillante de un Mercedes. Sea lo que sea, le intriga; pero para Pran la respuesta es simple y definitiva. Buda le ha escuchado y ha intercedido.

Pran está colocado delante de la comuna y es denunciado por su delito. Le hacen prometer que, si vuelve a transgredir las normas, entregará su vida a los dirigentes para que hagan lo que quieran con él. Más tarde, se afeita la cabeza, en agradecimiento a Buda, y les explica a los dirigentes que es para curarse

el dolor de cabeza. Siembra y trilla la cosecha; va a buscar cañas de bambú a la jungla. Cada día que pasa le parece que está viviendo de más. Los dirigentes lo controlan, especialmente la mujer que escupe pieles de naranja, la que quiso que le mataran.

En el lugar de reunión, dos días a la semana, quedan aún menos cabezas para el recuento de los dirigentes. Ahora dan más comida —cien gramos más de arroz cada día— y no hay tantas ejecuciones por "errores" rutinarios, como el de dormirse en los discursos o ser visto cogido de la mano de la esposa. Pero el número de niños es menor. Poca gente del pueblo, y nadie de las ciudades, había recibido permiso para procrear y todos los niños a partir de diez años eran reclutados por Angka para la guerra contra Vietnam.

Ahora la educación política se dirige menos contra los imperialistas y los enemigos internos y más contra los "perros vietnamitas agresores, expansionistas y anexionistas". Pran ya había oído antes todo aquello. Vietnam, como el gran enemigo tradicional del pueblo khmer, era el tema de los discursos de Lon Nol cuando le arrebató el poder al príncipe Sihanuk. Le divierte oír las mismas frases en boca de los khmer rojos. Pero lo que está ocurriendo allí aquella noche no deja lugar a la diversión. Están acusando a Nhiek Sanh de verse secretamente con una mujer del pueblo, Rosa.

Hacen subir al marido de Rosa al estrado, un hombre con el rostro desfigurado por cicatrices. Entrecerrando los ojos, Nhiek Sanh intenta negarlo. Creen al marido. Un soldado armado escolta a Nhiek Sanh hasta la casa del guardia.

Entonces Rosa levanta un brazo y señala a un dirigente enano de la plataforma.

—Mi amante ha sido él —declara—. Ese hombre que se han llevado fue testigo. Ha guardado silencio para no implicarme a mí.

Pran... retrocede hacia el estrecho sendero. Había oído hablar de sitios así. Son los campos de la muerte.

Aquella noche Pran yace tendido en la estera. En la madrugada oye pasos en el camino y ve entre las pareces de madera de su barraca el haz de una linterna. Con mucho cuidado —dado que estar despierto después de medianoche todavía es un delito capital— pone el ojo en la pared. Con las manos atadas a la espalda, el dirigente enano a quien todo el pueblo odiaba es conducido al bosque por soldados armados. Tras él, pálidos a la luz de la antorcha de resina, van Nhiek Sanh y Rosa, también con las manos atadas.

Pran vuelve a tenderse en la estera. Quiere llorar, pero no le salen las lágrimas. Una mujer bella y fuerte, el único recordatorio que tenía de que la vida podía ser algo más que ciega brutalidad y ciega obediencia, estaba a punto de ser aniquilada.

Es en aquel momento cuando Pran decide escapar.

Le llega la oportunidad antes de lo que esperaba. Está llenando un cesto de barro al borde del arrozal. Es última hora de la tarde. Revolotean libélulas y el humo amarillo de las fo-

ABAJO: *Un nuevo My Lai. El 14 de marzo de 1978, todos los habitantes del pueblo de My Duc fueron masacrados.*

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Un joven camboyano fotografiado en un puente en la frontera con Tailandia, cuya estabilidad era amenazada constantemente por los khmer rojos.*

gatas del pueblo se refleja sobre la superficie del agua. De pronto, se ve lanzado al aire, tras una violenta explosión. A unos ochenta metros, brota un chorro de barro y agua y cae convertido en una mezcla de barro, piedras y extremidades humanas. Demasiado potente para ser una mina: debía de ser una bomba de 500 kilos de un B-52.

Gritos. Sonar de pitos. Los guardias se internan en el arrozal y se dirigen hacia los heridos graves. Pran, con la cabeza silbando, se desliza fuera del arrozal y se queda tumbado. No lo llama ningún guardia. Como una serpiente de agua, va avanzando con el estómago por la orilla del terraplén. Cincuenta metros más arrastrándose y estará en la jungla, los gritos que deja atrás se oyen a distancia.

América ha venido a liberarlo finalmente.

Se esconde en el borde de la jungla hasta que cae la noche. Cuando todo está en calma y se han apagado ya las últimas luces del poblado al otro lado del valle, encuentra un bastón para apoyarse y se aleja por un sendero que conoce. Mientras avanza vacilante, ruega a Buda que le proteja. Aparte de los khmer rojos, en el bosque hay otros peligros: panteras y búfalos, serpientes y plantas venenosas. Los cursos de agua están llenos de sanguijuelas. Cada vez que pasa por uno, tanteando el camino primero con el palo, tiene que pararse en el siguiente para quitarse de las piernas las malditas sanguijuelas.

El camino sube ahora por una colina y desciende abruptamente hacia el siguiente valle. Pran resbala dos veces y cae. La segunda vez pierde el palo y tiene que buscarlo a gatas a la luz de la luna. Cualquier ruido le hace detenerse. No hay nada amigable en el bosque, Pran lo sabe.

Cuando le empiezan a desfallecer las piernas, el bosque se espesa en matorrales espinosos. Se va abriendo camino con el bastón entre matas de hierba ondulante y bambúes altísimos. Aquí hay agua... Debe de estar acercándose a algún arrozal. Demasiado peligroso seguir..., demasiado cansado. Se tumba unos instantes, resguardándose bajo la alta hierba. Al instante, sin siquiera darse cuenta, se queda dormido

Lo despierta el ligero zumbido de un avión de combate. Contemplando la estela blanca que va dejando en el cielo, piensa por un momento que está con Sydney en el jardín de la casa de huéspedes de Sihanoukville. Pero nota un hedor dulzón que le marea. Mira a su lado. Hay un cadáver tendido junto a él, con un ojo vacío y esbozando una sonrisa con un lado de la boca. El otro lado está lleno de insectos alimentándose

Pran se levanta de un salto dando un grito y consigue quedarse en pie Baja a trompicones por el sendero junto al agua, resbala y se hunde de lodo hasta la cintura. Algo le golpea: otro cadáver, con los botones de la camisa saltados sobre un estómago hinchado. Sobresaliendo un poco más allá, hay algo horrible. Vuelve a gritar y retrocede en dirección al estrecho sendero. Había oído hablar de sitios así. Son los campos de la muerte.

Tanteando el terreno con el bastón como un ciego, atraviesa la tierra de los muertos Va dejando atrás cadáveres, con las bolsas de plástico que habían usado para ahogarlos en la cabeza. Estaba rodeado de esqueletos que sobresalían del agua fangosa, un cementerio entero que dejaba al descubierto los cadáveres en proceso de putrefacción para mostrar cuál había sido su violento final. calaveras de niños con agujeros de picos, alambres oxidados clavados en los huesos y, sobre todos ellos, el murmullo cruel de los insectos que se alimentaban de todo lo que el sol todavía no había secado. Avanzando a tientas por aquel campo de calaveras, Pran ruega a Buda que no sea el único ser humano que sigue con vida.

Finalmente llega a tierras más altas, el sendero gira para volver a internarse entre los árboles. Sigue hacia adelante sin girar la vista hacia los campos de la muerte. Al mediodía encuentra un nido de chorlitos con cuatro huevos dentro. Se come dos y deja los otros dos junto a la madre con un inclinación de cabeza. Esta colina es mucho más alta. Es ya de noche cuando llega al otro lado y baja al valle A la distancia hay otro pueblo, más pequeño que Dam Dek.

Espera escondido en la maleza hasta que es de noche. Los arrozales son como espejos de plata a la luz del sol Los atraviesa y llega a las inmediaciones del pueblo, cuando un figura negra se le acerca con un fusil y le cierra el paso

* * *

El balanceo de la cuna de bambú gime como un niño hambriento. Dentro hay un bebé durmiendo, con el pulgar en la boca. Cuando Pran ve que respira con regularidad. para la cuna y se levanta para poner bien la mosquitera.

Es la casa más grande de Bat Dangkor, casi lujosa para ser

la casa de un khmer rojo: una mesa y sillas, una habitación pequeña con un diván, un despertador y una radio de pilas. Pran está andando descalzo sobre la estera cuando aparece en el umbral de la puerta un hombre, el mismo que le hizo prisionero en las afueras del pueblo. Tiene cerca de treinta años, frente ancha, y su piel, a la luz de la vela, se ve pálida como la de un habitante de la ciudad, no oscura como la de los campesinos.

Pran nota una corriente de frío en la columna vertebral. Se acuerda de la última vez que oyó cantar en francés en el arrozal y de lo que ocurrió...

Pran le hace una reverencia.

—El niño está dormido, camarada Phat —le dice en khmer.

—Bien. —Phat abre el saco que tiene en la mano y saca un mango.— Toma. Puedes comértelo. —Pran lo acepta dando muestras de gratitud y se dirige hacia la puerta cuando Phat lo detiene.— Camarada, me dijiste que antes de la liberación eras taxista en Phnom Penh...

—Sí.

—¿Cuánto hacías pagar del Boulevard Norodom al aeropuerto?

Phat vaciló una décima de segundo.

—Los últimos meses —dice, cubriéndose las espaldas—, me veía obligado a pedir cinco mil riels.

Path lo mira fijamente.

Su siguiente pregunta es clara.

—*Est-ce que vous parlez francais?*

Pran nota una corriente de frío en la columna vertebral. Se acuerda de la última vez que oyó cantar en francés en el arrozal y de lo que ocurrió. Y, sin embargo, un taxista de Phnom Penh... Sonríe y niega con la cabeza.

Phat se queda mirándolo un poco más y luego le hace gesto de que se vaya. Con alivio, Pran baja corriendo las escaleras hacia su cabaña de madera, entre los postes de debajo de la casa. Pela el mango con las uñas y cuando termina el fruto se come la piel. A Phat, el jefe de la comuna de Bat Dangkor, le debe la vida. Phat lo destinó a ser su sirviente y a cuidar de su hijo de tres años: está bajo la protección de Phat. Pero el jefe de este pueblo no es como los otros khmer rojos que Pran ha conocido. Es inteligente y sofisticado y, por tanto, aún más peligroso. Pran tendrá que ir con más cuidado que nunca.

A medida que pasan los días aumenta su nerviosismo. Por la noche oye pasos a menudo en las tablas de encima de su cabaña y conversaciones en voz muy baja; a veces, el ruido indescifrable de una radio. Phat lo trata de manera informal, como si intentara deliberadamente darle un sentido falso de seguridad. Y luego está el misterio de los MiG-19. Hacía poco que un par de ellos habían salido del bosque cerca de Bat Dangkor, a menos de cuarenta metros, provocando la estampida de los bueyes y dejando en el aire un olor dulzón de keroseno.

La semana anterior, mientras estaba bañando al niño, Kim, en el río, los volvió a ver. Esta vez eran cuatro MiG-19, con rumbo al oeste y a una cota de unos tres mil metros. Eran aviones vietnamitas. Debía de haber una guerra en alguna parte, pero ¿cerca? En Bat Dangkor hay pocos khmer rojos. Casi todos sus habitantes son campesinos del lugar. Para descubrir algo, tendrá que esperar la oportunidad de poder escuchar la radio de Phat.

ABAJO: *Soldados del Ejército revolucionario de Kampuchea trabajan junto a los campesinos de las granjas colectivas durante la recolección del arroz.*

F. SPOOMER PICTURES

CAPÍTULO 3 AÑO CERO

Mientras corta leña en el jardín y vigila a Kim. que está jugando en la pequeña plantación de tabaco, Pran medita perplejo. Ha estado viendo todo el día convoyes de camiones del Ejército fabricados en China cruzando la carretera que atraviesa el valle. En el cielo ha visto más regueros de vapor. Toda esta actividad parece apuntar a algo serio. El día anterior había pensado, tras la reunión con los dirigentes, que Phat le diría algo.

Dos dirigentes ancianos se habían reunido con Phat para cenar; a uno de ellos Pran no lo había visto nunca. Como era su deber, había preparado la comida de pimientos verdes al vapor con arroz y les había sostenido el cuenco para que cada uno se sirviera. Como siempre, aunque había mantenido los ojos bajados, notaba que lo estaban examinando de cerca. ¿Podía ser que los dirigentes de Dam Dek hubieran hecho circular una descripción de él como haría la policía con un criminal fugado? Se había retirado de la mesa con las manos temblando

> Pran hubiera querido preguntarle por la evolución de la guerra: ¿era verdad que Angka estaba matando a su propia gente e incendiando los pueblos...?

Treinta minutos después oyó un golpe de tacón en el suelo. Pran estaba comiendo los granos de arroz que había en los bordes de la olla y salió de su cabaña y entró corriendo a la casa. Los tres dirigentes habían terminado: estaban sentados en las sillas de bambú de Phat fumando cigarrillos hechos a mano. Pran se puso a retirar los platos. El dirigente que no había visto nunca antes sacó un cigarrillo y lo pasó por la cara de Pran

—*Avez-vous de feu?*

No lo cogerían tan fácilmente. Esbozó una sonrisa humilde y se retiró con los platos. Cuando volvió, Phat estaba solo. Se le veía más triste y taciturno que nunca. Hablaba en khmer, casi para sí mismo.

—¿Están destrozando la revolución...

—¿Quién?

—Hicimos la revolución para que allí donde hubiera árboles estuvieran también los frutos. Para que los campesinos que producen no fueran los esclavos de las ciudades que consumen... Es nuestro gran paso adelante hacia una sociedad mejor, más justa, como China. Pero, a diferencia de China, somos una nación pequeña, casi sin defensas. No tenemos suficientes fusiles, suficientes aviones ni suficientes carros de combate. Por eso Vietnam nos ataca. para destruir nuestra revolución. Nos traicionaron en 1972 y nos dejaron luchar solos. Ahora quieren engullirnos Saben que nuestro experimento comunista es superior y eso les avergüenza.

El joven jefe de comuna no dijo nada más Pran hubiera querido preguntarle por la evolución de la guerra: ¿era verdad que Angka estaba matando a su propia gente e incendiando los pueblos a su paso? Pero preguntarle algo así mostraría su curiosidad y haría de nuevo recaer las sospechas de Phat sobre él. Hizo una inclinación y se retiró.

Pasa una semana. El tráfico militar a través del valle se intensifica. A primera hora de la tarde, avanzaba a saltos por el camino entre los arrozales y Bat Dangkor un Citroën 2CV rojo, acompañado de una escolta motorizada. Dirigentes khmer rojos

con tres y hasta cuatro bolígrafos en los bolsillos salieron del Citroën para inspeccionar el lugar. Entraron en la casa de Phat, tal vez para controlar los movimientos de la gente del pueblo.

Pran ha buscado refugio en el río. Está de pie a un lado de la barquita de pesca atada a un poste largo. Kim, a punto de hacer cuatro años, está en el otro lado del bote, parloteando y mirando su reflejo en el agua. Pran nota el bocado de un pez en el anzuelo, lo pierde y reniega frustrado. Kim ríe y aplaude desde la parte de atrás del bote. Pran lo mira sonriendo y mueve

la cabeza. Con las manos le muestra las medidas de un pez de quince kilos: "*C'est tres grand!*" El niño se muere de risa

Cuando el Citroën y la escolta ya se ha ido, vuelven los dos con lo pescado a la casa para encender el fuego. Pran limpia el pescado y lo clava en palos largos para ahumarlo. Kim lo mira, fascinado. Cuando aparece su padre y le da un abrazo, antes de irse a una reunión en el pueblo, el niño extiende los brazos y habla excitado.

—*Truy gran! Tray gran!*

ARRIBA: *Un soldado vietnamita en poder de un grupo de niños de Kampuchea Dada la tradicional enemistad entre los dos países, sus posibilidades de sobrevivir son escasas.*

Probablemente el significado es inconfundible. Pran mira a Phat con los músculos de la cara rígidos, incapaz siquiera de pestañear. La sonrisa ha desaparecido del rostro de Phat. Mira a Pran sin expresión y luego al pescado dorándose en las llamas Da media vuelta y se aleja.

CAPÍTULO 3 AÑO CERO

Cuando desaparece de su campo de visión, Pran coge al niño y corre con él hacia dentro como queriendo esconder la evidencia. Después de todos sus esfuerzos por ocultarlo, después de las lecciones que ha aprendido en amargas experiencias... ¿cómo podía ser tan idiota de dejarse llevar por un niño inocente? No es que tuviera ninguna necesidad de hablar francés con el niño.... lo había hecho por nostalgia o quizá para usar una especie de lenguaje familiar entre ellos. Ahora sufriría por ello.

El niño parece comprender la confusión de Pran y se va a la cama sin demora Pran pasea por la habitación intentando calmarse.

Sobre la mesa hay una radio. Pran enciende las velas y la mira. Alarga la mano y la enciende. Gira el dial con los oídos atentos como un ladrón y capta la "Voz de América". La voz se acerca y se aleja como la llamada de un espíritu· "El reverendo Jim Jones... más de 300 personas..."

Entran Phat y los dos dirigentes.

No se mueve nadie La luz de la vela tiembla en la pared.

"... noticias sin confirmación dicen que la resistencia en el campo es mínima... Radio Nueva China afirma que Vietnam ha penetrado más de noventa kilómetros en el sur de Kampuchea y ha conquistado la importante ciudad costera de Kompong Som sin resistencia..."

Phat da un paso adelante y apaga la radio. Sólo dice.

PÁGINAS ANTERIORES *Un soldado vietnamita escolta a unos khmer rojos capturados.* ABAJO: *La llegada de gran número de refugiados que huían de Kampuchea a Tailandia representaba un enorme problema para las autoridades tailandesas.*

—*Allez-vous en, Monsieur Pran.*

Pran lo mira. Phat le sonríe. Los dos dirigentes sonríen. Pran sale corriendo.

★ ★ ★

Pran está agachado en su cabaña. Encima suyo, en la casa, unos cuantos dirigentes discuten, como han estado haciendo todo el día. En el horizonte se oye un retrueno constante, el ruido de la artillería vietnamita. Todo es confusión

Desde que hace doce días le cogieron escuchando la radio, Pran se ha estado atormentando con preguntas y dudas. Según parecía, los vietnamitas, probablemente con ayuda soviética, habían organizado una invasión de Camboya a gran escala. Aquello no le sorprendía: los vietnamitas son enemigos tradicionales de los khmer, con quienes sólo se unían para luchar contra el agresor común, como los norteamericanos o los franceses en Dien Bien Phu. Lo que no estaba claro era la actitud de los khmer rojos. Algunos, como los dirigentes de Bat Dangkor, parecían dispuestos a someterse a la voluntad de la gente cuando llegasen los vietnamitas. Otros, por lo que Pran había oído, estaban obedeciendo ciegamente las órdenes de Angka, arrasaban las cosechas y perpetraban ejecuciones en masa de la gente del pueblo. A primera hora de la mañana, el Citroën rojo había vuelto a Bat Dangkor y un viejo dirigente regional se dirigió a casa de Phat para hablar con él. Fue entonces cuando Pran se escondió abajo.

Ruido de pasos y de sillas. Sandalias de goma que bajan las escaleras. El Citroën se pone en marcha y gira por el camino del pueblo hacia la calle principal. Se oyen los golpes de un palo en el suelo de la casa y Pran sale de su cabaña. Phat está en lo alto de las escaleras con cara inexpresiva.

—Quema el tabaco —le dice severamente—. Cava todo el

huerto Me traes las patatas y destruyes el resto. No debemos dejar nada para el enemigo.

"No he ordenado suficientes matanzas. No he liquidado a suficientes enemigos."

Pran obedece sin decir una palabra. Un destacamento de trabajo vuelve de los arrozales bajo escolta armada, y uno de los guardias se detiene un momento para observar a Pran. Al otro lado del valle, cuando levanta la vista del trabajo, Pran ve la calle principal llenándose de columnas de soldados khmer rojos en retirada y APC. Si los vietnamitas se mueven a una velocidad cuatro veces menor, deben de estar avanzado a un ritmo mínimo de un kilómetro y medio a la hora La artillería está ahora suficientemente cerca para distinguir las armas: morteros y ametralladoras a la espera de un bombardeo.

Comprobando primero la dirección del viento, Pran enciende la cosecha de tabaco y arrastra un saco de patatas hacia la casa. El joven jefe de comuna está jugando con su hijo. Cuando gira la cara para mirarlo, Pran le ve una expresión de tristeza.

—He traicionado a Angka —le dice.

—¿Por qué?

—No he ordenado suficientes matanzas. No he liquidado a suficientes enemigos

Pran deja el saco en el suelo. Un momento después, dice con un énfasis intencionado:

—Nosotros no somos tus enemigos.

Por lo visto, Phat no lo oye. Besa a Kim y le acaricia el cabello. Fuera, Pran oye gritos, tiros y el ruido de carreras. Phat se levanta y le da el niño a Pran

—*Je vous prie d'en avoir soin* —le pide en voz baja.

Pran llega a la puerta cuando un camión cargado de khmer rojos cruza el puente sobre el río y entra en Bat Dangkor.

Se oye el ruido de un avión en lo alto. Las explosiones hacen temblar la tierra. Pran coge al niño y sale de la cabaña...

Phat ha ocultado algo en las ropas del niño. Agachado en la cabaña debajo de la casa, Pran coge un pequeño paquete y lo abre. Trescientos dólares y una mapa dibujado a mano en un trozo de tela blanca. Temeroso, echa un vistazo por encima del hombro y esconde el paquete en las tablas del suelo de la casa.

—¡Es un secreto! —le susurra a Kim en khmer.

Se oye el ruido de un avión en lo alto. Las explosiones hacen temblar la tierra. Pran coge al niño y sale de la cabaña para seguir a Phat.

El Citroën ha vuelto. Bajo la mirada de un alto dirigente, se ha concentrado a todos los campesinos de los arrozales y los están poniendo en grupos: cuatro grupos de unos treinta hombres cada uno. Phat está allí, mirando silenciosamente, mientras los soldados agitan sus fusiles y separan a las mujeres y los niños.

Pran se agacha en la oscuridad, totalmente quieto Pero Kim no tiene conciencia del terror. Al reconocer a su padre, le saluda agitando la mano. Un soldado que lo ve corre hacia ellos y los hace salir de su escondrijo. El oficial al mando grita una orden que Phat parece contravenir inmediatamente Aprovechando la oportunidad, Pran se lleva sigilosamente al niño al interior de la casa.

Mira por la ventana mientras oye el ruido de otro MiG. Phat, de pronto, parece haberse repuesto. Está discutiendo con el oficial, afirmando con autoridad. El oficial no le hace caso: habla a gritos por un megáfono, dando prisas para finalizar la concentración. Los campesinos han de ser cargados y transportados en camiones para ser sometidos a un período de "educación". Phat se dirige al alto dirigente. Todos lo miran con caras inexpresivas. Envían a otro soldado a buscar a Pran y al niño.

No se oye ningún ruido del pueblo ni se ve movimiento, excepto el humo de la paja quemada y la gasolina del motor que gotea sobre el camino.

Pran no puede moverse. Abraza con fuerza al niño, paralizado de temor. Ahora Phat está gritando. El oficial levanta el fusil y apunta al pecho de Phat. Los dirigentes observan la escena, quietos Phat alarga el brazo como si pidiera el fusil. Lo que le dan es una bala, una bala en el corazón que lo desploma.

Pran hunde la cara de Kim contra su pecho y mira asustado a su alrededor. El soldado está al pie de la escalera; ya no hay nadie que le proteja, ningún sitio para esconderse. Empieza a rogar a Buda, pero es el enemigo quien lo salva. El MiG vuelve a sobrevolar el pueblo a unos sesenta metros, disparando ráfagas de proyectiles Uno de los dirigentes, cuatro soldados y una decena de campesinos caen bajo la lluvia de balas. El Citroën está ardiendo ya, también tres de las cabañas del pueblo.

Ante los ojos de Pran, la implacable jerarquía de Angka deja de existir. La gente corre, los soldados corren, los dirigentes corren. Con el niño aún en brazos. Pran baja corriendo a la cabaña de debajo de la casa. Se tumba en el suelo con el niño y se cubre con un montón de sacos, mientras le golpea el corazón y las lágrimas del niño le humedecen la camisa.

Esperan juntos el anochecer. No se oye ningún ruido del pueblo ni se ve movimiento, excepto el humo de la paja quemada y la gasolina del motor que gotea sobre el camino. Cuando cae la noche, las ranas del río empiezan a croar

Luego un nuevo ruido: carros y motores al máximo Pran deja a Kim durmiendo bajo los sacos y se acerca reptando sobre el estómago al límite de los postes. Por la calle principal de Bat Dangkor baja lentamente un carro ligero de infantería. Se detiene a unos cien metros; la torre da un giro de 360 grados, como si desafiara al enemigo a mostrarse No se mueve nada. Los motores del carro se detienen con un rugido del tubo de escape. El silencio dura un minuto o más

Luego, con ruido de cerraduras, se abre la torreta. Primero aparece una ramita, luego el casco lleno de barro que debía de camuflar. Bajo el casco hay una de las caras más tontas que Pran ha visto en su vida: es un chico de dieciséis años, con ojos redondos y bizcos, y una boca vacía con tres dientes clavados como estacas en una valla con amplio espacio entre ellos. La cara gira de un lado a otro. Al no ver nada, echa una mirada bizca a lo que le quedaba de camuflaje y esboza una sonrisa.

Los vietnamitas han llegado a la ciudad.

★ ★ ★

Pran ya ha visto anteriormente las sonrisas en los rostros de los "liberadores". Ha oído antes sus promesas. A media mañana del día siguiente, el milagroso y poco familiar olor a comida le tienta a salir fuera con el niño. Unos treinta soldados vietnamitas han plantado sus tiendas en la calle principal y han dispuesto fogones. Sobre uno de ellos se asa un cerdo entero: un espectáculo bastante raro en los viejos tiempos, insólito bajo los khmer rojos. Los habitantes han ido saliendo uno a uno de sus escondites. Ahora están todos allí, los hombres a un lado, las mujeres al otro, en un silencio reverente, observando el fenómeno del cerdo asado

Llega un oficial vietnamita con un camión cargado de sacos de arroz, evidentemente sustraídos del depósito comunal destinado a Pekín. Vacían un saco entero de arroz en la caldera que hay en el segundo fogón y el oficial, en khmer, pide voluntarios para ayudar a preparar la comida Nadie le responde; sus caras muestran temor y confusión. Las "peticiones" de Angka eran siempre órdenes veladas: la misma palabra "petición" en khmer, *snoeur*, había adquirido un nuevo significado en los pueblos, convirtiéndose en sinónimo de "lleváoslo y matadlo".

El oficial repite la pregunta. Un hombre da un paso adelante. Una mujer lo llama, su mujer o su hermana, y se acerca a él. Todo el mundo está en vilo Nadie les grita, no hay ningún guardia khmer rojo golpeándolos. La mujer rompe a llorar y abraza al hombre del que la han separado todos estos años. Otros hombres y mujeres, algunas con niños cogidos de las manos, dan un paso adelante y, vacilantes al principio, luego corren y se abrazan y lloran hasta que la calle principal de Bat Dangkor es un tumulto de gente abrazándose. llorando y riendo. Es una escena tan triste y alegre al mismo tiempo que Pran ve cómo giran la cara los soldados vietnamitas para esconder su emoción.

> Medio afeitado, medio untado de espuma de afeitar, parecía Jano presentando dos caras al mundo: una de honestidad, la otra de hipocresía.

Pran coge al hijo de Phat y le besa y abraza. En este lado del mundo, Kim es todo lo que le queda para amar. Ahora Kim es su familia. Por razones que sólo Buda sabe, él, Pran, tiene el privilegio de vivir. Pase lo que pase en adelante, aunque muera en el intento de llegar a la frontera, ya ha visto lo peor. Alzando al cielo una plegaria de agradecimiento, sigue adelante con Kim cogido de la mano.

★ ★ ★

Cuántos cabellos grises... Schanberg bajó la cuchilla y se acercó al espejo estudiándose. Medio afeitado, medio untado de espuma de afeitar, parecía Jano presentando dos caras al mundo: una de honestidad, la otra de hipocresía. Los ojos, sanguinolentos, no lo encontraban divertido; la boca tampoco reía. Últimamente su cara no tenía sentido del humor

Sonó el teléfono. La cogió en la sala de estar. Una voz que no conocía

—¿Sydney? ¿Sydney Schanberg?

—Sí.

—Soy Andreas Freund, de la redacción de París. ¿Ha oído hablar de Gerhard Leo?

—No.

—Es un alemán oriental. Trabaja para el *Neues Deutschland* en París. Me ha pedido que le transmita un mensaje de alguien, me dijo que le alegraría. Dice. "Dith Pran sobreviviente, vive en Siem Reap, Angkor."

Schanberg se sentó.

—¿Me lo puede repetir otra vez? —Escuchó.— ¡No lo puedo creer! —El salto de alegría esparció espuma de afeitar por todas partes.— Andreas —le dijo al corresponsal de París—, ¿se ha dado cuenta de lo fácil que es ganarse un amigo para toda la vida?

> "¡Un brindis! ¡Quiero proponer un brindis! ¡Por el más maravilloso de los alemanes orientales! ¡Y por el vietnamita que mantenga a Pran a salvo hasta que yo llegue!"

Consiguió línea y marcó el número directo de Gerhard Leo. El sol de la mañana que entraba por la ventana era tan brillante que todo el apartamento relucía. A través de un teléfono blanco de espuma le expresó su agradecimiento. Leo le proporcionó los detalles que hacía años esperaba oír.

—Fue en febrero.-Te hubiera informado mucho antes, pero me mandaron a Vietnam para cubrir la invasión china.

—¡Pero viste a Pran! ¡Hablaste con él!

—Cerca de Angkor, sí. Siem Reap. Estaba con un grupo de amigos periodistas invitados por los vietnamitas. Se me acercó. Yo estaba solo y me dio este mensaje. Me dijo: "Le hará feliz." También me pidió que le tomara una fotografía, que te he enviado ya al *New York Times*.

—¿Estaba bien? ¿Qué aspecto tenía?

—Yo diría que estaba relativamente bien Pero estoy un poco preocupado por él. La semana pasada volví vía Angkor Wat para terminar un reportaje. Pran ya no estaba en Siem Reap. Se decía que tal vez había intentado atravesar la frontera. Una locura.

—No te preocupes, Pran sobrevive. ¡Si ha llegado hasta aquí, seguro que está bien!

Schanberg colgó el teléfono y dejó desbordar las lágrimas que había empezado a verter tras la llamada de Freund. Pran era un sobreviviente, "en el sentido darwiniano", como le había escrito Henri Savarin cuando regresaron. Era lo que quería, lo que había estado esperando oír hacía mucho tiempo.

Llamó por teléfono a Ser Mocun, en San Francisco, y oyó el grito de alegría del otro lado de la línea. Ser Mocun quería saber: si la noticia era tan buena, ¿por qué Pran no había salido todavía de allí? Schanberg le aseguró que probablemente ya lo hubiera hecho; si no, era cosa de días. ¡Él saldría a buscarlo aquel mismo día!

Pero primero necesitaba tiempo. sólo una hora o dos para celebrarlo Corrió escaleras abajo. cogió un taxi para ir al *Times* y compró un ramo de narcisos, sin poder recordar luego en qué orden había hecho todo eso. Llamó a su esposa. Dejó un mensaje para Al Rockoff. Envió a su secretaria a buscar vasos de papel Entró en la oficina del editor en busca de una botella de champaña, encontró whisky y decidió celebrarlo con ello. Había narcisos sobre los teclados, en el suelo.

—¡Un brindis! ¡Quiero proponer un brindis! ¡Por el más ma-

ravilloso de los alemanes orientales! ¡Y por el vietnamita que mantenga a Pran a salvo hasta que yo llegue!

El whisky cayó en el estómago vacío de Schanberg como el fuego de una hoguera de San Juan. ¡Tenía tantas cosas por escribir! Nada podía detenerlo. Cogió un narciso, lo tiró a la mesa de la secretaria y dijo:

—Resérveme una plaza en el primer avión a Bangkok.

★ ★ ★

El crujido se acerca. Pran apaga la vela. En la oscuridad, sus cinco compañeros permanecen inmóviles. Sin necesidad de verles las caras, puede oler el miedo.

Se acurrucan entre los cascotes de la casa en ruinas hasta que dejan de oír el ruido de la bicicleta de un extraño Quizá alguien del pueblo, quizá un vietnamita· no hay ninguna diferencia cuando uno está huyendo. Keo, uno de los viejos colegas de Phat en el cuadro dirigente de Bat Dangkor, vuelve a encender la vela con una de sus preciadas cerillas Pran la acerca a la cesta de mimbre para comprobar si Kim sigue durmiendo. Luego las seis caras se inclinan sobre el trozo de algodón con el mapa de Phat dibujado. Con una uña rota, Pran señala la ruta hacia el norte entre tierras de labrantío y la jungla, rumbo a las montañas de Odder Mean Chey Más allá de las montañas: Tailandia

Este es el viaje que Pran empezó en Dam Dek hace casi un año. En el momento que los vietnamitas dieron permiso a los camboyanos para volver a sus pueblos, dejó Bat Dangkor y partió hacia el oeste para ir a localizar al resto de su familia en Siem Reap. Allí fue donde vio al alemán oriental y afrontó el riesgo de darle un mensaje para Sydney

En Bat Dangkor hubiera pasado inadvertido. Pero en Siem Reap, su lugar de origen, había gente que le conocía y le tenía envidia por haber sobrevivido. Uno de ellos informó sobre él al gobernador vietnamita de Siem Reap. Pran fue llamado a interrogatorio.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía haber futuro para su tierra nativa. De pie con la cabeza inclinada, mientras el gobernador golpeaba con el puño contra la mesa y le acusaba de no ser fiable políticamente, corrompido por ideas antirrevolucionarias, Pran se había dado cuenta de que Camboya había cambiado simplemente de un despotismo a otro, más suave, sin duda, pero dominado de todos modos por una ideología inflexible. Caído ya en la desgracia, no dio tiempo a los vietnamitas de considerar el castigo adecuado. Aquella misma noche se fugó junto con los cinco que lo llevaban planeando con él, llevándose consigo al niño que Phat había dejado a su cargo

Llegan a una ciudad a la que sólo ha vuelto la vida vegetal. La mitad de las casas han sido arrasadas; las demás sólo están habitadas por la vegetación.

Llevan tres días de camino, turnándose para empujar las bicicletas y llevar al niño. Al principio era fácil: se podían mezclar con los refugiados que regresaban a sus casas Pero, a medida que avanzaban hacia el oeste, las carreteras se fueron vaciando. No había ningún tráfico en aquellos caminos polvorientos excepto alguna bicicleta ocasional o algún camión del Ejército vietnamita. Es como si hubieran entrado en una zona prohibida.

Noche de luna nueva, demasiado oscuro para arriesgarse a seguir. Pran duerme a rachas en un pasillo sin techo. Por la mañana le prepara a Kim una picada de plátano con leche y

ABAJO: *Refugiados de Kampuchea acogidos en un campo de Tailandia. Por muy incómoda que fuera la situación, era infinitamente mejor que la que habían dejado atrás.*

REX FEATURES

ARRIBA: *Pasaron la infancia bajo la amenaza de los bombarderos B-52 y terminaron su adolescencia bajo el régimen de terror de Pol Pot. Para esos jóvenes khmer, la única realidad eran la muerte y la violencia*

parten hacia la cresta violácea de las montañas que se recortan en el horizonte.

Hacia el mediodía llegan a una ciudad a la que sólo ha vuelto la vida vegetal. La mitad de las casas han sido arrasadas, las demás sólo están habitadas por la vegetación.

Aquel día sólo una vez se ven forzados a abandonar el camino, cuando pasa por su lado un carro soviético T62 con la bandera de la Republica Popular de Vietnam ondeando en su torre. La marcha se ve dificultada cuando el camino se estrecha en un sendero de carros y empieza a subir la montaña entre eucaliptos. Cerca de la cima, encuentran una pagoda derruida. Keo entra primero, para mirar si hay trampas explosivas. Los demás le siguen: será su refugio para la noche.

Al amanecer los despierta el ruido de vehículos. Pran le da el niño a Keo y sale a investigar. Dos semiorugas y un convoy de camiones vietnamitas se dirigen hacia el oeste por el camino del valle. Tras discutir con ansiedad el mapa de Phat, deciden dar un rodeo hacia el norte para eludirlos. Ambos caminos son ahora rutas duras y abruptas bajo un sol abrasador. La mujer de Rong está pálida, pero rechaza la ayuda. Pran va delante suyo, con Kim colgado de la espalda. Rong y Keo suben las bicicletas por el estrecho camino. Cuando avanzan dificultosamente hacia la cima de una de las colinas al pie de las montañas, ven columnas de humo en las montañas del otro lado y oyen el ruido sordo de morteros que explotan. Los combatientes de la resistencia khmer roja están aprovechando el final de la estación seca para montar un ataque de guerrilla contra los vietnamitas.

> El alambre a dos centímetros del suelo, las dos granadas metidas en latas a cada lado del camino... Es una de las trampas de las que Keo le advirtió.

Eso significa otro cambio de planes. Tras una silenciosa comida a base de leche de coco, arroz frío y los pequeños frutos amarillos de los plataneros silvestres, se dirigen hacia el oeste a través del valle. Cuando llegan más arriba, Keo les advierte que vayan con cuidado. En estas montañas fronterizas, la guerra no se hace con bombas y balas sino con trampas y lazos. Cada paso debe ir precedido de complicadas precauciones. Andan dos horas más, escalando consistentemente. En una ocasión oyen las voces de una patrulla de khmer rojos y se esconden entre la vegetación hasta que pasa el peligro.

Pran le ha pasado el niño a Rong y camina en cabeza. Un oscurecimiento vago del camino que iba recorriendo le hace detener súbitamente. Separa las hojas de la vegetación con su bastón y deja al descubierto una trampa "punji", la trampa más antigua y más cruel de aquellas montañas: un agujero profundo en el camino con largos y afilados palos de bambú para proporcionar una lenta agonía al incauto. Cogiendo el bastón de Pran, Keo golpea los matorrales hasta que descubre un camino seguro alrededor de la trampa. Rong lo sigue; Pran va detrás, con el niño a hombros.

Cinco metros más arriba, ve el alambre en el momento que Rong pone el pie encima y chilla a modo de aviso. Keo y Rong se detienen al instante, mientras los pájaros alzan el vuelo al cielo. Luego la explosión. Se oyen gritos de monos. Rong y Keo, muertos; Pran cae al suelo con un grito y tiene los dedos manchados de sangre de la herida de metralla en un costado.

Siguen oyéndose gritos. Tiene los dedos llenos de sangre, y le parece estar todavía en Dam Dek mientras lo apaleaban. Aturdido y aterrorizado, coge a Kim con fuerza y se precipita a la maleza, en cualquier parte, lejos de los khmer rojos. El alambre a dos centímetros del suelo, las dos granadas metidas en latas a cada lado del camino.. Es una de las trampas de las que Keo le advirtió... Pero ahora Keo está muerto. Confuso, gimiendo por el dolor del costado, corre hasta no poder más. No lo ha conseguido nadie del grupo. Kim y él están solos. Abraza al chico y se desmorona... Kim ha muerto.

Pran no consigue entenderlo. Deja a Kim en el suelo y ve que un pedazo de metralla le ha perforado el cuello. Pero está confuso. Coge al niño y lo sostiene contra su camisa manchada de sangre. Los ojos de Kim están abiertos, pero en ellos no hay muestras de terror. Tiene la misma expresión de felicidad en la

cara que cuando dormía en los brazos de Pran, o en los de su padre. Debe de haber muerto instantáneamente.

Pran le da un beso en la frente y lo tiende en el suelo. Moviéndose con dolor, con la herida del costado ardiéndole, construye una pira de palos y ramas secas. Ya se ha puesto el sol cuando la pira llega al nivel de la cintura. Con mucha ternura, alza el cuerpo de su hijo adoptivo, lo pone encima de la pira y enciende la leña con su última cerilla. Sólo entonces, cuando el humo blanco se eleva entre los árboles hacia la oscuridad, Pran da rienda suelta a sus lágrimas, las primeras que ha vertido en todo este tiempo tan amargo. Alzando las manos, hace una reverencia en señal de despedida

★ ★ ★

"No te preocupes. Pran sobrevive Si ha llegado hasta aquí..." Pero Schanberg ya estaba empezando a lamentar el optimismo libre de impuestos que se había traído de Bangkok. Durante una semana, todos los días lo ha ido a recoger un taxi al Hotel Oriental antes de amanecer y le ha llevado a uno de los campos de refugiados ubicados a un lado de la montaña fronteriza con Kampuchea. Cada día ha vuelto con las manos vacías, con las mismas respuestas de los funcionarios y de los empleados de las organizaciones de ayuda· "No hemos recogido a nadie procedente de Siem Reap."

> Por primera vez empezaba a admitir lo que hasta entonces se había negado a creer: que Pran podía no haberlo conseguido.

Pero tenía que continuar yendo, tenía que dar a conocer su presencia en la frontera A los tailandeses, los khmer no les gustaban y tenían igual antipatía por los prófugos Si Pran llegaba solo, sin contactos en el campo para que lo registrasen legalmente, probablemente se uniría a los miles de refugiados que el gobierno tailandés hacia volver a la Kampuchea controlada por los khmer rojos. Schanberg tenía que estar allí de una u otra forma. Como mínimo, tenía que encontrar a algún refugiado de Siem Reap que le pudiera decir si Pran seguía vivo.

El paisaje, plano como un espejo, empezó a hincharse con altas cordilleras a medida que se acercaban las montañas. Le habían dicho que Surin era uno de los campos más grandes y mejor organizados que algunos de los desolados lugares que había visitado durante la semana: cobertizos de bambú sobre postes muy bajos, junto a un estrecho camino embarrado.

Se empezaban a acumular nubes en las montañas distantes. Schanberg se incorporó en el asiento El taxi traspasó la cumbre y empezó su descenso hacia un amplio y verde valle que se adentraba en las montañas. En el extremo, el campo de refugiados de Surin era una confusión de calles y barracones de madera con el sol centelleante en los techos de uralita, que tenían pintados símbolos de la UNICEF o de la Cruz Roja Internacional

Debía de haber unas 40 000 personas encerradas entre las alambradas de Surin. Como era habitual, un oficial tailandés comprobó su identificación en el puesto de control militar antes de levantar la barrera y señalarles el edificio de la administración. Como siempre, Schanberg sintió una contracción del estómago y un sudor en las sienes al subir las escaleras hacia una fría habitación blanqueada La secretaria estaba ocupada Él encendió un cigarrillo y se quedó mirando los carteles de las

REX FEATURES

ARRIBA: *Fugitivos camboyanos emprenden su larga caminata hasta Tailandia, dispuestos a afrontar los múltiples peligros de la jungla en su afán de libertad.*

agencias de viajes pegados en las paredes. Singapur... Nueva York. París .. destinos que para la mayoría de habitantes de Surin no podían ser más que un sueño tentador

—¿Señor Schanberg? —La muchacha de la mesa parecía tailandesa, pero tenía un perfecto acento neoyorquino.

—Sí. —Tenía la garganta seca.— Vengo de muy lejos. Espero que pueda ayudarme. Estoy buscando a un refugiado camboyano Su nombre es Dith Pran.

La muchacha consultó una lista Movió negativamente la cabeza.

—Lo siento. No consta ningún Dith Pran. ¿Cuándo cruzó la frontera?

Schanberg a duras penas oyó la pregunta. Por primera vez empezaba a admitir lo que hasta entonces se había negado a creer· que Pran podía no haberlo conseguido.

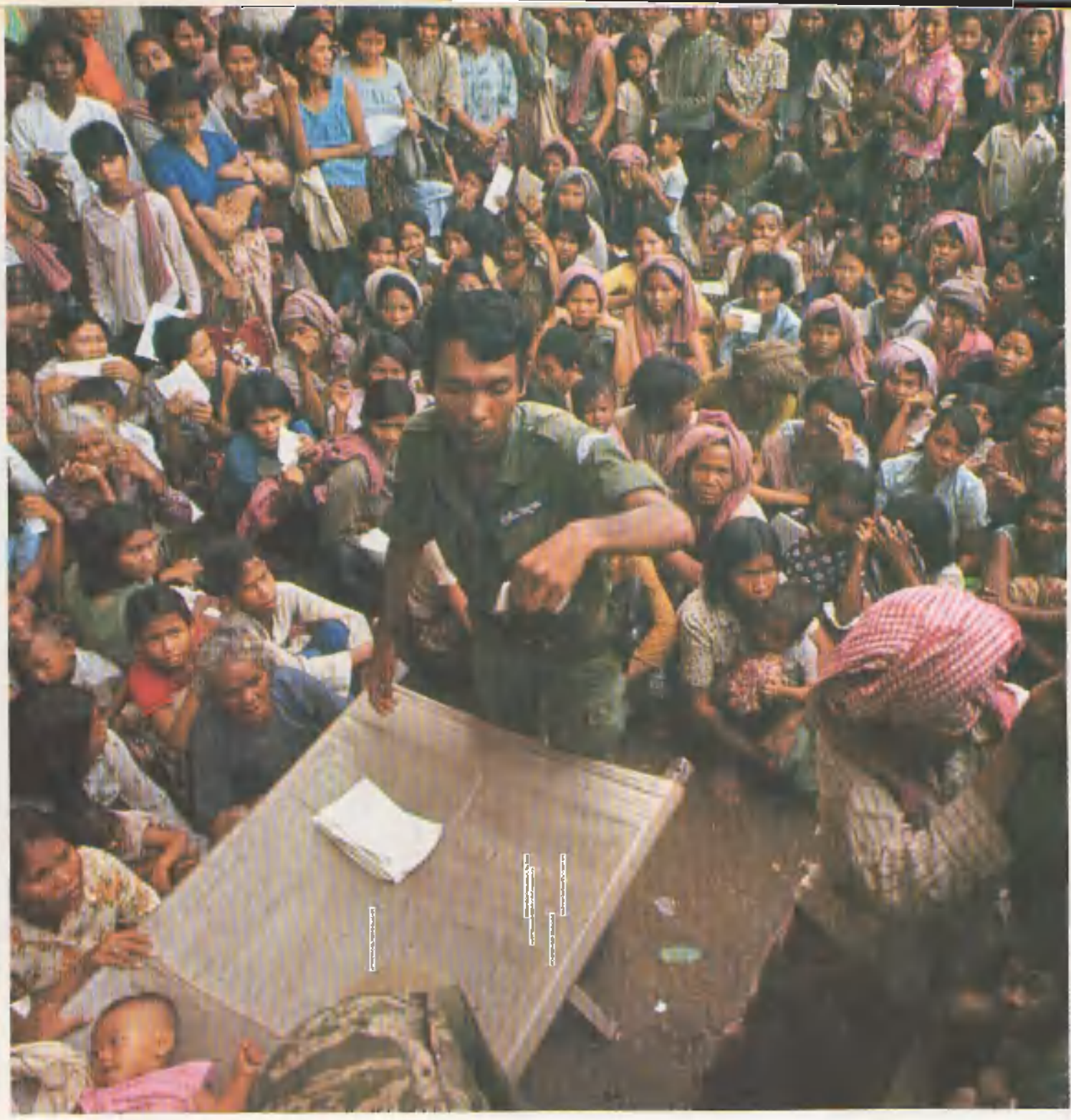
—No lo sé —murmuró—. Quizá una semana o dos.

La muchacha se encogió de hombros.

—Hay unos cuantos llegados recientemente, sin papeles, a la espera de ser devueltos a la frontera. Están en la sección D. Barracones números 14 a 18.

—De acuerdo. Gracias por su ayuda.

Volvió al taxi. Algunos niños corrieron tras él unos cuantos metros, luego desaparecieron. Pasaron por unas puertas a una valla interior, primero una calle, luego otra, parando para pre-



guntar la dirección. Cada vez se acercaban niños al coche, algunos cojeando con muletas, mientras los adultos, algunos todavía vestidos con pijamas negros, se quedaban sentados en las puertas y los miraban con cara inexpresiva. Recordó una frase que había leído en alguna parte: *La lucha de los hombres contra la tiranía es la lucha de la memoria contra el dolor.* Para aquellos seres de rostros vacíos, el dolor era demasiado terrible para soportar su recuerdo: habían borrado el pasado y, al hacerlo, habían borrado también cualquier esperanza de un futuro mejor. La pregunta insistente: ¿Cómo salvar a un pueblo de la muerte?

Más indicaciones. Finalmente llegaron a una calle estrecha en la que no había niños. Un depósito de agua se alzaba en la otra punta como un puesto de guardia. Schanberg salió del coche y le pidió al taxista que hablara con el viejo que estaba sentado a una mesa de bambú.

ARRIBA: *Prietos como sardinas enlatadas, miles de refugiados en Tailandia esperan pacientemente, convencidos de que su larga y negra noche en el osario de los campos de la muerte de Pol Pot ha terminado y que el trágico Año Cero de los khmer rojos ha llegado a su fin.*

Salió alguien del barracón de enfrente y cruzó la calle cojeando: una figura extraña, con unos pantalones azules andrajosos y una camisa manchada de sangre. Schanberg le lanzó una ojeada; luego lo miró con más atención. Abrió los brazos y estrechó en ellos al hombre que hundía la cabeza en el hombro de Schanberg, temblando todo su frágil cuerpo por los sollozos. Schanberg lo palpaba, casi sin creérselo, abrazándolo con más fuerza y con lágrimas de alegría resbalándole por las mejillas.

—Has venido —dijo Dith Pran—. Sydney, has venido.